J. Krishnamurti

El Individuo, la Sociedad y la Paz

La esclavitud del condicionamiento



«La sociedad es relación. Pero la estructura social se basa en la ambición, la codicia, la envidia, la búsqueda de poder, de posición, de prestigio, en todas aquellas cosas tan importantes que el hombre ha establecido en la vida. Esa es la realidad; no sus dioses, el Gita, su gurú, sus santos y salvadores, sino la vida diaria, esa cotidianidad en la que uno expresa su ambición, su avaricia, su envidia, su lucha por alcanzar poder, riqueza o esa posición que anhela.

Sin un cambio radical, sin desmontar todo este sistema, no puede haber una revolución religiosa, y la revolución religiosa es la única que tiene sentido porque todas las demás han fracasado.»

Krishnamurti

EL INDIVIDUO, LA SOCIEDAD Y LA PAZ

LA ESCLAVITUD DEL CONDICIONAMIENTO

Selección de textos de las enseñanzas de
J. KRISHNAMURTI

Gaia Ediciones

ÍNDICE

Prólogo

Los textos seleccionados para este libro se han extraído directamente de las charlas y libros de Krishnamurti correspondientes al periodo entre 1933 y 1967. Los recopiladores empezaron leyendo todos los textos pertenecientes a esta época en donde aparecían las palabras «individuo», «sociedad» o «condicionamiento», temas centrales de este libro. Esta labor de recopilación no hubiera sido posible sin el acceso a una completa base de datos creada por la Krishnamurti Foundation Trust, de Inglaterra*. Se examinaron un total de más de novecientos textos.

El material seleccionado se ha transcrito tal como originalmente se archivó, sin otras modificaciones que la corrección de errores ortográficos, gramaticales o de puntuación. Las omisiones indicadas con puntos suspensivos al comienzo o al final de una frase significan que esa frase empieza o termina a mitad de un texto. Los puntos suspensivos en medio

---

* Esta base de datos en inglés está a disposición del público en formato CD-ROM, o en la web (www.jkrishnamurti.org). Si desea más detalles, contacte por favor con la Krishnamurti Foundation of America, en Estados Unidos (www.fka.org); con la Krishnamurti Foundation Trust, en Inglaterra (www.kfoundation.org), o con la Fundación Krishnamurti Latinoamericana (www.fkla.org)

de una frase indican que se han omitido algunas palabras u oraciones. Una serie de asteriscos entre párrafos quiere decir que se han omitido partes de esa charla.

Muchos textos llevan títulos superpuestos, y la mayoría de esos títulos son enunciados tomados directamente del texto; algunos de ellos son una combinación de frases.

Krishnamurti habló siempre desde una perspectiva tan amplia que su visión completa está implícita en cualquier texto de cierta extensión; no obstante, si uno desea ver cómo una frase se relaciona con el contexto total de la charla, podrá comprobarlo en inglés (algunos en español) tomando las referencias que aparecen al final de cada texto, las cuales están publicadas, en su mayoría, en las *Obras completas de J. Krishnamurti*, colección de diecisiete tomos, que abarca todo el período del cual se ha extraído el material para este libro de estudio. El lector encontrará al final del libro una bibliografía completa de las fuentes utilizadas.

ALBION W. PATTERSON,
recopilador

Introducción

Una conversación entre dos amigos...

Durante los próximos días tendremos una serie de encuentros, de modo que podemos empezar a dialogar esta misma mañana. Ahora bien, si ustedes y yo nos reafirmamos, si se aferran a sus opiniones, sus dogmas, sus experiencias, sus conocimientos, y yo me aferro a los míos, está claro que no habrá un verdadero diálogo, porque no estaremos libres para investigar. Dialogar no consiste en compartir experiencias mutuas; de hecho, no hay compartir, sólo existe la belleza de la verdad, la cual ni ustedes ni yo podemos poseer; simplemente existe.

Para dialogar con inteligencia no sólo debe haber afecto, sino también duda. Como saben, a menos que uno dude, no puede haber investigación, porque investigar significa cuestionar, descubrir por uno mismo, paso a paso. Si lo hacen, no necesitarán seguir a nadie ni pedir a nadie que reafirme o constate su descubrimiento; pero todo eso exige una inteligencia y sensibilidad extrema.

Dicho esto, ¡espero no haberles disuadido de hacer preguntas! Se trata simplemente de tener una conversación entre dos amigos: no se trata de reafirmarnos ni de intentar do-

minarnos mutuamente, sino de hablar con naturalidad, con afecto, en una atmósfera de amistad, de compañerismo, tratando de descubrir. Con esa actitud es como la mente realmente descubre. Sin embargo, les aseguro que lo que se descubre tiene muy poco valor, porque lo importante es descubrir y después seguir investigando. Es perjudicial quedarse con lo descubierto, porque en ese caso la mente se bloquea, se cierra; mientras que si uno muere a aquello que descubre en el instante de descubrirlo, entonces puede fluir como un arroyo o como un río caudaloso.

Saanen, Suiza, 10.ª charla,
1 de agosto de 1965

I

Una perspectiva general

Para investigar es necesario que haya libertad.

Debe resultar bastante obvio a la mayoría de las personas que el mundo necesita una revolución radical, no una revolución de palabras o ideas ni un cambio en las creencias o los dogmas, sino un cambio radical, una mutación completa del pensamiento. Porque este mundo, que es nuestro mundo, el mundo en el que vivimos, el que usted y yo habitamos, las amistades, las relaciones, el trabajo, las ideas, las creencias y los dogmas que defendemos, lo han convertido en un mundo monstruoso, en un mundo conflictivo, de desdicha y de perpetuo sufrimiento; eso es evidente. Sin embargo, aunque todos y cada uno de nosotros seamos conscientes del lamentable estado de la situación del mundo, lo aceptamos como algo normal y lo padecemos día tras día. Nunca investigamos la necesidad, la urgencia de una revolución que no sea de índole económica ni política, sino mucho más verdadera. Y eso es lo que vamos a investigar, abordar y explorar juntos durante estas tres semanas.

No obstante, para investigar es necesario que haya libertad; para investigar de manera profunda y duradera uno no puede depender de los libros, de las ideas, de las tradiciones,

porque sin libertad no es posible investigar; si la mente está aferrada a cualquier dogma, tradición, creencia, etc., no es posible investigar. El problema para la mayoría no consiste en que seamos incapaces de inquirir o investigar, sino en que, al parecer, no somos capaces de desprendernos realmente de las cosas, de dejarlas de lado, y, por tanto, no somos capaces de tener una mente renovada, joven e inocente, que pueda mirar el mundo y todos los terribles acontecimientos que están sucediendo.

Para inquirir, para investigar todas las cuestiones que afectan a nuestras vidas, como la muerte, el nacimiento, el matrimonio, el sexo, la relación, la virtud, si existe o no algo más allá de la acción de la mente, se requiere libertad; libertad para desprenderse, porque sólo cuando uno puede derribar por completo todo aquello que había considerado sagrado, sólido o virtuoso, puede descubrir la verdad. A fin de averiguar lo que es la verdad, vamos a investigarlo todo, a cuestionarlo todo; vamos a desmantelar esa casa que el hombre ha construido a lo largo de los siglos. Para hacerlo se necesita libertad, se requiere una mente capaz de inquirir, una mente seria. Con «seriedad» me refiero a esa cualidad que permite seguir un pensamiento hasta el final, me refiero a cuestionar sin temor a las consecuencias; de lo contrario, no se trata de inquirir, de investigación, sino que uno se queda simplemente en la superficie y juega con las palabras y con ideas. Cuando uno observa detenidamente todo lo que está sucediendo, no sólo en el campo mecánico o técnico, sino también en nuestra relación con las demás personas; cuando uno observa que en todo el mundo el progreso niega la libertad, cuando observa la fuerza de la sociedad en la que el individuo ha quedado por completo relegado, y cuando observa cómo las nacionalidades dividen cada vez más, especialmente en este

desafortunado país, queda patente que debe producirse una revolución profunda.

Como somos seres sociales, tenemos que mirar primero la «sociedad», ver cuál es su estructura y su naturaleza. No es posible vivir solo; incluso si uno se retira al Himalaya, se vuelve ermitaño o sannyasi, no puede vivir solo. Estamos relacionados unos con otros y esa relación crea esa estructura que llamamos «sociedad», y esa estructura es la que controla la relación. Es decir, usted y yo estamos relacionados, estamos en comunión el uno con el otro, y desde esa comunión, esa relación, creamos y edificamos esa estructura llamada «sociedad». Esa sociedad controla nuestras mentes, moldea nuestros corazones y nuestras acciones; no importa si vive en una sociedad comunista, en una sociedad hindú o cristiana. La sociedad, con su estructura, moldea la mente de todos los seres humanos, ya sea de forma consciente o inconsciente; la cultura en la cual vivimos, con sus tradiciones, religiones, su política, su educación, etc., tanto en el pasado como en el presente, modela nuestro pensamiento. Así pues, para producir una verdadera revolución debe haber una revolución y una crisis en la conciencia, y es necesario cuestionar la estructura de la sociedad [...]

No estamos tratando con ideas ni con diferentes creencias o dogmas; lo que nos ocupa es producir una acción diferente, una mente distinta, una entidad humana diferente; y para investigarlo de verdad, profundamente, no podemos ser esclavos de las palabras. Es muy importante comprender esto desde el principio, porque la palabra nunca es la cosa: la palabra «pájaro» no es el pájaro, son dos cosas diferentes; sin embargo, a la mayoría nos complacen las palabras y no vamos más allá de ellas. Nos conformamos con llamarnos «individuos», con hablar de la sociedad y de su estructura; pero ¿exis-

te el individuo como tal? Somos el resultado de la influencia medioambiental, formamos parte de la sociedad, somos el resultado de la estructura a la que llamamos sociedad, y sólo cuando uno renuncia completa y totalmente a la sociedad es un individuo. En este momento no pueden decir que son «individuos», porque son el resultado de la influencia de su entorno; se han educado como hindúes, como budistas o lo que sea; son el resultado de la influencia de una sociedad en particular. Por eso es tan importante estar muy atentos a la enorme influencia de las palabras y descubrir por uno mismo hasta qué punto, cuán profundamente, somos esclavos de las palabras.

Estos encuentros o reuniones no son un entretenimiento, propaganda o un intercambio de ideas; se trata de interesarnos de verdad y profundamente en producir una revolución religiosa radical. Para eso se requiere cuestionarse uno mismo intensamente; se necesita cuestionar todo lo que el hombre ha creado, cada actitud, cada valor, cada tradición, cada relación, y eso es lo que vamos a hacer; no vamos a dejar piedra por remover. No hay nada que sea divino o sagrado; en consecuencia, para investigar se necesita una mente muy aguda, clara y precisa, no una mente cegada por ideas, palabras o sentimientos. Así pues, para pensar con gran claridad debe haber libertad; de lo contrario, no es posible pensar libremente. Si uno es hindú, parsi o lo que sea, si ésa es la base, si ése es el punto de partida del pensar, será totalmente imposible pensar con claridad, porque no hay libertad. De modo que el requisito fundamental para investigar es la libertad, porque entonces uno puede empezar a cuestionar [...]

Hay dos formas de cuestionar el proceso de la vida: una es cuestionar con una finalidad, buscando un resultado, lo cual es una respuesta, una reacción, y así no es posible encon-

trar la verdad de ese cuestionar; la otra es cuestionar sin ningún motivo, sin buscar ninguna respuesta, y eso es lo que vamos a hacer, porque en el momento en que busquemos una respuesta lo que encontremos será, sin duda, una conclusión de palabras y no de hechos.

Así que vamos a cuestionar toda la estructura de la sociedad, vamos a cuestionar todas las relaciones: de ser humano a ser humano, la relación con las ideas, con su existencia conceptual, con sus abstracciones, con su conducta de cada día, y a partir de ese cuestionar descubriremos por nosotros mismos lo que realmente somos. Porque sin conocerse uno mismo, uno no puede llegar muy lejos; sin conocer, consciente e inconscientemente, lo que uno es, lo que piensa, lo que siente, cada movimiento de las ideas, de los sentimientos; sin sacar a la luz, sin descubrir y comprender los procesos, los motivos, los impulsos, las demandas, las frustraciones, los fracasos, la soledad sin esperanza, la desesperación, la ansiedad y la culpabilidad, uno no puede ir muy lejos. Ésta es la base, y la libertad es imprescindible.

La libertad no está al final, está al principio, y es necesaria para poder mirarse uno mismo tal como es y en su relación con los demás, porque esa relación es la estructura de la sociedad. Es necesario que se produzca un verdadero cambio en nuestra relación, porque toda relación es acción, y nuestra relación está basada principalmente en la idea. La relación con nuestra esposa no es una idea, pero la relación con el prójimo, con el país, con los dioses, es una idea [...]

Así pues, la sociedad es relación, y hoy por hoy, esa estructura social se basa en ambición, codicia, envidia, búsqueda de poder, de posición, de prestigio, y en todas aquellas cosas tan importantes que el hombre ha establecido en la vida. Ése es el hecho real, no sus dioses, el Gita, su gurú, sus san-

tos y salvadores, sino la vida diaria, esa cotidianidad en la que uno expresa su ambición, su avaricia, su envidia, su lucha por alcanzar poder, riqueza y esa posición que anhela. Sin un cambio radical, sin desmontar todo este sistema, no puede haber una revolución religiosa, y la revolución religiosa es la única que tiene sentido, porque todas las demás han fracasado. La revolución francesa y la comunista han sido un fracaso total y absoluto, porque fueron revoluciones reaccionarias; fueron meras reacciones contra «lo que es» [...] La revolución religiosa no tiene nada que ver con una reacción; su único propósito es afrontar un hecho y terminar con él. Se trata de darse cuenta de que nuestras relaciones y nuestra estructura social están basadas en una insólita apreciación de valores como la ambición, la codicia, la envidia, y erradicarlo en nosotros completamente, terminar con ello total y absolutamente. Ése es el principio de la revolución religiosa, y no la persecución de esa idea que uno llama «Dios».

Sin estos cimientos, ¿cómo puede uno llegar lejos?, ¿cómo puede descubrir si existe algo más allá de las palabras y de las divisiones, más allá del condicionamiento del hombre? Sin duda, señores, están alimentando eso que llamamos «la moralidad social», la cual permite que uno sea ambicioso, envidioso, codicioso, prepotente, etc. Pero desde esa moralidad, esa virtud, ¿cómo puede encontrar algo más allá de toda virtud, más allá del tiempo?

Existe algo que está más allá del tiempo, algo inconmensurable, intemporal; sin embargo, para encontrarlo, para descubrirlo, uno debe poner las bases, y para asentar esas bases debe demoler la sociedad. Cuando hablo de la sociedad no me refiero a la estructura externa, no hablo de dinamitar edificios, de renunciar a llevar ropa y ponerse una túnica de sannyasi, o de hacerse ermitaño; eso no cambiará la sociedad.

Cuando hablo de la sociedad me refiero a la estructura psicológica, a la estructura interna de nuestras mentes, de nuestro cerebro; a los procesos psicológicos de nuestro pensar: ésos son los que debemos destruir por completo, para entonces descubrir y crear una nueva mente. Se necesita una nueva mente, porque si uno observa lo que está sucediendo en el mundo, ve cómo los políticos, el progreso, las religiones organizadas, los avances mecánicos y técnicos niegan cada vez más la libertad. Las computadoras están asumiendo cada vez más las funciones del hombre, y consideramos normal que lo hagan. Logramos la virtud mediante sustancias químicas; uno puede dejar de sentir enojo, irritabilidad, vanidad, tomando cierta sustancia química, o puede aquietar su mente y volverse más pacífico tomando un tranquilizante. La química, por tanto, está sustituyendo a la virtud. No hay necesidad de pasar por toda la tiranía de disciplinarse para ser virtuoso. Todo esto está sucediendo en el mundo.

De modo que es necesario crear un nuevo mundo que no esté basado en la química ni en la industria o la política, sino en la espiritualidad, si me permiten utilizar esa palabra tan mal empleada y alterada por los políticos y las jerarquías religiosas. Sin embargo, no es posible ser espiritual si uno pertenece a una religión o nacionalidad, si uno se considera a sí mismo hindú, budista, parsi, musulmán o cristiano. Tan sólo es posible ser espiritual cuando uno destruye en su interior toda la estructura social, que es el mundo en el que vivimos, el mundo de la ambición, de la codicia, de la envidia y de la búsqueda de poder. Para la mayoría de nosotros ese mundo es la única realidad; no conocemos nada más, porque eso es lo que todos queremos, desde el político más ilustre hasta el hombre más pobre de la calle, desde el más grande de los santos hasta el más ferviente devoto. Sin terminar con eso, haga

lo que haga, no tendrá amor, no alcanzará la felicidad y vivirá siempre en conflicto y desdicha.

Así, como decía, vamos a investigar la estructura de la sociedad. Esa estructura nace del pensamiento, y nuestro cerebro actual es el resultado de esa estructura social: un cerebro entrenado para competir, para alcanzar metas, para conseguir poder y para ganar dinero por medios corruptos u honrados. El cerebro es el resultado de esa sociedad, de la cultura en la que nos hemos educado, de los prejuicios, de los dogmas, de las creencias y tradiciones de la religión. Nuestro cerebro es todo eso; es el resultado del pasado. Por favor, obsérvense a sí mismos; no se limiten a escuchar lo que se está diciendo.

Como saben, hay dos maneras de escuchar. Una consiste meramente en escuchar palabras tratando de entender su significado, o sea, oír, escuchar, para luego comparar, contrastar, condenar o interpretar lo que se dice. La mayoría de la gente hace eso; así es como escuchamos. Cuando se dice algo, su cerebro reacciona de inmediato e interpreta según su propia terminología y sus experiencias. Si les complace, lo aceptan y si les desagrada, lo rechazan, lo cual es una simple reacción; eso no es escuchar. La otra manera de escuchar requiere una gran atención, porque en ese escuchar no hay ninguna traducción o interpretación, ninguna comparación o condena; sólo se trata de escuchar con todo su ser. Una mente capaz de escuchar con esa atención de inmediato comprende; está libre del tiempo y de ese cerebro, producto de la estructura social en la que nos hemos criado. Mientras ese cerebro no esté en completa calma y se mantenga activo y dinámico, traducirá todo pensamiento y experiencia de acuerdo con su propio condicionamiento. Por tanto, cualquier pensamiento y sentimiento será un impedimento para inquirir e investigar.

Miren, señores, la mayoría de las personas que están aquí

escuchando son parsis, hindúes o cristianas; les dicen que son hindúes desde niños, y por medio de asociaciones, ese recuerdo queda grabado en las células cerebrales; así, todo pensamiento o experiencia se interpreta según ese condicionamiento, lo cual impide comprender la totalidad de la vida. La vida no es vivir como hindú o como cristiano, la vida es inmensa y es mucho más significativa; una mente condicionada no tiene ninguna posibilidad de comprenderlo. La vida es ir a la oficina, es amargura, es placer, es ese extraordinario sentimiento de belleza, es amor, es dolor, es ansiedad, es el sentimiento de culpa; es la suma de todas esas cosas, y si esas cosas no se comprenden, no es posible descubrir, no es posible terminar con el sufrimiento. Ahora bien, para comprender la totalidad de la vida, el cerebro debe estar en completa calma; ese cerebro que está condicionado por la cultura en la que ha crecido, por cada pensamiento que es una respuesta de la memoria, por cada experiencia que es la respuesta del pasado a un reto. Todo eso está almacenado en el cerebro, y sin comprender este proceso, el cerebro nunca estará en calma.

Para que nazca una nueva mente, es imprescindible que el cerebro se comprenda a sí mismo, que se dé cuenta de sus respuestas, de su torpeza, de su futilidad, de sus influencias condicionadas. El cerebro debe darse cuenta de sí mismo y, en consecuencia, debe cuestionarse sin buscar respuestas, porque toda respuesta es una proyección de su propio pasado; si uno cuestiona buscando una respuesta, esa respuesta seguirá estando dentro de los límites de la mente y del cerebro condicionado. Así pues, cuando cuestionen, es decir, cuando se den cuenta de sí mismos, de sus actividades, de su forma de pensar y de sentir, de cómo hablan, de cómo caminan, etc., no busquen una respuesta, simplemente mírenlo, obsérvenlo. Desde esa observación verán que el cerebro empieza a per-

der su estado condicionado, y si lo hacen, entonces estarán fuera de la sociedad. De manera que inquirir e investigar en uno mismo es lo más importante; no lo que Shankara, Buda o su gurú hayan dicho, sino investigar su propio interior, el funcionamiento de su mente, de su cerebro y de su pensamiento.

Por favor, escuchen, presten atención: mutación no es lo mismo que cambio, porque el cambio implica tiempo, implica un proceso gradual, una continuidad de lo que ha sido, mientras que la mutación significa un fin definitivo y el comienzo de algo nuevo. El cambio implica tiempo, esfuerzo, continuidad; es una modificación que conlleva tiempo, mientras que en la mutación el tiempo no existe, es instantánea. Por tanto, lo que nos interesa es la mutación y no el cambio; nos interesa poner un fin inmediato y total a la ambición. Terminar con la ambición de forma instantánea y sin tiempo es mutación.

A medida que avancemos, profundizaremos más; de momento capten simplemente su significado. Hasta ahora, durante siglos hemos vivido en el tiempo, cambiando de forma gradual, moldeando constantemente nuestras mentes, nuestros corazones, nuestros pensamientos y sentimientos; durante este proceso, siempre hemos vivido con el sufrimiento, con el conflicto; no hemos tenido un solo día, un solo momento completamente libre de dolor: el dolor ha estado siempre presente, oculto, reprimido. Pero ahora estamos hablando de un fin definitivo, y por tanto, de una mutación total; esa mutación es la revolución religiosa. A lo largo de esta tarde vamos a explicarlo un poco más.

Es importante comprender esa cualidad de ver y de escuchar. Hay dos formas de ver, sólo dos: ver con el conocimiento y con el pensamiento, o ver directamente sin cono-

cimiento ni pensamiento. Si uno ve con el conocimiento y con el pensamiento, lo que en realidad sucede es que uno no está viendo, sino que está meramente interpretando, opinando, impidiéndose a sí mismo ver. En cambio, cuando uno ve sin conocimiento y sin pensamiento, eso no significa que la mente se quede en blanco, todo lo contrario: implica tener una visión completa; ese ver es el fin del tiempo, y por tanto, se produce una mutación instantánea. Por ejemplo, si uno es ambicioso dice que cambiará gradualmente; ésa es la norma aceptada en la sociedad. La sociedad ha inventado toda clase de métodos y sistemas para terminar poco a poco con la ambición, pero curiosamente, al final de la vida uno sigue siendo ambicioso, sigue en conflicto, lo cual resulta tan infantil e inmaduro... La madurez consiste en afrontar el hecho y que termine de inmediato, pero sólo puede terminar de forma definitiva si uno observa el hecho sin pensamiento y sin conocimiento.

El conocimiento es la acumulación del pasado, del cual surge el pensamiento; por eso el pensamiento no es el medio adecuado para producir una mutación; el pensamiento es un impedimento. Por favor, debe examinarlo con sumo cuidado; no se limite a aceptar o rechazar. En el transcurso de estas charlas voy a investigarlo; de momento capten simplemente su significado, su perfume [...] Lo que nos ocupa es el fin instantáneo, de manera que pueda nacer una nueva mente.

Necesitamos una nueva mente para crear un nuevo mundo, usted y yo, que somos personas comunes y corrientes, no los políticos, los religiosos o los técnicos; nosotros somos quienes tenemos que cambiar por completo, quienes debemos producir esa mutación en nuestras mentes y en nuestros corazones. Eso sólo puede hacerse de forma inmediata cuando uno ve el hecho y permanece con él, sin tratar de buscar ex-

cusas, dogmas, ideales, escapes, sino permaneciendo total y completamente con el hecho; entonces ese completo darse cuenta pone fin al conflicto. El conflicto debe terminar, y tan sólo cuando la mente está en completa calma y no en un estado de conflicto, únicamente entonces, la mente puede profundizar muy hondo en espacios que están más allá del tiempo, del pensamiento y del sentimiento.

Bombay, 1.ª charla,
21 de febrero de 1962

II

¿Qué es el individuo? ¿Qué es la sociedad? ¿Qué relación existe entre ambos?

Es obvio que la sociedad existe para el individuo y no a la inversa. La sociedad existe para el pleno desarrollo del hombre, para darle libertad, de tal manera que pueda tener la oportunidad de despertar en sí mismo la forma más elevada de inteligencia.

Caminábamos por una calle abarrotada; las aceras estaban repletas de gente, y el olor de los gases que salía de los tubos de escape de los automóviles y autobuses nos penetraba en cada inspiración, mientras las tiendas exhibían un sinfín de artículos costosos y de mala calidad. El cielo era tenuemente plateado, y fue muy agradable llegar al parque y dejar atrás el bullicio de la vía pública. Nos adentramos en el interior de los jardines y nos sentamos.

Empezó diciendo que el Estado, con su militarización y su legislación, en todos los lugares estaba prácticamente absorbiendo al individuo, y que el culto al Estado reemplazaba la devoción a Dios. Decía que, en la mayoría de los países, el Estado había llegado a inmiscuirse hasta en lo más íntimo de la vida de sus gentes, imponiéndoles lo que debían leer y lo que debían pensar; que el Estado se dedicaba a espiar a sus ciudadanos, a vigilarlos con potestad divina, asu-

miendo así las funciones de la Iglesia. Era la nueva religión; antes el hombre era esclavo de la Iglesia y ahora era esclavo del Estado, quien controlaba la educación de las personas; y que tanto a la Iglesia como al Estado no les interesaba la liberación del hombre.

¿Cuál es la relación del individuo con la sociedad? Es obvio que la sociedad existe para el individuo y no a la inversa. La sociedad existe para el pleno desarrollo del hombre, para darle libertad, de tal manera que pueda tener la oportunidad de despertar en sí mismo la forma más elevada de inteligencia. Esa inteligencia no es el simple perfeccionamiento de una técnica o el cultivo del conocimiento, sino que consiste en estar en contacto con esa realidad creativa que la mente superficial no puede alcanzar. La inteligencia no es el resultado de acumular, sino de estar libre de la constante búsqueda de logros o éxitos. La inteligencia nunca es estática, no es posible copiarla ni estandarizarla, y, por tanto, no se puede enseñar; sólo podemos descubrirla desde la libertad.

La voluntad colectiva y su acción, lo cual es la sociedad, no ofrecen esa libertad al individuo, porque la sociedad, al no estar bien coordinada, siempre será estática. La sociedad se ha creado, se ha constituido, para beneficio del hombre; no tiene ningún mecanismo independiente que sea propio. Los hombres pueden apropiarse de la sociedad, conducirla, moldearla o tiranizarla según sus estados psicológicos, pero la sociedad no es la dueña del hombre; puede influenciarle, pero el hombre siempre tiene la posibilidad de desarticularla. Hay un conflicto entre el hombre y la sociedad, porque el hombre está internamente en conflicto: el conflicto entre aquello que es estático y aquello que es dinámico. La sociedad es la expresión externa del hombre, y el conflicto del hombre con la sociedad es su propio conflicto interno; ese conflicto, tan-

to interno como externo, seguirá existiendo hasta que se despierte la forma más elevada de inteligencia.

Además de entes sociales somos individuos; además de ciudadanos somos hombres, somos personas divididas por el sufrimiento y el placer. Si queremos que haya paz, tenemos que comprender cuál es la correcta relación entre el hombre y el ciudadano. Sin lugar a dudas, el Estado prefiere que sólo seamos ciudadanos; pero ésa es la estupidez que cometen los gobiernos. Nosotros mismos preferimos ser ciudadanos antes que individuos, porque es más fácil ser ciudadano que ser humano. Ser un buen ciudadano consiste en actuar eficientemente dentro del modelo de una sociedad determinada; pero al exigir al ciudadano eficiencia y conformidad le endurecen y lo hacen cruel, para que de esa manera sea capaz de sacrificar al ser humano y convertirse en un ciudadano. Un buen ciudadano no es necesariamente un hombre bueno; sin embargo, un hombre bueno será indudablemente un buen ciudadano, aunque no de una sociedad o de un país en concreto. Ante todo será un hombre bueno; sus acciones no serán antisociales, no se enfrentará a otros, vivirá cooperando con otros hombres buenos, no buscará tener autoridad, porque él no tendrá autoridad; será capaz de actuar con eficiencia sin ser cruel. El ciudadano trata de sacrificar al ser humano, pero aquel cuyo interés es descubrir la forma más elevada de inteligencia rechaza con naturalidad las tonterías del ciudadano. Como consecuencia, el Estado estará en contra de ese hombre bueno, de ese hombre inteligente; pero ese hombre estará libre de todos los gobiernos y países.

El hombre inteligente creará una sociedad buena, pero un buen ciudadano no creará una sociedad en la cual el hombre pueda ser altamente inteligente. El conflicto entre el ciudadano y el hombre es inevitable mientras predomine el

ciudadano; sin embargo, cualquier sociedad que deliberadamente ignore al hombre estará condenada al fracaso. La reconciliación entre el ciudadano y el hombre tan sólo es posible cuando se comprende el proceso psicológico del hombre. Al Estado, a la sociedad actual, no le interesa el interior del hombre; sólo se interesa en el ciudadano, en lo externo del hombre. Pero aunque la sociedad niegue lo interno del hombre, lo interno siempre vencerá a lo externo y destruirá los planes astutamente diseñados para el ciudadano. El Estado sacrifica el presente por el futuro; siempre se reserva para el futuro; considera más importante el futuro que el presente; sin embargo, para el hombre inteligente lo más importante es el presente, el ahora y no el mañana. Sólo se puede comprender «lo que es» cuando el mañana pierde importancia, y esa comprensión de «lo que es» produce una transformación en el presente inmediato; esa transformación es la que tiene enorme importancia y no cómo reconciliar al ciudadano con el hombre. Cuando esa transformación se produce, termina el conflicto entre el hombre y el ciudadano.

Comentarios sobre el vivir,
tomo I, capitulo 21

¿Por qué está desmoronándose, desintegrándose, la sociedad, como de hecho está sucediendo? Una de las principales razones es que el individuo, usted, ha dejado de ser creativo.

Creo que la mayoría vemos la urgencia de una revolución interna, la única capaz de generar una transformación radical en lo externo, en la sociedad. Éste es el problema que nos ocu-

pa a mí y a todas aquellas personas con intenciones serias. Nuestro problema es cómo producir una transformación fundamental y radical en la sociedad, porque esa transformación externa no puede suceder sin una revolución interna. Debido a que la sociedad siempre es estática, cualquier acción, cualquier reforma que se realice sin esa revolución interna será igualmente estática. Por eso, sin esa permanente revolución interna no hay esperanza; sin ella la acción externa es reiterativa y tradicional. La acción de relacionarse con los demás, con unos y otros, eso es la sociedad, y esa sociedad será estática, no tendrá cualidades vivificantes, mientras no se dé una revolución interna permanente: esa transformación psicológica creativa. Como no se da esa revolución interna permanente, la sociedad sigue siendo estática, cristalizada, y por eso tiene que ser demolida constantemente.

Ahora bien, ¿cuál es nuestra relación con la miseria, con la confusión, tanto la interna como la externa? Es evidente que la confusión y la desdicha no se han originado por sí mismas: usted y yo las hemos creado; no ha sido la sociedad capitalista, comunista o fascista, sino que usted y yo, en nuestra relación mutua, lo hemos creado. Proyectamos hacia fuera, hacia el mundo, lo que somos internamente, lo que pensamos y sentimos. Lo que hacemos en nuestra vida cotidiana se proyecta hacia fuera, y eso es lo que constituye el mundo. Si somos desdichados, si estamos confundidos, si tenemos caos interno, al proyectar eso, así creamos el mundo y así será la sociedad, porque la relación entre usted y yo, entre yo y los demás, eso es la sociedad. La sociedad es la consecuencia de nuestra relación, y si nuestra relación es confusa, egocéntrica, estrecha, limitada, nacionalista, eso es lo que proyectaremos, generando caos en el mundo.

El mundo es lo que somos; por tanto, nuestro problema

es el problema del mundo. Eso es un hecho evidente, simple y básico, ¿no es cierto? Sin embargo, cuando nos relacionamos con una o con muchas personas parece que lo olvidamos; queremos introducir cambios basados en sistemas, en ideas o valores revolucionarios acordes a un determinado método, olvidando que somos nosotros los que hemos creado la sociedad, somos nosotros quienes generamos orden o confusión dependiendo de nuestra forma de vida. De manera que debemos empezar por lo más cercano e interesarnos por nuestra vida cotidiana, nuestros pensamientos, sentimientos y acciones, los cuales se manifiestan cuando nos ganamos la vida, en nuestra relación con las ideas y las creencias. Ésa es nuestra existencia diaria, ¿verdad?; nos preocupa ganarnos el sustento, conseguir un empleo, ganar dinero, la relación con nuestra familia o con nuestros vecinos; nos interesamos en ideas y creencias.

Ahora bien, si observamos nuestros empleos vemos que en esencia se basan en la envidia y no en la estricta necesidad de ganarnos el sustento, y la sociedad está estructurada según ese proceso de constante conflicto, de constante devenir, codicia, envidia a nuestros superiores: el empleado quiere llegar a ser gerente, lo cual nos demuestra que el interés no sólo es ganarse el sustento, tener un medio de subsistencia, sino también conseguir posición y prestigio. Como es natural, esa actitud produce estragos en la sociedad y en la convivencia; pero si usted y yo nos interesáramos únicamente en ganarnos la vida, encontraríamos los medios justos de hacerlo, unos medios cuya base no es la envidia. La envidia es una de las causas más destructivas en la relación, porque implica el deseo de poder, de posición, y finalmente conduce a la política. La envidia y la política están, de hecho, estrechamente ligadas. El empleado, cuando trata de llegar a ser gerente, actúa como

un factor en la creación de la política y el poder, lo cual conduce a la guerra, de modo que él es directamente responsable de la guerra.

Así pues, ¿en qué se basan nuestras relaciones? La relación entre usted y yo, entre nosotros y ellos, lo cual es la sociedad, ¿en qué se basa? Seguro que no en el amor, aunque hablemos de ello, porque si la base fuera el amor tendríamos orden, paz y felicidad entre nosotros. Por el contrario, en la relación entre usted y yo existe una fuerte dosis de mala voluntad que se disfraza bajo la forma de respeto; pero si ambos pensáramos y sintiéramos lo mismo, la mala voluntad y el respeto no existirían, seríamos dos individuos que contactaríamos, no como maestro y discípulo, no como el esposo que domina a su esposa o la esposa que domina a su esposo. Cuando hay mala voluntad surge el deseo de dominar, que provoca celos, ira, pasiones, y eso genera en nuestras relaciones un conflicto constante, que hacemos lo posible por eludir, produciendo más caos y desdicha.

En cuanto a las ideas, las creencias y los conceptos que forman parte de nuestra vida cotidiana, ¿no distorsionan nuestra mente? Lo cual es estúpido; es absurdo atribuir falsos valores a las cosas que la mano o la mente del hombre producen. Casi todos nuestros pensamientos surgen del instinto de autoprotección, ¿no es cierto? A nuestras ideas, a la mayoría de ellas, ¿no les damos un significado erróneo que en sí mismas no tienen? Como consecuencia, cuando creemos en ciertas estructuras, ya sean religiosas, económicas o sociales, o bien cuando creemos en Dios, en ideas, en un sistema social que separa al hombre del hombre, en el nacionalismo, etc., es evidente que estamos dando a la creencia un significado falso, lo cual indica estupidez, porque la creencia no une a los hombres, sino que los separa. De modo que vemos que, según

como vivamos, podemos generar orden o caos, paz o conflicto, felicidad o desdicha.

Nuestro problema, pues, consiste en saber si pueden existir a la vez la sociedad, que es estática, y un individuo en el que se dé una constante revolución; es decir, la revolución en la sociedad debe empezar por la transformación interna y psicológica del individuo. La mayoría queremos una transformación radical de la estructura social; ésa es la lucha por todo el mundo: producir una revolución social a través del comunismo o de cualquier otro medio. Sin embargo, si se produce una revolución social, una acción con respecto a la estructura externa del hombre, la misma naturaleza de esa revolución social, por muy radical que sea, seguirá siendo estática sin revolución interna del individuo, sin transformación psicológica. De modo que para crear una sociedad que no sea repetitiva, estática, que no se desintegre, que siempre sea vital, es imprescindible que se produzca una revolución psicológica en la estructura del individuo. Sin esa revolución interna y psicológica la simple transformación de lo externo tiene muy poca importancia. O sea, la sociedad constantemente se cristaliza, se vuelve estática; por tanto, está en continua desintegración, y por muy amplia o sabia que sea la legislación adoptada, la sociedad seguirá siempre un proceso de decadencia, porque la revolución debe ser interna y no sólo externa [...]

Vemos cómo la estructura actual de la sociedad en India, en Europa, en América, en cualquier parte del mundo, se está desintegrando rápidamente. También lo vemos en nosotros mismos. Podemos observarlo paseando por la calle. No necesitamos grandes historiadores que nos revelen el hecho de que nuestra sociedad se desintegra; necesitamos nuevos arquitectos y constructores para crear una nueva sociedad. Es preciso levantar una nueva estructura sobre nuevos cimientos, so-

bre hechos y valores nuevos. Estos arquitectos y constructores aún no existen; no hay nadie que al observar, al darse cuenta del hecho de que la estructura se desploma, se transforme a sí mismo y se convierta en arquitecto. Ésa es nuestra responsabilidad, ver que la sociedad se derrumba, se desintegra; y nosotros, usted y yo, tenemos que ser los arquitectos, tenemos que redescubrir los valores y edificar sobre cimientos más profundos y más sólidos, porque si recurrimos a los arquitectos profesionales, a los constructores políticos y religiosos, seguiremos exactamente igual que siempre [...]

Y bien, ¿por qué se desintegra, se derrumba la sociedad, como de hecho está sucediendo? Una de las principales razones se debe a que el individuo, usted, ha dejado de ser creativo. Voy a explicar lo que significa. Usted y yo nos hemos convertido en imitadores; copiamos tanto externa como internamente. En lo externo, cuando aprendemos una técnica, cuando nos comunicamos unos con otros en el nivel verbal, lógicamente tiene que haber cierta imitación, cierto reproducir, copiar palabras; para ser ingeniero primero debo aprender la técnica y luego utilizar esa técnica para construir un puente. De modo que en la técnica externa debe haber cierto grado de imitación; pero cuando esa imitación se da en lo interno, en lo psicológico, dejamos claramente de ser creativos. Nuestra educación, nuestra estructura social, nuestra llamada vida «religiosa», está basada en la imitación, o sea, en ajustarse a cierta fórmula social o religiosa, con lo cual uno deja de ser un verdadero individuo; psicológicamente uno se convierte en una simple máquina de repetir con respuestas predeterminadas, sean las del hindú, las del cristiano, las del budista, las del alemán o las del inglés. Nuestras respuestas están condicionadas según el tipo de sociedad, ya sea oriental u occidental, religiosa o materialista; por tanto, una de las

principales causas de la desintegración social es la imitación y uno de los factores de desintegración es la figura del líder, cuya esencia misma es la imitación.

Para comprender la naturaleza de esa sociedad en desintegración, ¿no es importante investigar si usted y yo como individuos podemos ser creativos? Vemos que donde hay imitación tiene que haber desintegración, donde hay autoridad tiene que haber imitación, y si toda nuestra estructura mental y psicológica se basa en la autoridad, debemos liberarnos de ella para ser creativos. ¿Han observado que en los momentos de creatividad, en esos momentos relativamente felices, de interés vital, no existe esa sensación de repetir o imitar? Esos momentos son siempre nuevos, creativos, dichosos; por eso decimos que una de las causas principales de la desintegración social es la imitación, e imitar implica el culto a la autoridad.

La libertad primera y última,
capítulo 3

La responsabilidad del individuo no es ante la sociedad, sino ante sí mismo, y si es responsable consigo mismo actuará en la sociedad.

[...] sin una transformación radical del individuo, la sociedad se convierte en un carga, en una irresponsable continuidad en la que el individuo no es más que una pieza del engranaje.

Existe una fuerte tendencia a pensar que el individuo tiene muy poca trascendencia en la sociedad moderna actual y

que la sociedad debe hacer todo lo posible para controlar al individuo moldeando su pensamiento a través de propaganda, restricciones y de los diversos medios de comunicación masiva. El individuo en sí mismo se pregunta qué puede hacer en esa sociedad tan opresiva que se le viene encima como el peso de una montaña y hace que se sienta prácticamente impotente. Al tener que afrontar esa cantidad de dificultades, deterioro, guerra, hambre y desdicha, el individuo, como es natural, se pregunta: «¿Qué puedo hacer?» Creo que la respuesta es que no puede hacer nada, lo cual es un hecho obvio, porque no puede impedir las guerras, no puede hacer mucho contra el hambre, no puede detener el fanatismo religioso o el proceso histórico del nacionalismo y todos sus conflictos.

Por eso, formular semejante pregunta es básicamente una equivocación. La responsabilidad del individuo no es ante la sociedad, sino consigo mismo, y si realmente es responsable consigo mismo, entonces actuará respecto a la sociedad, pero no a la inversa. Es evidente que el individuo no puede hacer mucho por la confusión social; sin embargo, en el momento en que empieza a aclarar su propia confusión, su propia contradicción interna, su violencia y sus miedos, entonces ese individuo adquiere una importancia extraordinaria en la sociedad; creo que muy pocos nos damos cuenta de esto. Cuando vemos que no podemos hacer nada a escala mundial, curiosamente dejamos de actuar, lo cual en realidad es un escape para no actuar en uno mismo y producir ese cambio radical.

Por tanto, les estoy hablando como un individuo que habla con otro; no estamos comunicándonos como indios, americanos, rusos o chinos, ni como miembros de ningún grupo particular; estamos hablando de las cosas como dos seres humanos, no como un profano y un experto en la materia. Si esto está claro, podemos continuar.

Es evidente que el individuo tiene una enorme importancia en la sociedad, porque sólo el individuo, no la masa, es capaz de una actividad creativa. Seguidamente explicaré lo que quiero decir con la palabra «creativa». Si realmente se dan cuenta de este hecho, entonces también se darán cuenta de que todo lo que son internamente tiene mucha importancia. Su capacidad de pensar, de actuar como un todo y con una integridad en la que no cabe ninguna contradicción interna tiene una tremenda trascendencia.

Si vemos la necesidad de un verdadero cambio en el mundo —y debe darse ese cambio verdadero—, entonces usted y yo como individuos debemos transformarnos a nosotros mismos, porque a menos que se dé un cambio radical en cada uno de nosotros, la vida se convierte en una interminable imitación que finalmente conduce a la monotonía, a la frustración y a la desesperación.

Nueva Delhi, 4.ª charla,
18 de febrero de 1959

III
La importancia del individuo

Hay esperanza en el individuo.

Hay esperanza en el individuo; en usted, no en un sistema, no en el proyecto de una sociedad planificada ni en ninguna organización religiosa, sino en usted, en el individuo.

Madrás, 3.ª charla,
2 de noviembre de 1947

Para que algo sea realmente verdadero tiene que ser totalmente individual; individual no en el sentido egocéntrico [...], sino que cada uno de nosotros debe experimentar por sí mismo y sin ninguna influencia algo que no sea el resultado de ningún interés ni impulso egoísta.

No creo que seamos conscientes del significado y de la importancia del individuo, porque, como decía el otro día, para generar una revolución religiosa y profunda es evidente que uno debe dejar de pensar en términos de lo universal, de lo colectivo. Todo lo que convertimos en universal, en colec-

tivo, y algo que pertenezca a todo el mundo, nunca podrá ser verdad; verdad en el sentido de que cada individuo la experimente directamente, sin influencias, sin el impulso de un interés egoísta. Creo que no nos damos cuenta lo suficiente de la seriedad de esto. Para que algo sea realmente verdadero tiene que ser totalmente individual; individual no en un sentido egocéntrico, lo cual es muy limitado y dañino, sino que cada uno de nosotros debe experimentar por sí mismo y sin ninguna influencia algo que no sea el resultado de un interés o un impulso egoísta.

Uno ve que en el mundo moderno hay una tendencia generalizada hacia el pensamiento colectivo, a que toda la gente piense de forma similar; los diferentes gobiernos, aunque no como una imposición, lo hacen de forma sigilosa y secreta. Es evidente que las religiones organizadas controlan y moldean las mentes de las personas de acuerdo con sus modelos respectivos, esperando crear así una moral y una experiencia universal. Sin embargo, creo que todo lo universal, en ese sentido, siempre es sospechoso, porque nunca puede ser verdad; pierde su vitalidad, su objetividad, su autenticidad. También vemos en el mundo esa tendencia a moldear, a controlar la mente del hombre, y es realmente difícil liberar a la mente de esta falsa universalidad y generar en uno mismo un cambio libre de interés egoísta.

Hamburgo, Alemania, 3.ª charla,
9 de septiembre de 1956

Lo que el individuo es, eso es la sociedad.

Lo que es el individuo, eso es la sociedad. Lo que uno es tiene una importancia infinita, y no se trata de un simple eslogan. Si profundizamos de verdad, descubriremos la importancia de nuestras acciones, veremos cómo lo que somos influye en el mundo en el que vivimos, ese mundo de relaciones, por muy pequeño o limitado que sea. Si somos capaces de producir un cambio fundamental, una revolución radical en nosotros, en nuestro interior, entonces podremos crear un mundo diferente, un conjunto de valores distintos.

Londres, 6.ª charla,
24 de abril de 1952

En cualquier acción creativa, el individuo es quien importa.

Estoy hablando al individuo, porque sólo el individuo puede cambiar, no la masa; sólo uno puede transformarse a sí mismo. Por tanto, el individuo es infinitamente importante. Sé que está de moda hablar de grupos, de masa, de raza, como si el individuo no importara en absoluto; pero en cualquier acción creativa, el individuo es quien importa. Toda acción verdadera, toda decisión importante, como la búsqueda de libertad, el investigar lo que es la verdad, sólo puede surgir del individuo que comprende [...]; si alguno de nosotros es realmente un individuo, en el sentido de que está tratando de comprender el proceso completo de su mente, entonces será una entidad creativa, una persona libre, no

condicionada, capaz de buscar la verdad por sí misma y no como un resultado.

Poona, 2.ª charla,
10 de septiembre de 1958

Mientras el individuo, usted y yo, no asuma la responsabilidad de transformar completamente la sociedad, la sociedad seguirá siendo lo que es.

[...] los individuos son quienes forman lo colectivo, y tan sólo la respuesta del individuo, la de usted, la mía, puede producir un cambio fundamental en el mundo. Pero si el individuo no se da cuenta de su responsabilidad y la deja en manos de lo colectivo, entonces el astuto político o el astuto líder religioso la administran. Sin embargo, si vemos que usted y yo somos responsables de cambiar la situación del mundo, en ese caso, el individuo se vuelve realmente importante y no un simple instrumento, una herramienta en manos de otro.

[...] Puede que la sociedad sea una entidad separada de uno, pero uno la ha creado y, por eso, únicamente uno puede cambiarla. No obstante, en lugar de aceptar nuestra responsabilidad como individuos dentro de la colectividad, nos volvemos cínicos, intelectuales o místicos; eludimos nuestra responsabilidad de actuar de forma definitiva, la cual debe ser revolucionaria en el sentido fundamental. Mientras el individuo, usted y yo, no asuma la responsabilidad de transformar completamente la sociedad, la sociedad seguirá siendo lo que es.

Bombay, 6.ª charla,
14 de marzo de 1950

IV

La esclavitud del condicionamiento

Deben descubrir por sí mismos.

No esperen a que yo se lo diga, deben descubrir por sí mismos, si es posible, que la mente es libre. ¿Piensa la mente en la libertad como lo hace un prisionero, y por eso está condenada a no ser libre nunca, a permanecer siempre en la esclavitud del condicionamiento?

Madrás, 1.ª charla,
12 de diciembre de 1956

A. Introducción

Según parece, todo el mundo pretende apoderarse de la mente del hombre. Hemos creado el mundo psicológico de las relaciones, ese mundo en el que vivimos, y, sin embargo, el mundo nos controla a nosotros, moldea nuestro pensar, nuestras actividades, nuestro ser psicológico. Como verán, toda organización política o religiosa está interesada en la mente del hombre, «interesada» en el sentido de que quiere

capturarla, amoldarla a un patrón determinado. Los que tienen el poder en el mundo comunista están condicionando descaradamente la mente del hombre en todos los aspectos. Sucede exactamente lo mismo con las religiones organizadas de todo el mundo: durante siglos han intentado moldear la forma de pensar del hombre. Cada grupo especializado, ya sea religioso, seglar o político, se esfuerza por atraer y retener al hombre dentro de un modelo que considera bueno para él y de acuerdo con lo que dicen sus libros, sus líderes, esos pocos que están en el poder; porque ellos creen saber el futuro, creen saber cuál es el bien supremo para el hombre. Los sacerdotes, con su llamada «autoridad religiosa», al igual que los poderes mundiales, estén en Roma, Moscú, América o en cualquier otro lugar, todos intentan controlar el pensamiento del hombre, ¿no es así? Y la mayoría aceptamos encantados y obedecemos cualquier clase de autoridad; son muy pocos los que escapan de las garras de este control organizado del hombre y de su manera de pensar.

El mero hecho de romper con un modelo religioso o cualquier sistema político concreto, ya sea de izquierdas o de derechas, para aceptar otro modelo o establecer uno propio, no simplificará la complejidad enorme de nuestras vidas, ni tampoco resolverá la decadente desdicha en la que la mayoría vivimos. Creo que la verdadera solución está en otra parte, y esa verdadera solución es la que todos intentamos descubrir. Como andamos buscándola a tientas, dando palos de ciego, nos unimos a esta o a aquella organización, a una asociación concreta; seguimos a un líder u otro, buscamos un maestro en India o en algún otro lugar, siempre con la esperanza de poner fin a nuestra insignificante y limitada existencia. Pero continuamos atrapados en ese conflicto interno que implica seguir un modelo. Al parecer, no somos capaces de liberarnos de los

modelos, ya sean de creación propia o impuestos por algún líder o autoridad religiosa; aceptamos ciegamente la autoridad con la esperanza de que se disipen las sombras de nuestros propios conflictos, desdichas y luchas. Pero ningún líder ni ninguna autoridad podrá liberar nunca al hombre. Creo que la historia lo refleja con total claridad; ustedes, que viven en este país, lo saben perfectamente, quizá mejor que nadie.

Así pues, si tiene que surgir un nuevo mundo, y es necesario que surja, es sumamente importante comprender todo este proceso de la autoridad, de la autoridad impuesta por la sociedad, por los libros, por un grupo de personas que creen saber cuál es el estado de máximo bienestar para el hombre, y que mediante la tortura, mediante cualquier forma de coacción, están dispuestos a obligarle a que acepte su modelo. No dudamos en seguir a esas personas porque en lo interno nos sentimos muy inseguros y confundidos; también las seguimos debido a nuestra vanidad, a nuestra arrogancia, y como consecuencia de desear ese poder que otro nos ofrece.

Ahora bien, ¿es posible poner fin a ese patrón de autoridad? ¿Es posible poner fin a toda clase de autoridad en uno mismo? Tal vez rechacemos la autoridad de otro, pero desgraciadamente seguimos bajo la autoridad de nuestra propia experiencia, de nuestro propio conocimiento, de nuestro propio pensar, y eso se convierte en el patrón que nos guía, lo cual no es muy diferente de la autoridad impuesta por otro. Tenemos ese deseo de seguir a alguien, de imitar, de adaptarnos, con la esperanza de alcanzar algo más sublime; pero mientras exista ese deseo, forzosamente habrá desdicha, lucha, represión, frustración y sufrimiento de toda clase.

No creo que se den cuenta de la necesidad de estar libre de esa imposición de seguir una autoridad interna o externa; pienso que es muy importante comprender esa imposición

psicológica, de lo contrario seguiremos luchando a ciegas en este mundo en el que vivimos y del que formamos parte, sin nunca encontrar eso que es infinitamente más grande. Sin lugar a dudas, debemos poner fin a este mundo de imitación y conformismo si queremos un mundo completamente diferente; eso significa que debe darse un verdadero cambio, un cambio fundamental en nuestras vidas, en nuestra forma de actuar, pensar y sentir.

Sin embargo, a la mayoría no nos interesa; no estamos interesados en comprender nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras actividades, porque sólo nos preocupa qué creer o qué no creer, a quién seguir o a quién no seguir, qué asociación religiosa o partido político es mejor, y todo ese sinsentido; nunca nos preocupamos profundamente, internamente, por cambiar de forma radical nuestra vida cotidiana, cómo hablamos, la delicadeza cuando pensamos en otra persona: estas cosas no nos interesan. Cultivamos el intelecto y adquirimos conocimientos sobre innumerables temas, pero internamente seguimos siendo igual de ambiciosos, crueles, violentos, envidiosos, llenando la mente de toda la mezquindad posible. Si nos damos cuenta de todo esto, ¿puede la mente dejar de ser mezquina? Creo que éste es el único y verdadero problema [...]

Hamburgo, Alemania, 6.ª charla,
16 de septiembre de 1956

B. ¿Qué es el condicionamiento?

Con la palabra «condicionamiento» me refiero a todas las

imposiciones que la sociedad nos ha inculcado mediante la propaganda, la persuasión, las creencias, el miedo al cielo y al infierno. También incluye el condicionamiento del nacionalismo, del clima, de las costumbres, de la tradición, de la cultura como francés, hindú o ruso, así como las innumerables creencias, supersticiones y experiencias que constituyen el inmenso trasfondo en donde vive la consciencia, ese trasfondo generado por nuestro deseo de seguridad.

París, 8.ª charla,
21 de septiembre de 1961

La mente es el resultado del condicionamiento.

Así pues, la mente está condicionada; la mente es la base de todo nuestro condicionamiento, siendo el condicionamiento las experiencias, el conocimiento, las creencias, la tradición, la identificación con cierto partido político, con un determinado grupo o nación. La mente es el resultado del condicionamiento; la base de la mente es condicionamiento; por tanto, cuando la mente afronta cualquier problema es inevitable que lo agrande. Mientras la mente trate de resolver los problemas, en cualquier nivel, sólo creará más conflicto, más desdicha y más confusión.

París, 1.ª charla,
9 de abril de 1950

De hecho, no podemos darnos cuenta de nuestro condicionamiento; sólo es posible darse cuenta del conflicto, del dolor y del placer.

Estaba muy interesado en ayudar a la humanidad, en las buenas obras, y trabajaba activamente en varias organizaciones para el bienestar humano. Decía que, prácticamente, nunca había tenido unas largas vacaciones, y desde su graduación en la universidad había trabajado sin descanso para mejorar la condición humana; por supuesto, no recibía ningún dinero a cambio de la labor que desempeñaba. Su trabajo siempre había sido muy importante para él; se sentía fuertemente comprometido con lo que hacía; había llegado a ser un trabajador social excelente y le encantaba su trabajo. Sin embargo, en una de las charlas había escuchado algo referente a las diversas formas de escape que condicionan la mente y quería que habláramos de eso.

¿Cree usted que ser trabajador social es un condicionamiento? ¿Cree que sólo genera mayor conflicto?

Vamos a ver qué entendemos por condicionamiento. ¿Cuándo nos damos cuenta de que estamos condicionados? ¿Alguna vez nos damos cuenta? ¿Se da cuenta de que está condicionado o tan sólo se da cuenta del conflicto, de la lucha en los diferentes niveles de su ser? De hecho, no podemos darnos cuenta de nuestro condicionamiento; sólo es posible darse cuenta del conflicto, del dolor y del placer.

¿Qué quiere decir con «conflicto»?

Cualquier clase de conflicto: el conflicto entre naciones,

entre distintos grupos sociales, entre individuos, o el conflicto dentro de uno mismo. ¿No es inevitable el conflicto mientras no haya una integración entre el actor y su acción, entre el reto y la respuesta? Nuestro problema es el conflicto, ¿verdad? No un conflicto en particular, sino cualquier conflicto: la lucha entre ideas, entre creencias, entre ideologías, entre opuestos. Si no hubiera conflicto no habría problemas.

¿Está sugiriendo que todos deberíamos buscar una vida de reclusión, de contemplación?

La contemplación es algo complicado; es una de las cosas más difíciles de entender. El aislamiento, aunque cada persona a su manera lo busca consciente o inconscientemente, no resuelve nuestros problemas; todo lo contrario: los incrementa. Estamos intentando comprender cuáles son las causas del condicionamiento que generan aún más conflicto, porque sólo podemos darnos cuenta del conflicto, del dolor y del placer, pero no de nuestro condicionamiento. Y bien, ¿cómo se genera el condicionamiento?

A través de las influencias sociales y ambientales, de la sociedad en la que nacimos, de la cultura en la que nos hemos educado, de las presiones económicas y políticas, etc.

Así es, pero ¿es eso todo? Estas influencias son un producto de nosotros mismos, ¿no es cierto? La sociedad es el resultado de la relación entre hombres, es obvio, y esa relación se basa en una forma de utilizarse unos a otros, de dependencia, de comodidad, de gratificación. Esa relación crea autoridad, crea valores que nos esclavizan. Esa esclavitud es nuestro condicionamiento; somos esclavos de nuestros pensamientos y ac-

ciones, pero no nos damos cuenta de que lo somos, tan sólo nos damos cuenta del conflicto, del placer y del dolor. Parece que nunca vamos más allá de eso, y, si lo hacemos, creamos más conflicto; no somos conscientes de nuestro condicionamiento, y hasta que no seamos conscientes seguiremos creando más confusión y conflicto.

[...] Trate simplemente de ver su condicionamiento. Y sólo puede verlo de forma indirecta, en relación con alguna cosa; no puede ver su condicionamiento de forma abstracta, porque entonces será algo meramente verbal, sin mucho significado; sólo puede observar el conflicto.

Comentarios sobre el vivir,
tomo II, capítulo 2

C. Los factores del condicionamiento: la religión organizada, el nacionalismo, los gobiernos

La esencia de la religión, tal como es ahora, se basa en ideas, en la fe, en la autoridad [...]; no obstante, a la mayoría, la religión nos atrapa y no podemos liberarnos. Para liberarnos, para poner fin a nuestro condicionamiento, se requiere mucha energía.

La esencia de la religión, tal como es ahora, se basa en ideas, en la fe, en la autoridad. El hombre que todos los días acude al templo, que lee el Gita, la Biblia o el Namaz; que realiza determinadas ceremonias, que repite sin fin ciertas palabras, los nombres de Krishna, de Rama, de éste o aquél; que lleva el llamado cordón sagrado y pretende ir de peregrina-

ción, es considerado un hombre religioso. Es evidente que eso no es religión, sólo es una actividad ridícula, horrorosa y sin sentido; no obstante, a la mayoría nos atrapa y no podemos liberarnos. Para liberarnos, para poner fin a nuestro condicionamiento, se requiere mucha energía, energía que no tenemos, porque la empleamos en ganarnos la vida y en oponer resistencia a toda clase de cambio. Cambiar exige ir en contra de la sociedad, ¿verdad? Y si en una sociedad hindú uno no es hindú, o si no es brahmán en una sociedad de brahmanes, o cristiano en una sociedad católica o protestante, posiblemente le resulte difícil encontrar empleo.

Así pues, una de las dificultades para producir una revolución en uno mismo es la tremenda energía que se requiere y que muy pocos de nosotros tienen, porque la energía, en este sentido, significa percibir. Para ver cualquier cosa con mucha claridad uno debe prestar toda su atención, y no es posible prestar toda la atención si surge la menor sombra de miedo: miedo económico, o miedo social, que es miedo de la opinión pública. Debido a que tenemos miedo, pensamos que la realidad o Dios es algo lejano, es algo celestial, algo por lo cual debemos esforzarnos y buscar a ciegas; ya saben, todos esos trucos que empleamos para evadirnos del conflicto de nuestra vida diaria hacia algo que llamamos paz, bondad o Dios. Ésa es nuestra situación actual, ¿verdad?

En consecuencia, vemos que la religión organizada, con sus supersticiones, creencias y dogmas, no es realmente religión, nunca lo ha sido. Desde la niñez se nos educa y condiciona para que aceptemos estas cosas como religión, pero en realidad la religión organizada es un impedimento para descubrir lo que es la verdadera vida religiosa.

Nueva Delhi, 6.ª charla,
2 de marzo de 1960

La mente debe estar libre de la creencia y de la no creencia.

La creencia no es la realidad. Uno puede creer en Dios, pero esa creencia no tiene más realidad que la del hombre que no cree en Dios. Lo que uno cree es el resultado de su trasfondo, de su religión, de sus miedos, y la no creencia de los comunistas, o de otros, es igualmente el resultado de su propio condicionamiento. Para descubrir la verdad, la mente debe estar libre de la creencia y de la no creencia. Sé que sonríen y lo aceptan, pero seguirán creyendo, porque es mucho más cómodo, mucho más respetable y seguro. Si dejaran de creer podrían perder su empleo y no serían nadie. Lo que importa es estar libre de cualquier creencia, no que ahora sonrían y lo acepten.

Benarés, 5.ª charla,
6 de febrero de 1955

Por eso se destruye al individuo mediante la coacción, la propaganda; se le controla, se le domina, para el bien de la sociedad, para el bien del Estado, etc.

La religión organizada, la creencia organizada y los estados totalitarios son muy similares, porque todos ellos quieren destruir al individuo por medio de la imposición, la propaganda y las diferentes formas de intimidación; la religión organizada hace exactamente eso, aunque de forma distinta. En la religión, uno debe aceptar, debe creer; por eso está condicionado. Tanto la izquierda como las llamadas organizaciones

espirituales tienen como finalidad moldear la mente según un determinado patrón de conducta, porque si se dejara solo al individuo se convertiría en un rebelde; por eso se destruye al individuo mediante la coacción, la propaganda; se le controla, se le domina para el bien de la sociedad, para el bien del estado, etc. Las religiones organizadas hacen lo mismo, aunque de forma más suspicaz, más sutil, porque también en ellas la gente debe creer, debe reprimirse, debe controlarse, etc. La finalidad de todo ese proceso, de una forma u otra, es dominar al hombre a través de la imposición, siempre buscando la acción colectiva. Eso es lo que la mayoría de las organizaciones pretenden; ya sean organizaciones económicas o religiosas, buscan la acción colectiva, lo cual implica la destrucción del individuo: eso es, en última instancia lo que significa. Uno acepta la teoría marxista, o bien la doctrina hindú, la budista o la cristiana, y de esa manera espera conseguir una acción colectiva.

Madrás, 6.ª charla,
20 de enero de 1952

Dependemos de creencias, de dogmas, y por ellos estamos dispuestos a morir y a destruirnos unos a otros.

Sin duda, la causa de las guerras radica en el deseo de poder, de posición, de prestigio, de dinero, y también en esa enfermedad llamada nacionalismo, o adoración a la bandera, así como en la enfermedad de la religión organizada, del culto a un dogma. Todas éstas son las causas de la guerra, y si usted como individuo pertenece a cualquier religión organizada, si

tiene ambición de poder, si es envidioso, forzosamente creará una sociedad que acabará siendo destructiva. Por tanto, una vez más, depende de usted y no de los líderes, no de Stalin, de Churchill, etc., depende de usted y de mí; pero parece que no somos conscientes de ello. Si por un solo instante nos sintiéramos verdaderamente responsables de nuestras acciones, ¡qué rápidamente podríamos poner fin a todas estas guerras, a esta espantosa desdicha! Sin embargo, ya lo ven, somos indiferentes; tenemos nuestras tres comidas al día, nuestros empleos, nuestras cuentas bancarias, grandes o pequeñas, y decimos: «Por el amor de Dios, no me molesten, déjenme en paz». Cuanto más arriba estamos, más seguridad queremos, más estabilidad, más tranquilidad; queremos que nos dejen en paz, que las cosas se mantengan exactamente como están; pero no pueden mantenerse como están, porque no hay nada que mantener: todo se está desintegrando. No queremos afrontar estas cosas, no queremos afrontar el hecho de que usted y yo somos los responsables de las guerras, aunque ambos hablemos de paz, demos conferencias o nos sentemos alrededor de una mesa y conversemos; en nuestro interior, en lo psicológico, anhelamos poder, posición: nuestra motivación es la codicia. Somos manipuladores, nacionalistas; dependemos de creencias, de dogmas, y por ello, estamos dispuestos a morir y a destruirnos unos a otros. ¿Creen que esa clase de personas, como usted y yo, puede tener paz en este mundo? Para que haya paz debemos ser pacíficos, y vivir en paz significa no crear antagonismos; la paz no es un ideal. Para mí un ideal es un simple escape, una evasión [...] Para tener paz tenemos que amar, tenemos que empezar no a vivir una vida ideal, sino a ver las cosas como son y actuar en consecuencia, a transformarlas. Mientras cada uno de nosotros siga buscando seguridad psicológica, destruiremos la seguridad física que necesi-

tamos: comida, ropa y un techo. Buscamos una seguridad psicológica que no existe; aun así, si podemos, tratamos de conseguirla a través del poder, de la posición, de los títulos, de los nombres, todo lo cual destruye la seguridad física. Si lo observan, verán que es un hecho obvio.

Bangalore, 2.ª charla,
11 de julio de 1948

V

La dificultad de dejar de estar condicionado

El hombre, el ser humano, lo ha intentado todo para producir un cambio radical y, no obstante, en lo fundamental no ha cambiado en absoluto. ¡Somos los mismos que hace dos millones de años!

Nuestra pregunta es: ¿cómo pueden el cerebro y la mente, es decir, la totalidad del ser humano, cambiar completamente en lo psicológico, en lo neurológico? ¿Es posible que el ser humano cambie por completo? Uno se da cuenta de que ese cambio es necesario, porque, a menos que se produzca un cambio, siempre habrá guerra, una nación contra otra, una nacionalidad en lucha con otra, su país contra mi país; toda esa terrible brutalidad de la guerra como consecuencia de las diferencias lingüísticas, económicas, sociales, morales; esa interminable batalla, tanto interna como externa. Tiene que haber un cambio; entonces, ¿cómo hacer ese cambio?

Por favor, vean la extraordinaria complejidad de esta cuestión, lo que hay implicado en ella. El hombre ha probado infinidad de métodos, se ha retirado a los monasterios, ha renunciado al mundo y ha tomado los hábitos; se ha recluido en el bosque y ha meditado, ha ayunado, se ha hecho célibe, ha hecho todo lo que ha sido capaz de imaginar; se ha auto-

hipnotizado, se ha esforzado, ha examinado y analizado su conciencia, el consciente y el inconsciente; ha intentado todo a fin de generar una revolución radical en sí mismo. En consecuencia, también ha sido despiadado consigo mismo, no sólo como individuo, sino también como ser humano, que son dos cosas muy diferentes. El individuo es una entidad local: un parsi, un budista, un musulmán, etc.; una entidad condicionada por el medio. Sin embargo, el ser humano está más allá de eso; le preocupa toda la humanidad, no su país, las diferencias lingüísticas, sus pequeñas guerras y disputas, sus pequeños e insignificantes dioses, etc.; le interesa el estado total del hombre, sus conflictos, su desesperación. Cuando uno ve el todo, entonces también es capaz de ver lo particular; pero lo particular no puede comprender el todo. Así pues, aunque el individuo haga una constante introspección, ese inquirir no tendrá ningún significado, porque seguirá interesado en su propia existencia condicionada por la sociedad, que incluye la religión, etc. Entre tanto, el hombre, como ser humano que ha vivido durante dos millones de años, sigue sufriendo, pensando, buscando, ya sea en Rusia, en China, en América o aquí.

El hombre, el ser humano, lo ha intentado todo para producir un cambio radical y, no obstante, en lo fundamental no ha cambiado en absoluto. ¡Somos los mismos que hace dos millones de años! El aspecto animal es muy fuerte en nosotros; el animal, con toda su codicia, su envidia, su ambición, su ira, su crueldad, sigue existiendo en lo más hondo de nuestras mentes y corazones. Por medio de la religión, de la cultura, de la civilización, hemos pulido la parte externa, hemos mejorado nuestros modales —puede que algunos de nosotros tengamos mejores modales—, hemos adquirido más conocimientos, hemos avanzado mucho en lo tecnológico, so-

mos capaces de dialogar sobre filosofía oriental y occidental, sobre literatura; podemos viajar por todo el mundo; pero internamente, en lo profundo, esas raíces están firmemente arraigadas.

Al ver todo esto, ¿cómo puede uno, usted y yo como seres humanos..., cómo podemos cambiar? Sin duda no es a través de las lágrimas, no es a través del intelecto, no es siguiendo una utopía ideológica, ni a través de la tiranía externa o la que nos imponemos a nosotros mismos. De modo que uno debe descartar todo esto; espero que lo hagan, ¿entienden? Uno debe descartar su nacionalidad, sus propios dioses, su propia tradición, sus propias creencias; debe descartar todas esas cosas que les han enseñado a creer. Sin embargo, descartar todo eso es una tarea muy ardua; puede que intelectualmente estemos de acuerdo en hacerlo, pero en lo más profundo del inconsciente algo insiste en la importancia del pasado, al cual nos aferramos.

Ahora ya saben cuál es el problema [...]

Bombay, 2.ª charla,
16 de febrero de 1966

El pensamiento, que es el producto del ayer, sólo puede responder basándose en el pasado, en el tiempo.

El problema es el siguiente: el pensamiento está condicionado, está anclado en un modelo, y cuando responde a un reto, el cual siempre es nuevo, lo hace de acuerdo con ese pasado y así modifica lo nuevo. El pensamiento, que es el producto del ayer, sólo puede responder basándose en el pasa-

do, en el tiempo. Cuando uno pregunta: «¿Cómo puedo romper con la tiranía del condicionamiento?», está formulando una pregunta errónea. El pensamiento nunca puede ser libre; tan sólo conoce la continuidad, no la libertad. La libertad existe cuando el pensamiento no interfiere, cuando el proceso de continuidad cesa. El pensamiento da continuidad; por tanto, el pensamiento debe darse cuenta de su propio condicionamiento en lugar de intentar convertirse en algo. Ese intento de convertirse en algo da continuidad al pensamiento y, por consiguiente, impide liberarse del condicionamiento. El pensamiento debe cesar para que la libertad exista. Cuando el pensamiento está activo, positiva o negativamente, actúa de forma condicionada y da origen a una continuidad modificada.

Bombay, 1.ª charla,
18 de enero de 1948

Según creo, la dificultad está en comprender que cualquier cambio en una mente condicionada sólo puede producir otro condicionamiento distinto y no una transformación.

Uno ve que cualquier cambio consciente no es realmente un cambio. Cualquier proceso deliberado de autoperfeccionamiento, de cultivar intencionadamente un modelo o una clase de acción concreta, no produce ningún cambio verdadero, porque se trata de una simple proyección del deseo propio de uno, del trasfondo de uno, que surge como reacción. A la mayoría nos interesa este tema del cambio, pero lo buscamos a ciegas: estamos confundidos; sin embargo, aquellos de

nosotros que seamos un poco serios debemos investigar esa cuestión de cómo generar un cambio en uno mismo. Según creo, la dificultad está en comprender que cualquier cambio en una mente condicionada sólo puede producir otro condicionamiento distinto y no una transformación. Si uno como hindú, como cristiano, o lo que sea, trata de cambiar dentro de ese modelo, eso no puede dar lugar a un cambio real; simplemente será, quizá, un condicionamiento aparentemente mejor, más cómodo, más conveniente, pero en lo fundamental no será un cambio. Creo que uno de los mayores obstáculos a los que nos enfrentamos es la creencia de que podemos cambiar dentro del modelo que tenemos; pero es evidente que cuando una mente condicionada por la sociedad, por cualquier cultura, trata de producir un cambio consciente dentro de ese modelo, sigue presa de un proceso de condicionamiento. Si esto está perfectamente claro, entonces nuestra investigación para descubrir lo que es la transformación, y si es posible producir un cambio radical en uno mismo, adquiere enorme interés, una importancia vital [...]

Londres, 4.ª charla,
24 de junio de 1955

Cuando una mente condicionada busca la respuesta a un problema, sólo da vueltas sobre sí misma; su búsqueda no tiene ningún sentido.

De manera que la cuestión es cómo afrontar, cómo abordar un problema. Si uno afronta un problema, el que sea, con la intención de encontrar una respuesta, la respuesta genera-

rá más problemas; eso es algo obvio. Lo importante es investigar el problema, empezar a comprenderlo, y uno sólo puede hacerlo cuando no lo condena, cuando no se resiste ni lo rechaza. La mente no puede resolver un problema mientras lo condene, lo justifique o compare, porque la dificultad no está en el problema, sino en esa mente que afronta el problema con una actitud de condena, de justificación y comparación. Por tanto, en primer lugar, uno debe comprender que su mente está condicionada por la sociedad, por las innumerables influencias que existen a su alrededor. Uno dice que es hindú, cristiano, musulmán, o lo que sea: eso significa que su mente está condicionada, y esa mente condicionada es la que crea el problema. Cuando una mente condicionada busca la respuesta a un problema, sólo da vueltas sobre sí misma; su búsqueda no tiene ningún sentido. Nuestra mente está condicionada porque somos envidiosos, porque comparamos, juzgamos, valoramos; porque estamos encadenados por creencias y dogmas. El condicionamiento es el que crea los problemas.

Bombay, 3.ª charla,
11 de marzo de 1956

La libertad del condicionamiento sólo se da cuando uno ve la necesidad de que la mente no esté condicionada. Sin embargo, nunca reflexionamos sobre eso, nunca lo indagamos [...]

A la mayoría no nos interesa liberar la mente del condicionamiento, sino mejorar el condicionamiento, hacerlo más

noble, hacerlo más esto o menos aquello. Nunca investigamos la posibilidad de que la mente deje por completo de estar condicionada [...] La libertad del condicionamiento sólo viene cuando vemos la necesidad de que la mente no esté condicionada. Sin embargo, nunca reflexionamos sobre eso, nunca lo indagamos; nos limitamos simplemente a aceptar la autoridad. También hay numerosos grupos de personas que afirman que la mente no puede liberarse del condicionamiento y que, por tanto, debemos mejorar el condicionamiento.

Ahora bien, mi pregunta es: ¿puede la mente dejar de estar condicionada? No se trata de que acepten lo que digo, eso sería demasiado estúpido. Pero si realmente les interesa, descubrirán por sí mismos la posibilidad de que la mente deje de estar condicionada. Sin duda, esa posibilidad sólo existe cuando uno se da cuenta de que está condicionado y no acepta ese condicionamiento como algo noble o como una parte valiosa de la cultura social. La mente libre de condicionamiento es la única mente religiosa, y tan sólo la mente religiosa puede generar una revolución fundamental, esa revolución tan necesaria, y no una revolución económica ni la revolución de los comunistas o los socialistas. Para descubrir lo que es la verdad, la mente debe observarse a sí misma, debe conocerse a sí misma, lo cual significa estar alerta a todas sus demandas y exigencias conscientes e inconscientes, porque una mente que es el residuo de las tradiciones, de los valores, de la llamada cultura y de la educación, esa mente es incapaz de descubrir lo que es la verdad. Puede decir que cree en Dios, pero su Dios no tiene ningún valor, porque sólo es la proyección de su propio condicionamiento.

Sydney, 1.ª charla,
9 de noviembre de 1955

VI

Afrontar de forma errónea el condicionamiento

A. El deseo, la voluntad, el esfuerzo, la elección

El esfuerzo no resuelve ninguno de nuestros problemas.

[...] si hacemos un esfuerzo desde el centro del yo, inevitablemente generará más conflicto, más confusión, más desdicha. No obstante, seguimos empeñados en hacer un esfuerzo tras otro, y muy pocos se dan cuenta de que la actividad egocéntrica del esfuerzo no sólo no resuelve ninguno de nuestros problemas, sino todo lo contrario: incrementa nuestra confusión, nuestra infelicidad y nuestro sufrimiento. Lo sabemos, pero aun así seguimos esforzándonos con la esperanza de poner fin, de algún modo, a esa actividad egocéntrica del esfuerzo, a esa acción de la voluntad.

Londres, 5.ª charla,
23 de abril de 1952

El pensador y el pensamiento son producto del deseo.

¿Puede terminar el conflicto sin fuerza de voluntad?

Si no se comprenden las características y el origen del conflicto, ¿qué valor tiene la simple represión, la sublimación y la búsqueda de un sustituto? Uno puede ser capaz de superar cierta enfermedad, pero, sin lugar a dudas, surgirá de nuevo de una u otra forma. La voluntad en sí misma es conflicto, es el resultado del esfuerzo; la voluntad conlleva una intención, una dirección, un deseo, y si no se comprende el proceso del deseo, limitarse a controlarlo es incitar más sufrimiento, más dolor; controlar es evadirse. Uno puede controlar a un niño o controlar un problema, pero eso significa que no lo comprende; comprender es mucho más importante que alcanzar una meta. La acción de la voluntad es destructiva, porque la acción dirigida hacia un objetivo limita, divide, aísla. No es posible silenciar el conflicto o el deseo, porque quien realiza el esfuerzo es una consecuencia del conflicto y del deseo. El pensador con sus pensamientos es producto del deseo, y si no se comprende el deseo, que es el «yo» moviéndose en todos los niveles, superior o inferior, la mente siempre estará presa de la ignorancia. La voluntad, el deseo, no son el camino hacia lo supremo; lo supremo sólo puede manifestarse cuando no existe el realizador del esfuerzo. La voluntad es la que genera el conflicto, el deseo de llegar a ser, o de buscar lo supremo. Cuando la mente, la cual es un producto del deseo, no interviene, no hace ningún esfuerzo; en esa quietud que no es una meta, la realidad se manifiesta.

Comentarios sobre el vivir,
tomo I, capítulo 78

Únicamente hay paz cuando no existe el deseo de llegar a ser algo.

Todos queremos llegar a ser algo: ser pacifista, ser un héroe de guerra, ser millonario, ser un hombre virtuoso, o lo que sea. El mismo deseo de llegar a ser implica conflicto, y ese conflicto produce guerra. Sólo puede haber paz cuando no existe un deseo de llegar a ser algo; ése es el único estado verdadero, porque tan sólo en ese estado hay creación, hay realidad. Sin embargo, eso resulta algo muy extraño para toda la estructura de la sociedad, la cual es una proyección de uno mismo. Uno adora el éxito; Dios es éxito, es quien da los títulos, el doctorado, la posición y la autoridad. Dentro de uno está esa batalla constante, esa lucha por conseguir lo que se quiere; nunca hay un instante de paz, de paz en el corazón, porque siempre está presente el esfuerzo por llegar a ser algo, por progresar. Ahora bien, no se deje engañar por la palabra «progreso»; aunque las cosas mecánicas progresen, el pensamiento nunca puede progresar, a menos que sea dentro del ámbito de su propio devenir.

Nueva York, 3.ª charla,
18 de junio de 1950

Sólo una mente confusa elige.

El concepto de que el hombre es libre es una de tantas fantasías. Por supuesto, el hombre es libre de elegir; pero cuando elige es porque está confundido. Si uno ve algo con mucha claridad, no necesita elegir. Por favor, observen este hecho en sí mismos. Cuando ven algo claramente, ¿qué necesidad tie-

nen de elegir? No hay elección; sólo una mente confusa elige, sólo una mente así dice: «Esto es correcto, aquello es un error; debo hacer esto porque es lo correcto», etc. Eso no lo hace una mente clara, precisa, que tiene una percepción directa; esa mente no necesita elegir. Miren, decimos que si podemos elegir somos libres: ésa es una de las cosas más absurdas que hemos inventado, porque, en realidad, en lo fundamental no somos libres, estamos condicionados, y para estar libre es necesario comprender ampliamente el condicionamiento.

Benarés, 2.ª charla con estudiantes,
14 de diciembre de 1967

B. El poder y la autoridad

La libertad está al principio.

La libertad está al principio y también al final; si desde el comienzo uno acepta una autoridad, al final siempre será un esclavo.

Nueva Delhi, 1.ª charla,
19 de noviembre de 1967

Es un hecho que la mente humana tiene sed de poder y en esa búsqueda de poder pierde su individualidad.

Creo que una de las razones fundamentales de haber de-

jado de ser individuos es nuestra sed de poder: todos queremos ser alguien, incluso en casa, en el apartamento, en la habitación. Igual que las naciones crean la tensión del poder, cada ser humano por separado trata constantemente de ser alguien en relación con la sociedad; quiere ser reconocido como un gran hombre, como un burócrata competente, como un artista de talento, como una persona espiritual, etc. Todos queremos ser algo, y ese deseo de ser algo surge de esa urgencia de poder. Si uno se mira a sí mismo, se dará cuenta de que anhela éxito y que se reconozca ese éxito, no sólo en este mundo, sino también en el otro, si es que existe ese otro mundo. Uno busca reconocimiento y para ese reconocimiento depende de la sociedad; pero la sociedad sólo reconoce a aquellos que tienen poder, posición, prestigio; por eso la mayoría buscamos esa vanidad, esa arrogancia del poder, de la posición y del prestigio. Nuestro motivo profundo y oculto es el orgullo del logro, y ese orgullo se reafirma a sí mismo de diferentes maneras.

Ahora bien, mientras intentemos conseguir poder en cualquier dirección, destruiremos la verdadera individualidad; no sólo nuestra propia individualidad, sino también la de otros. Creo que éste es un hecho psicológico básico en la vida. Tratamos de ser alguien porque buscamos el reconocimiento de la sociedad, y así es como nos convertimos en esclavos de la sociedad, en simples piezas del engranaje social, y, por tanto, dejamos de ser individuos. Considero que ésa es una cuestión fundamental que no debemos dejar de lado. Mientras la mente ambicione cualquier clase de poder, a través de una secta, a través del conocimiento, a través de la riqueza, a través de la virtud, forzosamente generaremos una sociedad destructiva para el individuo, porque entonces la mente humana quedará atrapada y será educada en un am-

biente que fomenta la dependencia psicológica del éxito. La dependencia psicológica destruye la claridad de la mente, y se requiere una mente incorrupta, que sepa permanecer sola; la única mente capaz de estudiar con detenimiento los problemas de forma individual, con independencia de la sociedad y de sus propios deseos.

Así pues, la mente hace un esfuerzo constante por llegar a ser algo, y de este modo incrementa su deseo de poder, de posición, de prestigio. De esa necesidad de ser algo surge el liderazgo, los seguidores, el culto al éxito, y, en consecuencia, resulta imposible tener una profunda percepción individual de la realidad interna. Si uno ve realmente todo este proceso, ¿es posible cortar de raíz la búsqueda, la sed de poder que hay en uno? ¿Comprenden el significado de esa palabra, «poder»? El deseo de dominar, de poseer, de explotar, de depender de otro, todo eso forma parte de la búsqueda de poder. Podemos encontrar explicaciones diferentes y más sutiles, pero el hecho es que la mente humana ambiciona poder, y al perseguirlo pierde su individualidad.

Bombay, 7.ª charla,
25 de marzo de 1956

No depender psicológicamente de la sociedad significa tener libertad, es decir, estar completamente libre de ambición, envidia, codicia, deseo de poder, de posición y de prestigio.

[...] mientras uno sea codicioso, envidioso, ambicioso, busque poder, posición y prestigio, la sociedad le apoyará, y uno

basará su acción en eso; esa acción se considerará respetable, moral, pero no tiene nada de moral. El poder, en cualquiera de sus formas, es dañino, ya sea el poder del esposo sobre su esposa, de la esposa sobre su esposo, o el poder de los políticos. Cuanto más tiránica, más fanática sea y más fuerza tenga la religión, más dañina será, lo cual es un hecho, un hecho que puede observarse y comprobarse. La sociedad lo aprueba; todos veneran a la persona que tiene poder y actúa con poder. Si uno observa que su propia acción se basa en la ambición de poder, en el deseo de triunfar, de ser alguien en este mundo corrupto, entonces, si afronta ese hecho, actuará de forma completamente diferente; ésa será la verdadera acción, y no la acción que la sociedad impone al individuo. De modo que la moralidad social no es moralidad en absoluto; es inmoral, es otra forma de defendernos a nosotros mismos, y de esa manera destruimos la sociedad de forma gradual. El hombre que quiera comprender lo que es la libertad debe dejar de depender de la sociedad con determinación, no física, sino psicológicamente. Físicamente, uno no puede dejar de depender de la sociedad, porque para cualquier cosa necesita a la sociedad: para conseguir la ropa que lleva, para tener dinero, etc.; en lo externo, no en lo psicológico, uno depende de la sociedad. Sin embargo, no depender psicológicamente de la sociedad significa tener libertad, es decir, estar completamente libre de ambición, envidia, codicia, deseo de poder, de posición y de prestigio.

Nueva Delhi, 8.ª charla,
14 de febrero de 1962

La autoridad de nuestro propio condicionamiento produce toda clase de ilusiones.

Uno debe averiguar por sí mismo por qué sigue, por qué acepta la tiranía de la autoridad: la autoridad del sacerdote, la autoridad de la palabra escrita, de la Biblia, de las escrituras hindúes, etc. ¿Puede uno rechazar por completo la autoridad de la sociedad? No me refiero al rechazo que hacen los *beatniks* en el mundo, eso es una simple reacción, sino: ¿puede uno realmente ver que la conformidad a un determinado patrón externo es fútil y destructiva para una mente que quiere descubrir la verdad, la realidad? Si uno rechaza la autoridad externa, ¿es posible rechazar también la autoridad interna, la autoridad de la experiencia? ¿Puede uno poner fin a cualquier experiencia? Para la mayoría la experiencia es la guía del conocimiento; decimos: «Sé basándome en la experiencia», o «La experiencia me dice que debo hacer esto», y así es como la experiencia se convierte en una autoridad interna para uno; pero quizá esa experiencia es mucho más destructiva, mucho más dañina, que la autoridad externa, porque se trata de la autoridad de nuestro propio condicionamiento y genera toda clase de ilusiones. El cristiano tiene visiones de Cristo, el hindú tiene visiones de sus propios dioses: cada uno depende de su propio condicionamiento. Sin embargo, el hecho de tener esas visiones, de experimentar esas fantasías, hace que la sociedad considere a ese hombre sumamente respetado; le convierten en un santo.

Londres, 6.ª charla,
14 de mayo de 1961

C. La reforma

La transformación total jamás puede tener lugar dentro del patrón de ninguna sociedad, ya se trate de una sociedad tiránica o de la llamada sociedad democrática.

[...] He tenido el privilegio de estar estrechamente asociado con algunos de nuestros más grandes reformadores. Creo que la reforma, no la revolución, es el único camino para salir de este caos. ¡Mire cómo ha terminado la revolución rusa! No, señor; los grandes hombres auténticos siempre han sido reformadores.

¿Qué entiende usted por «reforma»?

Reformar es mejorar gradualmente las condiciones sociales y económicas de la gente a través de los diversos proyectos que se han establecido: reducir la pobreza, terminar con la superstición, eliminar la diferencia de clases, etc.

Esa reforma siempre se hace dentro del patrón social existente. Puede que un nuevo grupo de personas sea el que gobierne, puede que se promulgue una nueva legislación, que se nacionalicen ciertas empresas, etc., pero eso sigue estando dentro del marco actual de la sociedad. A eso lo llamamos reforma, ¿no es cierto?

Si cuestiona eso, entonces sólo puede estar abogando por una revolución [...]

Una revolución dentro de esa estructura, dentro del marco de la sociedad, no es una revolución en absoluto; puede

ser progresista o retrógrada, pero, al igual que la reforma, tan sólo es la continuación, con alguna modificación, de lo que esa sociedad ha sido. Por muy buena y necesaria que sea la reforma, sólo puede producir un cambio superficial, que de nuevo necesitará de una reforma posterior. Ese proceso no tiene fin, porque la sociedad está constantemente desintegrándose dentro del modelo de su propia existencia.

Señor, ¿afirma entonces que toda reforma, por muy beneficiosa que sea, significa simplemente «poner parches», que ninguna reforma producirá una transformación completa de la sociedad?

Una transformación completa jamás puede suceder dentro del patrón de ninguna sociedad, ya sea una sociedad tiránica o la llamada sociedad democrática.

¿No es mucho más significativa y preferible una sociedad democrática que un estado policial o tiránico?

Por supuesto.

Entonces, ¿qué quiere decir con «un modelo de sociedad»?

El modelo de la sociedad surge de una relación humana basada en la ambición, la envidia, el deseo de poder, personal o colectivo, la actitud jerárquica, las ideologías, los dogmas y las creencias. Esa sociedad puede, y generalmente lo hace, proclamar que cree en el amor, en la bondad, aunque siempre está dispuesta a matar y a entrar en guerra. Cualquier cambio dentro de ese modelo no es realmente un cambio, por muy revolucionario que pueda parecer. Cuando un paciente

está gravemente enfermo y necesita una operación, es ridículo limitarse a simplemente calmarle los síntomas.

Pero ¿quién será el cirujano?

Uno mismo tiene que operarse en lugar de depender de otro, por muy buen especialista que sea. Tiene que salirse del modelo de la sociedad, de la codicia, de la ambición, del conflicto.

¿Si salgo de ese modelo influiré a la sociedad?

Primero salga y ya verá lo que sucede. Seguir dentro de ese modelo y preguntar qué sucederá en el caso de que salga es una forma de escape, es una pregunta rebuscada e inútil.

Comentarios sobre el vivir,
tomo III, capítulo 27

D. El análisis

El análisis no es el medio para comprender el inconsciente.

Nuestro condicionamiento, consciente o inconsciente, es muy profundo; tiene una densa carga, ¿no es cierto? Somos cristianos, hindúes, ingleses, franceses, alemanes, indios, rusos; somos de esta o de aquella iglesia con todas sus creencias, de esta o de aquella raza con el peso de su historia. Nuestras mentes han recibido una educación superficial; la

mente consciente ha sido educada de acuerdo con la cultura en la que vivimos, y uno, quizá, es capaz de liberarse de eso con cierta facilidad. No es demasiado difícil dejar de ser inglés, indio, ruso, lo que sea, o salirse de una iglesia o religión concreta. Sin embargo, resulta mucho más complicado liberar el inconsciente del condicionamiento, el cual desempeña una parte más importante en nuestra vida que la mente consciente. Educar la mente consciente es útil y necesario para poder ganarse la vida o desempeñar cierta función, cosa que mayoritariamente hace nuestro sistema educativo actual; nos enseñan a hacer ciertas cosas para que actuemos más o menos mecánicamente, de determinada manera: en eso consiste esa educación superficial. Pero en lo interno, en lo inconsciente, en lo profundo, somos el resultado de muchos miles de años de esfuerzo, somos la suma total de luchas, esperanzas, desesperación, de una interminable búsqueda de algo que está más allá; y aún ahora seguimos acumulando más experiencias dentro de nosotros. Para darse cuenta de ese condicionamiento y liberarse de él se necesita prestar mucha atención.

No es una cuestión de análisis, porque no se puede analizar el inconsciente. Ya sé que hay especialistas que tratan de hacerlo, pero no creo que eso sea posible; no es posible abordar el inconsciente con la mente consciente; les mostraré por qué. A través de los sueños, de insinuaciones, de símbolos y de determinadas formas de avisos, el inconsciente intenta comunicarse con la mente consciente, pero esas insinuaciones e intimaciones requieren interpretaciones; esas interpretaciones las hace la mente consciente según su propio condicionamiento, según su particular idiosincrasia. En consecuencia, nunca hay un pleno contacto entre ambos, nunca es posible una comprensión total del inconsciente, nunca llegamos a co-

nocerlo en su totalidad. Por consiguiente, si no se comprende el inconsciente liberándose de él, del peso de su historia, de todo ese largo relato del pasado, siempre habrá contradicción, conflicto y una fuerte lucha interna.

De modo que, como decía, el análisis no es el medio para comprender el inconsciente, porque el análisis implica un observador, un analizador que es diferente de lo analizado, lo cual genera una división, y si hay división no puede haber comprensión.

Ahora bien, uno de nuestros problemas fundamentales, quizá el mayor de nuestros problemas, es cómo liberarse de todo el contenido del inconsciente. Pero ¿es eso posible? No sé si alguna vez ha intentado analizarse a sí mismo: analizar lo que piensa, lo que siente, y también los motivos, las intenciones que esconden sus pensamientos y sentimientos. Si lo ha hecho, estoy seguro de que habrá visto que el análisis no puede profundizar muy hondo: llega a cierta profundidad y se detiene. Para profundizar mucho uno debe poner fin a ese proceso del analizador que constantemente analiza y, en vez de eso, empezar a escuchar, a simplemente ver, a observar cada pensamiento, cada sentimiento, sin decir: «Esto está bien y aquello está mal», sin condenar ni justificar. Si de verdad observa de esa manera, verá que no hay contradicción alguna y, por consiguiente, no hay esfuerzo, lo cual implica una comprensión inmediata.

No obstante, para profundizar en lo más hondo de uno mismo, es obvio que uno debe estar libre de ambición, de competitividad, de envidia, de codicia, y eso resulta muy difícil porque la envidia, la codicia y la ambición son la base de una estructura psicológica y social de la que formamos parte. Viviendo como lo hacemos en un mundo de egoísmo, de ambición, de afán competitivo, el verdadero problema es es-

tar por completo libre de esas cosas y, aun así, no ser destruido por ese mundo.

Londres, 1.ª conferencia,
5 de junio de 1962

Para afrontar el reto de lo nuevo, la mente debe ser nueva.

Comprender el proceso completo del condicionamiento no se logra a través del análisis o de la introspección, porque en el momento en que existe un analizador, ese mismo analizador forma parte del trasfondo y, por tanto, su análisis no tiene ninguna trascendencia. Eso es un hecho y uno debe descartarlo. El analizador que examina, que analiza lo que observa, es en sí mismo parte de ese estado condicionado y, en consecuencia, cualquiera que sea su interpretación, su entendimiento, su análisis, seguirá siendo parte del trasfondo. Por ese camino no hay salida. Lo importante es eliminar el trasfondo, porque para afrontar el nuevo reto la mente debe ser también nueva; para descubrir a Dios, la verdad o como quiera llamarlo, la mente debe estar limpia, no puede estar contaminada por el pasado. Analizar el pasado, llegar a conclusiones a través de una serie de experimentos, afirmaciones, negaciones y todas esas cosas, implica, por su misma esencia, la continuación de ese trasfondo con aspectos diferentes. Sin embargo, si uno percibe la verdad de este hecho, descubrirá que no hay ningún analizador; entonces no existe ninguna entidad separada del trasfondo, sólo existe el pensamiento como trasfondo, el pensamiento como respuesta de

la memoria, tanto consciente como inconsciente, tanto individual como colectiva.

La libertad primera y última,
capítulo 20

E. Métodos, sistemas y patrones

No existe ningún método para liberarse del condicionamiento.

¿Cree que algún método le liberará de su condicionamiento? No existe ningún método para liberarse del condicionamiento. Hemos jugado con esas palabras; durante siglos hemos hecho todo eso, los gurús, los monasterios, el zen, este o aquel método, pero el resultado es que siguen atrapados, siguen siendo esclavos del método, ¿no es cierto?, y por tanto no son libres. Un método produce un resultado, pero ese resultado viene de la propia confusión de uno, del propio condicionamiento, y por consiguiente, también está condicionado [...]

Nueva Delhi, 2.ª conferencia,
18 de diciembre de 1966

Para percibir la verdad es imprescindible la libertad.

Uno ve que aquellos que siguen un sistema, aquellos que fuerzan la mente a realizar determinadas prácticas, como es

obvio, condicionan la mente de acuerdo con una fórmula, lo cual significa que la mente no es libre; y sólo una mente libre es capaz de descubrir, no una mente condicionada según un determinado sistema; porque, ya sea oriental u occidental, el condicionamiento es el mismo, lo llame uno como lo llame. Para percibir la verdad es imprescindible la libertad, y una mente condicionada de acuerdo con un sistema nunca puede percibir la verdad.

Nueva York, 5.ª conferencia,
2 de julio de 1950

F. El perfeccionamiento de uno mismo

En los ámbitos religioso, social y político siempre está esa constante necesidad de mejorar en lo personal.

En todo el mundo hay una inmensa pobreza. Tomemos el ejemplo de Asia, donde también hay una tremenda riqueza; al igual que en este país, hay crueldad, sufrimiento, injusticia, una forma de vida carente de amor. Al ver todo esto, ¿qué puede hacer uno? ¿Cuál es la forma correcta de afrontar estos innumerables problemas? En todo el mundo las religiones han puesto énfasis en el crecimiento personal, la práctica de la virtud, la aceptación de la autoridad, la necesidad de seguir determinados dogmas y creencias y de hacer grandes esfuerzos para adaptarse. No sólo en el ámbito religioso, sino también en el ámbito social y político, siempre está esa constante necesidad de mejorar en lo personal: «Debo ser más noble, más amable, más considerado, menos violento». La so-

ciedad, con la ayuda de la religión, ha desarrollado una cultura de crecimiento personal en el sentido más amplio de la palabra. Eso es lo que cada uno de nosotros trata de hacer todo el tiempo: intentamos mejorar personalmente, lo cual implica esfuerzo, disciplina, conformidad, aceptación de la autoridad, afán competitivo, búsqueda de sensación de seguridad, intentos por justificar la ambición. Es evidente que mejorar personalmente produce algunos resultados visibles: hace que uno esté más predispuesto socialmente, que sea importante en la sociedad; pero eso es todo. El crecimiento personal no revela la verdad suprema. Creo que es muy importante comprender esto.

Las religiones que profesamos no nos ayudan a comprender aquello que es real, porque, en esencia, no se basan en el cese del «yo», sino en mejorarlo, en refinarlo, lo cual no deja de ser, en diferentes formas, una continuidad del «yo». Tan sólo unos pocos son los que rompen con la sociedad; no con la parafernalia externa de la sociedad, sino con todas las implicaciones de una sociedad que se basa en la ambición, la envidia, la comparación y la competitividad. Esa sociedad condiciona la mente a un determinado patrón de pensamiento, al patrón de mejorar en lo personal, de adaptarnos, sacrificarnos; pero únicamente quienes sean capaces de poner fin a todo condicionamiento podrán descubrir aquello que la mente no puede medir.

De manera que la sociedad, en todos los lugares, condiciona al individuo, y ese condicionamiento adopta la forma de crecimiento personal, que en realidad no es más que la continuación del «yo», del ego, en diferentes formas. Esa mejora personal puede ser vulgar o muy refinada cuando se utiliza para practicar la virtud, la bondad, el llamado «amor al prójimo»; pero, en esencia, es la continuación del «yo», que no

es otra cosa que un producto de las influencias condicionadas de la sociedad. Todo el interés radica en llegar a ser algo, ya sea aquí, siempre que sean capaces de lograrlo, o si no, en la otra vida; pero eso sigue siendo el fruto de la misma necesidad, de la misma urgencia de mantener y de dar continuidad al «yo».

Ojai, 2.ª conferencia,
7 de agosto de 1955

El mejoramiento personal es un progreso dentro del sufrimiento y no el cese del sufrimiento.

En la mejora personal hay cierto progreso: mañana seré mejor, más amable, más generoso, menos envidioso, menos egoísta...; pero ¿produce el mejoramiento personal un cambio completo en nuestra forma de pensar? ¿O no se produce ningún cambio, sino sólo cierto avance? Mejorar implica tiempo, ¿no es cierto? Hoy soy así y mañana seré mucho mejor; es decir, el mejoramiento personal, el sacrificio y la renuncia se basan en una progresión, en un proceso gradual para avanzar hacia una vida superior, lo cual significa una adaptación superficial al entorno, a un patrón mejorado; sin embargo, uno sigue condicionado, aunque de manera más noble, etc. Vemos cómo ese proceso opera todo el tiempo, y seguramente se han preguntado, al igual que yo, si ese progreso puede producir una revolución fundamental.

A mi modo de ver, lo importante no es el progreso, sino la revolución; por favor, no se escandalicen al escuchar la palabra «revolución», como hace la mayoría de las personas en

una sociedad tan progresista como ésta. Hemos de comprender la extrema necesidad de producir un cambio radical en nuestra actitud y no una mejora social, porque el simple progreso sólo es una mejora dentro del sufrimiento; probablemente produzca cierto respiro, la atenuación del sufrimiento; pero no puede poner fin a ese sufrimiento profundo que siempre está latente. En definitiva, el progreso, en el sentido de mejorar a lo largo de un periodo de tiempo, es en realidad un proceso del «yo», del ego. Sin duda, hay progreso en la mejora personal, en la que hay un claro esfuerzo para ser bueno, para ser más esto o menos aquello, etc. Al igual que se han mejorado los frigoríficos y los aviones, también se mejora el «yo». Pero esa mejora, ese progreso, no libera a la mente del sufrimiento.

[...] mejorar en lo personal es un progreso dentro del sufrimiento, no es el cese del sufrimiento.

Ojai, 4.ª conferencia,
14 de julio de 1955

Ha tomado el camino equivocado [...] Después de haber andado mucho, después de un largo camino, descubre que ese camino, esa carretera, no conduce al lugar adonde quiere llegar.

Hemos utilizado el pensamiento como herramienta para producir un cambio en uno mismo; el pensamiento como deseo, el pensamiento como voluntad, el pensamiento como una idea que debemos aceptar, el pensamiento como tiempo. Ese pensamiento que dice: «Soy esto» o «Soy esto pero seré aque-

llo»; ese pensamiento que es la respuesta de la memoria, la acumulación de siglos de experiencia de la humanidad y del individuo en particular; ese mismo pensamiento se ha convertido en el instrumento que espera producir una revolución interna.

Eso es lo que somos, ese trasfondo está en nosotros, y ante cualquier reto, ante cualquier pregunta, ante cualquier acontecimiento nuevo, respondemos de acuerdo con ese trasfondo, de acuerdo con nuestro condicionamiento. ¿Puede el pensamiento como voluntad, como deseo, como ganancia o pérdida, producir una revolución interna? Si el pensamiento no puede, ¿quién lo hará, entonces? Sabemos lo que hace el pensamiento para generar esa revolución, ese cambio; me digo a mí mismo: «Soy esto», sea lo que sea, temeroso, envidioso, codicioso; busco mi propia satisfacción personal, actúo de forma egoísta, y al ver esto digo: «Debo cambiar, porque es demasiado doloroso, demasiado absurdo, demasiado inmaduro; me hace sufrir». Así, empiezo a utilizar la voluntad, la represión, el control, la disciplina, que son las actividades del pensamiento; pero me doy cuenta de que no se produce ningún cambio, que simplemente me muevo a un lugar diferente dentro del mismo campo. Puede que sea menos irritable, un poco más esto o aquello, pero el pensamiento no ha revolucionado toda mi psique, todo mi ser. Sin lugar a dudas, deben reconocer ese hecho: el pensamiento sólo crea más conflicto, más sufrimiento, más placer, más lucha; entonces, ¿qué puede producir un cambio, una revolución dentro de este campo?

Si se hace esa pregunta a sí mismo, ¿cuál es la respuesta? ¿Cómo la responde? Se ha esforzado toda su vida. Si tiene dinero, acude al psicoanalista; si no lo tiene, acude a un sacerdote, o si no hace ninguna de esas cosas, se vigila a sí mismo,

se controla, se disciplina, hace esto o aquello, hace diez cosas diferentes. A pesar de todos sus esfuerzos, no hay florecer, belleza, libertad, paz; se encuentra en un callejón sin salida. Los que lo han investigado saben que es así. Por tanto, ¿qué puede producir un cambio? ¿Cómo responde esa pregunta? Sería muy valioso que cada uno respondiera a esa pregunta por sí mismo, que la contestara y no esperara a que otro lo hiciese. Si esperan a que otro la conteste no aprenderán. Como dije, estamos haciendo el viaje juntos; no hay ni maestro ni discípulo, no hay ninguna autoridad, lo único que existe es la interioridad, la soledad de su propia indagación y descubrimiento. Si uno lo descubre por sí mismo, entonces, de ese descubrimiento nace una nueva energía, un nuevo resurgir. Pero si uno espera simplemente a que otro la responda, estará de vuelta en la vieja rutina que tan poco valor tiene.

Y bien, ¿cómo responderá esa pregunta? Camina por una carretera para llegar a cierto lugar, a su casa. Pregunta a alguien y esa persona le dice que ha tomado el camino equivocado. Después de haber andado mucho, después de un largo camino, descubre que ese camino, que esa carretera, no conduce al lugar adonde quiere llegar; después de hacer una serie de averiguaciones y descubrir por sí mismo que ese camino no conduce a ningún lugar, ¿qué hace? Se detiene, regresa y toma otro camino. Primero se detiene, vacía su mente o, más bien, la mente se vacía a sí misma de todos los patrones, de todas las fórmulas; se vacía a sí misma de todas las fuertes resistencias de la memoria, y ese proceso de vacío total de la mente es, en sí mismo, el proceso de revolución. Pero no es posible vaciar una mente comprometida, una mente que está siempre ocupada. La mente se vacía cuando escucha, cuando observa, cuando está atenta a todo su movimiento, al movimiento total, lo cual puede hacerse en un instante. Si uno ob-

serva ese movimiento y se da cuenta de la futilidad de utilizar constantemente el pensamiento como instrumento para producir una revolución, si se da cuenta de eso, en ese momento y de forma natural da media vuelta y deja de caminar por el viejo camino. Eso tan sólo sucede cuando la mente, cuando toda la psique, se vacía por completo; ese vacío es madurez, y de esa madurez surge una dimensión, una acción y un vivir totalmente diferentes.

Saanen, 5.ª conferencia,
19 de julio de 1966

VII

¿Puede la mente liberarse a sí misma del condicionamiento?

A. Introducción

Aunque uno debe desconfiar de las similitudes, no hay mucha diferencia entre Oriente y Occidente. Las personas que viven en Asia son iguales a las que viven en los países occidentales. Aunque tengan filosofías diferentes, creencias diferentes, costumbres, hábitos y modales diferentes de las de Occidente, son seres humanos como el resto del mundo, seres humanos que sufren, que tienen innumerables problemas, ansiedad, miedo; con frecuencia están desesperados a causa de la enfermedad, de la vejez y de la muerte. Éstos son problemas que existen en todas partes. Sus creencias y sus dioses no son distintos de las creencias y los dioses de este país o de otros países de Occidente; todas son creencias que no han resuelto los problemas humanos de forma fundamental, profunda y radical. Sólo han producido cierta cultura, buenos modales, una aceptación superficial de las relaciones, pero el hombre no ha cambiado profunda y radicalmente en los últimos dos millones de años. Según parece, el hombre, a lo largo de todo este tiempo, ha luchado, ha nadado contra la corriente de la vida, siempre luchando, siempre en conflicto, esforzándose, avanzando a tientas, buscando, preguntando,

exigiendo, rezando, esperando que otro resuelva sus problemas humanos.

Esto es lo que ha sucedido siglo tras siglo, y, al parecer, no hemos resuelto nuestros problemas; seguimos sufriendo, avanzando a tientas, buscando, preguntando, exigiendo que otros nos digan lo que debemos o no debemos hacer, cómo debemos pensar y qué no debemos pensar, sustituyendo una creencia por otra, una actitud, una ideología absurda por otra. Todos lo sabemos, todos hemos pasado por una diversidad de creencias y, aunque reaccionemos, aunque cambiemos nuestra posición en ciertos aspectos de la vida, por alguna razón seguimos siendo lo mismo básicamente, quizá con algún pequeño cambio aquí o allá, pequeñas modificaciones, diferentes sectas, grupos, actitudes, pero en lo interno sigue predominando el mismo forcejeo, el temor, la ansiedad y la desesperación.

Tal vez podamos abordar estos problemas de un modo diferente. Debe haber —creo que lo hay— una forma diferente de abordar la totalidad de nuestra existencia, una forma diferente de vivir sin esa lucha, ese miedo, esos dioses que en realidad han perdido todo su significado; sin esas ideologías, tanto comunistas como religiosas, que no tienen ningún valor; de hecho, nunca han tenido valor, sólo han ayudado a civilizar al hombre, a hacerle un poco más dócil, un poco más amable; pero en lo profundo el hombre no se ha amansado ni ha cambiado fundamentalmente; siguen siendo crueles, siguen en guerra unos con otros, tanto en lo externo como en lo interno. Ha habido quince mil guerras en los últimos cinco mil quinientos años: dos guerras y media por año. La humanidad ha sido malvada, ha odiado, ha competido, ha luchado por conseguir posición y reconocimiento, por alcanzar poder y dominio. Todos lo sabemos y lo aceptamos como una

forma de vida; aceptamos la guerra, el miedo, el conflicto, una vida superficial: aceptamos todo eso.

Me parece que, quizá, haya una forma diferente de vivir, y eso es lo que vamos a tratar durante estos cinco encuentros: cómo producir una revolución, no externa, sino dentro de uno; porque la crisis está en la conciencia, no es económica o social. Siempre respondemos a los retos externos tratando de dar respuestas superficiales, pero debemos responder adecuadamente a esta crisis interna que se ha ido incrementando y acumulando a través de los siglos. Las hábiles, las astutas filosofías intelectuales, las teologías y los diversos escapes que ofrecen las religiones por medio de sus dogmas no pueden dar una respuesta verdadera a estos problemas. Cuanto más serio es uno, más empieza a darse cuenta de esos problemas, y con «serio» me refiero a aquellas personas que son capaces, que de hecho afrontan esos problemas y los resuelven; no los posponen, no escapan, ni tratan de responder intelectual, verbal o emocionalmente. La vida sólo es para las personas serias, no para aquellos que la tratan como un simple entretenimiento, que dan respuestas superficiales y huyen de la profunda crisis que hay en su interior [...]

Estamos hablando de poner fin a este constante conflicto y de averiguar si eso es realmente posible, es decir, si es posible vivir en este mundo sin un solo conflicto. Para descubrir si eso es posible debemos prestar atención, y uno no está atento si dice: «estoy de acuerdo», o «he llegado hasta aquí y no voy a seguir», «esto me gusta y aquello no», «soy escritor y quiero interpretarlo todo a mi manera». Si somos capaces de prestar atención, será realmente valioso escuchar, porque entonces estableceremos una comunión entre nosotros, una comunión en la que no existe el profesor ni el discípulo —eso sería demasiado inmaduro—, una comunión en donde no hay

un seguidor ni alguien que diga: «Haga esto o haga aquello». Como seres humanos ya hemos pasado por todo eso durante siglos y siglos; hemos tenido salvadores, maestros, dioses, creencias, docenas de religiones, y nada de eso ha resuelto nuestros problemas: seguimos sufriendo; somos tan infelices, tan desdichados, estamos tan confundidos; nuestra vida se ha vuelto tan mezquina e insignificante. Siempre lo ha sido. Puede que seamos más astutos, que hablemos de todo con mucha habilidad, pero en nuestro interior hay caos y una infinita soledad, una confusión cada vez más profunda y más extensa, un sufrimiento que parece no tener fin.

Ahora que hemos planteado el problema con el que la mayoría estamos bastante familiarizados, ¿existe un modo diferente de abordarlo? Es evidente que el viejo enfoque no trae ninguna solución; uno debe tener eso muy claro para no caer en el mismo error; uno debe descartar por completo el viejo camino de las religiones, con sus creencias, sus dogmas, sus salvadores, sus maestros, sus sacerdotes, sus arzobispos, etc., ya sean católicos, protestantes, hindúes o budistas, porque ha comprendido que ese camino no conduce a la libertad. La libertad es algo muy diferente de la rebelión. En este momento el mundo entero está en rebelión, en especial los jóvenes; pero eso no es libertad. La libertad es algo muy diferente: no es la libertad de «algo»; liberarse de «algo» es rebelión.

Si me rebelo contra la religión a la que pertenezco, como reacción me uniré a otra religión, porque me ofrece, o eso creo, mayor libertad y sensaciones, una nueva serie de frases, enunciados, dogmas e ideologías; pero debido a esa reacción seré incapaz de investigar. Sólo una mente libre, una mente que no reacciona, puede investigar; no sólo la mente humana, sino también toda la estructura psicológica del orden social del que uno forma parte, cuestionando, dudando, siendo

escéptico. Para indagar, para cuestionar, para descubrir, hace falta una inmensa libertad y no grandes reacciones. Si hay libertad, hay pasión y una intensidad que no tiene relación alguna con la intensidad o la pasión de la reacción. La pasión, la intensidad, la vitalidad, la energía de la libertad no tiene límites, mientras que el entusiasmo, el interés, la vitalidad de la reacción puede cambiar y ser modificada.

Para descubrir si existe una manera distinta de vivir —no una manera de hacer o de actuar de manera diferente, sino una manera diferente vivir que implique actuar— uno debe descartar de forma natural todas aquellas cosas de las que es esclavo. Creo que eso es lo primero que uno debe hacer, porque de lo contrario no puede examinar, no puede mirar; ¿cómo puede una mente que haya sido tan fuertemente condicionada durante dos mil años de propaganda o diez mil años de tradición, cómo puede una mente así observar? Sólo podrá observar según su propio condicionamiento, según sus ambiciones, su anhelo de realizarse; pero ese examen no tendrá ningún valor, ninguno; no podrá descubrir nada nuevo. Incluso en el mundo científico, aunque dependa de muchos conocimientos, para descubrir algo nuevo es necesario olvidarse momentáneamente de lo conocido; de no ser así, no es posible descubrir nada nuevo. Es obvio que si uno quiere ver lo nuevo con claridad, el pasado, lo conocido y el conocimiento no pueden interferir.

Así pues, nos preguntamos, usted y yo, si existe una forma completamente diferente de afrontar los problemas, una forma sin conflicto ni contradicción, porque si hay contradicción hay esfuerzo, y si hay esfuerzo hay conflicto, ya sea en forma de resistencia o de aceptación. Resistir es escudarse detrás de las ideas, de las esperanzas, de los miedos, y aceptar se convierte en una imitación. Siempre estamos nadando con-

tra corriente; así es nuestra vida. Ahora bien, ¿es posible moverse, vivir, ser, actuar, de tal modo que no exista ninguna corriente contra la que luchar? Cuanto más conflicto, mayor es la tensión, y como consecuencia de la tensión aparecen todo tipo de neurosis o estados psicóticos, y eso a pesar de que un ser humano en tensión puede adquirir ciertas capacidades, y puede expresar esas capacidades que le da la tensión a través de la escritura, de la música o de diez mil maneras más.

Estoy intentando transmitir, o más bien comunicarme, de forma no verbal; aunque uno tiene que utilizar las palabras, sabe que la palabra no es el hecho, no es la cosa. En lugar de afrontar siempre la realidad desde la disciplina, desde el conflicto, desde la aceptación, desde el rechazo, todas aquellas cosas que el hombre ha practicado durante siglos y siglos para descubrir algo, ¿es posible estallar y que de ese mismo estallido surja un nuevo estado de la mente? ¿Puede la vieja mente, que aún conserva el animal; esa vieja mente que sigue en búsqueda de comodidad, seguridad; esa mente que tiene miedo, que está ansiosa, que se siente sola, que se da cuenta y sufre de sus propias limitaciones; puede esa vieja mente morir en un instante para que opere una mente nueva? ¿He expresado la pregunta con claridad?

Intentaré decirlo de otra manera. El pensamiento crea estos problemas; el pensamiento dice: «necesito encontrar a Dios», «necesito seguridad», «éste es mi país», «éste no es su país», «usted es alemán y yo soy francés», «usted es ruso», «es comunista», «es esto o aquello», «mi Dios», «su Dios», «yo soy escritor y usted no», «usted es inferior y yo soy superior», «usted es espiritual y yo no lo soy». El pensamiento ha construido esa estructura social que tenemos y de la que formamos parte; el pensamiento es responsable de toda esta confusión; el pensamiento la ha creado, y si dice «Debo cambiar todo

esto para que sea diferente», tal vez cree una estructura distinta en algunos aspectos, pero será similar, porque seguirá siendo una acción del pensamiento. El pensamiento ha dividido el mundo en nacionalidades, en grupos religiosos; ha engendrado el miedo; dice: «Yo soy mucho más importante que usted» o «Debo amar a mis semejantes». El pensamiento ha creado la jerarquía de los sacerdotes, de los salvadores, de los dioses, de los conceptos, de las fórmulas, y si el pensamiento decide: «Esto está mal; voy a crear una nueva serie de actividades, un nuevo sistema de creencias, un nuevo conjunto de estructuras», serán muy similares a las anteriores, aunque con alguna variación. Seguirán siendo el resultado del pensamiento.

Para descubrir algo completamente distinto, uno no sólo debe comprender el origen del pensamiento, el inicio del pensamiento, sino también la posibilidad de que el pensamiento no interfiera, de tal manera que pueda nacer un nuevo proceso. Es una cuestión realmente importante, y no se trata de estar o no de acuerdo, porque no lo sabe; probablemente ni siquiera lo ha pensado y, por tanto, no puede decir que lo comprende o no lo comprende; aunque diga: «Sí, lo entiendo, en el sentido de que soy capaz de seguir verbal o intelectualmente lo que está diciendo», eso es muy diferente a realmente comprender el hecho. El pensamiento ha creado las guerras dividiendo a los hombres en franceses, alemanes, italianos, indios, rusos; el pensamiento ha dividido el mundo en zonas, en áreas de creencia, cada una con sus salvadores, con sus dioses; ¡cada una con su propio Dios!, y mientras, luchan unos contra otros. Todo esto ha sido creado por el pensamiento, y el mismo pensamiento es quien dice: «Lo veo, es un hecho; ahora crearé un mundo distinto» [...] Todas las revoluciones intentan hacerlo, pero, finalmente, vuelven a ser lo de antes.

El pensamiento ha creado las filosofías y las fórmulas, en función de las que tratamos de vivir [...] El pensamiento no puede crear un nuevo mundo, lo cual no significa que no imagine que crea un nuevo mundo; pero sin duda no puede hacerlo. Debemos encontrar una energía diferente, que no sea la energía del pensamiento; debemos encontrar una energía distinta que pueda actuar en una dimensión diferente, una energía cuyas actividades operen en este mundo y no en el mundo de la evasión: a un monasterio, a una cumbre del Himalaya, a una cueva o a algún absurdo proyecto. Eso es lo que vamos a investigar, porque estoy completamente seguro de que existe una forma diferente de vivir, una dimensión donde el pensamiento no interfiere. Debemos investigar el origen, el inicio del pensamiento, y descubrir lo que significa pensar, cuál es su estructura, su mecanismo. Cuando la mente, toda la entidad, comprende, pone toda su atención en comprender la estructura del pensamiento, en ese momento empezamos a tener una energía diferente, la cual nada tiene que ver con querer realizarse, con alguna búsqueda o anhelo; todo eso ha desaparecido. Es importante que nos comprendamos; no se trata simplemente de que escuchen y quien les habla diga ciertas palabras. Juntos vamos a averiguar el origen del pensamiento...

[...] El pensamiento puede funcionar plenamente, completamente, con razón y cordura, sin estados neuróticos, cuando es necesario; pero hay un área donde el pensamiento no debe intervenir para nada, porque en esa área puede iniciarse una revolución, puede surgir lo nuevo. Eso es lo que vamos a descubrir por nosotros mismos a medida que investigamos.

París, 1.ª conferencia,
15 de mayo de 1966

B. Cómo liberar la mente del condicionamiento

Sin la menor duda, digo que es posible liberar la mente de todo condicionamiento.

[...] La mayoría rechazamos cierta forma de condicionamiento y encontramos una variante distinta, un condicionamiento más amplio, más significativo o más placentero. Uno abandona una religión y adopta otra, rechaza una clase de creencias y acepta otras diferentes; esa sustitución indica claramente que uno no comprende la vida, no comprende la vida que es relación. Nuestro problema consiste en cómo liberarse de todo condicionamiento; o bien decimos que es imposible, que ninguna mente humana puede estar libre de condicionamiento, o empezamos a experimentar, a investigar, a descubrir. Si sostienen que es imposible, es evidente que no tendrán ninguna posibilidad. Esa afirmación puede basarse en una experiencia limitada o amplia, o bien en la simple aceptación de una creencia; pero esa misma afirmación niega la búsqueda, la investigación, la indagación y el descubrir. Para ver si es posible que la mente se libere por completo de todo condicionamiento, uno debe tener libertad para indagar y para descubrir.

Sin la menor duda, digo que es posible liberar la mente de todo condicionamiento; no se trata de que acepten mi autoridad, porque si lo asumen basándose en la autoridad nunca lo descubrirán; se tratará de una sustitución más sin ningún valor. Cuando digo que es posible, lo digo porque para mí es un hecho; puedo mostrárselo verbalmente, pero si quieren descubrir por sí mismos la verdad, deben experimentarlo y avanzar con rapidez.

La libertad primera y última,
capítulo 20

C. El enfoque de Krishnamurti

Cuando la mente se da cuenta de que está condicionada sin elección, en ese darse cuenta surge un estado libre de condicionamiento.

Sydney, 2.ª conferencia,
12 de noviembre de 1955

Con el simple hecho de darse cuenta de todo el proceso de su condicionamiento, sin justificarlo ni condenarlo, verán que se inicia algo totalmente nuevo.

Para liberar la mente de todo condicionamiento deben ver la totalidad del condicionamiento sin la intervención del pensamiento. Esto no es un juego de adivinanzas; si lo experimentan lo verán. ¿Alguna vez han visto algo sin el pensamiento? ¿Han escuchado o mirado sin introducir todo el proceso de la reacción? Puede que digan que es imposible ver algo sin pensamiento, que ninguna mente puede estar sin condicionamiento; pero si dicen eso se bloquean a sí mismos por medio del pensamiento, porque el hecho es que no lo saben.

Por tanto, ¿puedo mirar, puede la mente darse cuenta de su condicionamiento? Creo que es posible. Por favor, hagan la prueba. ¿Pueden darse cuenta de que son hindúes, socialistas, comunistas, esto o aquello; tan sólo darse cuenta, sin decir que es correcto o incorrecto? Debido a que el simple ver es una tarea ardua, decimos que es imposible. Yo digo que sólo cuando uno se da cuenta de la totalidad del propio ser

sin ninguna reacción, el condicionamiento termina de forma total y profunda, lo cual es en realidad estar libre del «yo».

No lo traduzcan rápidamente en términos de lo que ahora creen o no creen, porque todo eso forma parte del «yo»; y el pensamiento, que es la reacción del «yo», no puede actuar sobre el «yo» sin agrandarlo, ¿entienden? Sin embargo, eso es lo que hacemos todo el tiempo; si perciben la verdad de que el pensamiento no puede eliminar ese condicionamiento, porque todo pensamiento, análisis, verificación e introspección son una simple reacción al estado actual de uno, entonces sólo observarán el condicionamiento. En la observación no hay elección, porque si hay elección de nuevo se introduce el pensamiento. Es decir, darse cuenta del condicionamiento significa que no hay elección, condena, justificación ni comparación, sino tan sólo observación. Si observan de ese modo, la mente se libera del condicionamiento. Con el simple hecho de darse cuenta de todo el proceso del condicionamiento, verán que surge algo completamente nuevo, algo que no se identifica ni se opone al «yo»; ese algo libera, termina con todo el condicionamiento. Por eso les sugiero que lo experimenten hasta que volvamos a reunirnos, que observen de esa manera, que se den cuenta.

Poona, 3.ª conferencia,
1 de septiembre de 1958

¿Es posible darnos cuenta del condicionamiento con tal naturalidad y profundidad que el mismo proceso de condicionamiento, que es el deseo de seguridad y de permanencia, termine completamente?

[...] Como es evidente, todo pensar está condicionado. No existe el «libre pensar» como tal; el pensar nunca puede ser libre: es el resultado de nuestro condicionamiento, de nuestro trasfondo, de nuestra cultura, de nuestro clima, de nuestro contexto social, económico y político. Los mismos libros que uno lee y las actividades que práctica, todas vienen establecidas por ese trasfondo, y cualquier pensamiento es el resultado de ese trasfondo. De manera que si somos capaces de darnos cuenta —en un instante investigaremos lo que significa darse cuenta—, tal vez seamos también capaces de liberar la mente de su condicionamiento sin emplear el proceso de la voluntad, sin la intención de liberar a la mente, porque en el momento en que hay intención aparece la entidad que desea, esa entidad que dice: «Debo vaciar mi mente de todo condicionamiento». Esa entidad surge de nuestro deseo de conseguir un resultado; por tanto, genera conflicto. En consecuencia, ¿es posible darse cuenta de nuestro propio condicionamiento, sólo darse cuenta? Porque eso no genera ningún conflicto, y ese mismo darse cuenta, si se le permite, quizá ponga fin a todos los problemas.

Al fin y al cabo, todos sabemos que hay algo más allá de nuestro propio pensar, de nuestros problemas y sufrimientos insignificantes. Hay momentos en que, tal vez, experimentamos ese estado, pero lamentablemente esa experiencia se convierte en un obstáculo para el futuro descubrimiento de cosas más importantes, porque nuestras mentes se aferran a eso que hemos experimentado; pensamos que es real, por eso nos aferramos; pero como es obvio, el hecho mismo de aferrarse impide experimentar algo mucho más trascendente.

Así que la pregunta es: ¿puede una mente condicionada mirarse a sí misma, darse cuenta de su propio condicionamiento sin ninguna elección, comparación o condena, y ver

si, en ese darse cuenta, el problema de uno, el pensamiento de uno, termina por completo? Sin duda, cualquier forma de acumulación, sean conocimientos o experiencias; cualquier clase de ideal, cualquier fórmula sobre lo que debería o no debería ser, cualquier proyección de la mente, cualquier práctica concreta para moldear la mente, como es obvio, paraliza el proceso de investigación y descubrimiento. Si uno de verdad profundiza y reflexiona sobre esto, verá que la mente debe estar libre por completo de todo condicionamiento para tener libertad interna, porque sólo en ese estado de libertad interna se resuelven todos nuestros problemas, sean los que sean.

Por esa razón, creo que nuestra investigación no debe buscar soluciones a nuestros problemas inmediatos, sino descubrir si la mente, tanto la mente consciente como la mente profunda o inconsciente en la que están almacenados las tradiciones, los recuerdos, la herencia del conocimiento racial; si todo eso puede eliminarse. Creo que sólo es posible hacerlo si la mente es capaz de darse cuenta, sin ninguna exigencia y sin ninguna presión, sólo observar. Considero que una de las cosas más difíciles es darse cuenta, porque estamos atrapados en los problemas inmediatos y en su rápida solución, por eso nuestras vidas son tan superficiales. Aunque acudamos a todos los psicoanalistas, leamos todos los libros, acumulemos grandes conocimientos, vayamos a las iglesias, recemos, meditemos, practiquemos diferentes disciplinas, aun así, es tan evidente que nuestras vidas son triviales..., porque no sabemos investigar profundamente. Creo que la comprensión, el modo de profundizar, el cómo llegar hasta lo más hondo, está en el darse cuenta, en el simple darse cuenta de nuestros pensamientos y sentimientos sin condenarlos, sin compararlos, sólo observándolos. Si lo hacen, verán lo difícil que es,

porque nos han educado para condenar, para aprobar, para comparar [...]

Así pues, ¿podemos examinar, no como grupo que experimenta algo colectivamente, lo cual resulta bastante fácil, sino como individuo; podemos de verdad indagar y descubrir por nosotros mismos hasta qué grado y profundidad estamos condicionados? Y ¿es posible darse cuenta de ese condicionamiento sin reaccionar, sin condenarlo, sin tratar de modificarlo, sin sustituirlo por uno nuevo, sino con tal naturalidad y profundidad que el mismo proceso de condicionamiento, el cual es el deseo de seguridad, el deseo de permanencia, termine por completo? ¿Es posible descubrirlo por uno mismo y no porque alguien hable de eso; percibir directamente, de manera que la raíz misma, el deseo mismo de seguridad, de permanencia, cese completamente? El deseo de seguridad tanto futura como pasada, el apego a las experiencias acumuladas, es lo que nos da esa sensación de seguridad; ahora bien, ¿es posible terminar con eso?; porque precisamente eso crea el condicionamiento. Este deseo que la mayoría tenemos de saber y encontrar seguridad en ese saber, de vivir experiencias que nos fortalezcan: ¿es posible terminar con todo eso, no mediante un acto de voluntad, sino dejando que se consuma por sí mismo en el darse cuenta, de manera que la mente se libere de todos sus deseos y que lo eterno se manifieste?

Ésa es la única revolución, no la comunista o cualquier otra. Esas revoluciones no resuelven nuestros problemas; todo lo contrario, incrementan y multiplican nuestro sufrimiento; una vez más, eso es tan obvio... Sin lugar a dudas, la única y verdadera revolución consiste en liberar la mente de su condicionamiento, por tanto, de la sociedad, y no pretender reformar la sociedad. Aquellos que quieren reformar la socie-

dad siguen atrapados en la sociedad; sin embargo, el hombre que está libre de la sociedad, como está libre de condicionamiento, actúa con independencia, y con esa independencia actuará en la sociedad. De modo que nuestro problema no es reformar ni ver cómo mejorar la sociedad, cómo lograr un estado de mayor bienestar, ya sea comunista, socialista o lo que gusten; no se trata de una revolución económica o política, ni de una paz impuesta mediante el terror. El verdadero problema del hombre serio es descubrir si la mente puede estar completamente y totalmente libre de todo condicionamiento y, a partir de ahí, quizá, descubrir en ese extraordinario silencio aquello que está más allá de toda medida.

Londres, 1.ª conferencia,
17 de junio de 1955

1. El darse cuenta, la atención

Con «darse cuenta» me refiero a un estado de observación sin elección.

Con «darse cuenta» me refiero a un estado de observación en el que no hay elección: uno simplemente observa «lo que es». Pero uno no puede observar «lo que es» si tiene una idea o una opinión de lo que ve, si opina que es bueno o malo, si de alguna manera valora. Uno debe darse cuenta plenamente de los movimientos de su propio pensamiento, de sus propios sentimientos; observar sus propias actividades, tanto conscientes como inconscientes, sin valorarlas, lo cual exige una mente realmente atenta y dinámica. Sin embargo, la mayoría

tenemos mentes embotadas, medio dormidas; sólo determinadas partes están activas: esas partes especializadas desde las que actuamos de forma automática a través de asociaciones, a través de la memoria, igual que un cerebro electrónico. Para estar atento, para ser dinámico y sensible, la mente debe tener suficiente espacio para poder observar sin el trasfondo de lo conocido. Ésa es una de las funciones de la meditación: traer a la mente ese extraordinario estado de alerta, de dinamismo y de sensibilidad. ¿Entienden todo esto?

Darse cuenta es observar la actividad del cuerpo, la forma de caminar, de sentarse, los movimientos de las manos; es escuchar las palabras que uno emplea, observar todos los pensamientos, las emociones y las reacciones; eso incluye darse cuenta del inconsciente y de su tradición, del conocimiento instintivo y del inmenso sufrimiento que ha acumulado no sólo el personal, sino también el sufrimiento del ser humano. Uno debe darse cuenta de todo eso, y no es posible hacerlo si simplemente juzgamos y hacemos valoraciones diciendo: «Esto es bueno y aquello es malo: me quedaré con esto y dejaré aquello», todo lo cual sólo sirve para embotar e insensibilizar la mente.

La atención nace del darse cuenta, fluye del darse cuenta, cuando en ese darse cuenta no hay elección, no hay preferencia personal ni experimentación, sino tan sólo observación. Lo investigaré dentro de un instante. Para observar, la mente debe tener mucho espacio. Una mente atrapada en la ambición, en la codicia, en la envidia, en la persecución del placer, en la realización personal, con el inevitable sufrimiento, dolor, desesperación y angustia; una mente así no tiene espacio para observar, para estar atenta; está ocupada con sus propios deseos, da vueltas en su propia área de reacciones. Uno no puede estar atento si su mente no es muy sensible,

aguda, racional, lógica, sana, cuerda y sin la más ligera sombra de neurosis.

La mente debe explorar cada rincón de sí misma, sin dejar ni un recoveco por descubrir, porque si queda un solo rincón oscuro que uno tenga miedo de explorar, de ese rincón surgirá la ilusión. Cuando el cristiano, en su meditación, en su contemplación, ve a Cristo, cree que ha logrado algo extraordinario; pero sus visiones son la simple proyección de su propio condicionamiento. Sucede lo mismo con el hindú que se sienta a la orilla del río y entra en un estado de éxtasis; también tiene visiones que nacen de su propio condicionamiento y, por tanto, lo que ve no es en realidad una experiencia religiosa. Sin embargo, a través del darse cuenta, a través de la observación sin elección, que sólo es posible cuando la mente tiene espacio para observar, se disuelve cualquier forma de condicionamiento y, entonces, la mente deja de ser hindú, budista o cristiana, porque todas las ideas, las creencias, las esperanzas y los miedos han desaparecido por completo. De ahí surge la atención; no la atención hacia algo concreto, sino un estado de atención en el cual no hay un experimentador y, en consecuencia, no hay experiencia. Comprender esto es muy importante para el hombre que está realmente interesado en descubrir lo que es la verdad, lo que es la religión, lo que es Dios, lo que está más allá de lo que la mente ha creado.

En ese estado de atención no hay ninguna reacción, sólo está la atención. La mente ha explorado y ha comprendido todos sus recovecos, todas sus motivaciones, exigencias, satisfacciones, demandas y sufrimientos inconscientes; por eso en ese estado de atención hay espacio, hay vacío; no hay un experimentador experimentando algo. Al estar vacía, la mente no proyecta, no busca, no desea, no anhela; ha comprendido todas sus reacciones y respuestas, su propia profundidad y

superficialidad: no queda nada en ella. En ese momento, desaparece la división entre el observador y lo observado, porque si hay una división entre el observador y lo observado surge el conflicto; esa separación entre ambos es conflicto. Ya hemos investigado esto y vimos la importancia de estar completamente libres de conflicto...

Ahora bien, únicamente en ese estado de atención uno puede ser una luz para sí mismo, y cualquier acción en la vida diaria surgirá de esa luz, ya sea trabajando en una oficina o en una fábrica, cocinando, paseando, remendando ropa o haciendo cualquier otra cosa. Todo este proceso es meditación [...]

Saanen, 8.ª conferencia,
23 de julio de 1963

2. El conocimiento propio

Para descubrir todo ese proceso del conocimiento propio, uno debe observarse en la relación; la relación es el único espejo donde se puede ver con exactitud y precisión cómo se revela a sí mismo el pensamiento.

Es evidente que el conocimiento propio no consiste simplemente en aprender una forma particular de pensar. Tampoco se basa en ideas, creencias o conclusiones; debe ser algo vivo, de lo contrario no es conocimiento propio; se convierte en mera información. Hay una gran diferencia entre información, o conocimiento acumulado, y sabiduría, que significa darse cuenta del proceso de nuestros pensamientos y sentimientos. La mayoría estamos atrapados en la información, en

el conocimiento superficial, y por eso somos incapaces de profundizar en cualquier problema. Para descubrir todo ese proceso de conocimiento propio, uno debe observarse en la relación; la relación es el único espejo a nuestra disposición, un espejo que no distorsiona, un espejo en el que se puede ver con exactitud y precisión cómo el pensamiento se revela a sí mismo. El aislamiento que mucha gente busca es una fuerte resistencia oculta en contra de la relación, y, como es obvio, el aislamiento impide comprender la relación, la relación con las personas, con las ideas y con las cosas. Mientras no conozcamos «lo que realmente es», a saber, cuál es nuestra relación con la propiedad, con la gente, con las ideas, es evidente que habrá confusión y conflicto.

Colombo, Ceilán, 2.ª conferencia,
1 de enero de 1950

Primero debemos ver la importancia, la necesidad de comprenderse uno mismo, porque sin comprenderse uno mismo no puede resolverse ningún problema, y, por tanto, las guerras, los antagonismos, la envidia y las luchas seguirán.

Así pues, primero debemos ver la importancia, la necesidad de comprenderse uno mismo, porque sin comprenderse uno mismo no es posible resolver ningún problema, y, por tanto, las guerras, los antagonismos, la envidia y las luchas seguirán. La mente de quienes realmente quieran comprender la verdad debe estar en silencio, y ese silencio tan sólo puede surgir de la comprensión de uno mismo. La paz en la mente no se consigue por medio de la disciplina, del control, de la

subyugación; únicamente adviene cuando se comprenden por completo los problemas, los cuales son proyecciones del «yo». Sólo cuando la mente está en paz, cuando no está proyectándose a sí misma, se puede manifestar lo real. Es decir, para que lo real se manifieste, la mente debe estar en silencio; no silenciada, no controlada, subyugada o reprimida, sino inmersa en ese silencio espontáneo surgido como consecuencia de la comprensión de toda la estructura del «yo», con sus múltiples recuerdos, limitaciones y conflictos. Cuando todo esto se comprende por completo y de verdad, hay paz en la mente, y únicamente entonces es posible conocer aquello que es real.

Nueva York, 1.ª conferencia,
4 de junio de 1950

Sin conocerse uno mismo, haga lo que haga, ya sea reformar o promover cualquier clase de revolución, nunca creará un mundo donde el individuo se desarrolle como un ser humano total y pueda así cambiar la sociedad.

Lo que tiene importancia para un hombre religioso no es repetir aquello que ha aprendido de los libros ni de las experiencias que ha proyectado su condicionamiento, sino la necesidad de comprenderse a sí mismo sin ningún engaño, sin ninguna tergiversación o distorsión; ver en sí mismo las cosas tal como son. Es una tarea muy ardua ver las cosas como realmente son; no sé si alguna vez lo han hecho, no sé si han observado cualquier cosa sin colorearla, sin tergiversarla, sin nombrarla. Les sugiero que, para variar, observen eso que llaman «codicia» o «envidia», y vean lo difícil que es hacerlo, porque

la propia palabra «codicia» o «envidia» tiene una carga condenatoria. Puede que uno sea codicioso, ambicioso, pero mirar simplemente la ambición, la sensación, el sentimiento, sin condenarlo, requiere, como verán, una capacidad extraordinaria.

Todo esto forma parte del conocimiento propio, y sin conocerse uno mismo, haga uno lo que haga, ya sea reformar, promover cualquier clase de revolución o tener superlíderes, superpolíticos, nunca creará un mundo donde el individuo se desarrolle como un ser humano total y pueda así cambiar la sociedad.

Madrás, 1.ª conferencia,
22 de octubre de 1958

En el conocimiento propio está todo el universo; abarca todas las luchas de la humanidad.

[Joven estudiante] *¿Cómo podemos conocernos a nosotros mismos?*

Conocerse uno mismo es el propósito de toda educación. Sin conocimiento propio, dedicarse meramente a almacenar datos o a tomar apuntes para pasar los exámenes es una forma estúpida de vivir. Puede que uno sea capaz de citar pasajes del Bhagavad Gita, los Upanishads, el Corán o la Biblia, pero a menos que se conozca a sí mismo estará repitiendo palabras igual que un loro. En cambio, en el momento en que empiece a conocerse a sí mismo, por poco que sea, habrá iniciado un extraordinario proceso de creatividad. Es todo un descubrimiento verse de pronto a uno mismo tal como real-

mente es: codicioso, peleón, irritable, envidioso, estúpido. Ver el hecho sin tratar de alterarlo, sólo ver lo que uno de verdad es, resulta una asombrosa revelación. A partir de ahí puede profundizar más y más, infinitamente, porque conocerse uno mismo no tiene fin.

A través del conocimiento propio uno empieza a descubrir lo que es Dios, lo que es la verdad, lo que es ese estado sin tiempo. El profesor puede transmitirle el conocimiento que él mismo ha recibido de sus profesores, y puede que uno apruebe los exámenes, obtenga una licenciatura, etc., pero sin conocerse a sí mismo como conoce su propia cara en el espejo; el resto del conocimiento tiene muy poca importancia. Las personas cultas que no se conocen a sí mismas en realidad son muy poco inteligentes; no saben lo que es pensar, lo que es la vida. Por eso es importante que el educador se eduque a sí mismo —educarse en el verdadero sentido de la palabra—, lo cual significa que debe conocer cómo funcionan su mente y su corazón, verse a sí mismo exactamente como es en el espejo de la relación. El conocimiento propio es el principio de la sabiduría; en el conocimiento propio está todo el universo, abarca todas las luchas de la humanidad.

El propósito de la educación,
capítulo 14

Su mente es la humanidad; si lo percibe, sentirá una inmensa compasión.

La libertad está fuera de los muros, fuera del patrón de la sociedad; sin embargo, para liberarse de ese patrón uno tiene

que comprender todo su contenido, lo cual significa comprender la propia mente. La mente ha creado la civilización actual, esa cultura y esa sociedad esclavas de la tradición, y sin comprender la mente misma, el simple hecho de rebelarse como comunista, socialista, esto o aquello, tiene muy poco valor. Por esa razón es tan importante conocerse uno mismo, darse cuenta de todas las actividades, de nuestros pensamientos y sentimientos; en esto consiste la educación, ¿verdad? Porque si uno se da plena cuenta de sí mismo, la mente se vuelve muy sensible y muy atenta.

Haga la prueba; no algún día en un futuro lejano, sino mañana, o esta tarde. Si hay demasiadas personas en la habitación, si su casa está llena de gente, váyase solo a pasear, siéntese bajo un árbol o en la orilla del río y observe en silencio cómo funciona su mente. No la corrija, no diga: «esto está bien» o «aquello está mal»; tan sólo obsérvela como cuando ve una película. Cuando va al cine no interviene en la película: los actores y actrices son quienes lo hacen; usted simplemente observa. De la misma manera, observe cómo funciona su mente; es realmente muy interesante, mucho más que cualquier película, porque su mente es el residuo de toda la humanidad, contiene todo lo que los seres humanos han experimentado, ¿comprende? Su mente es la humanidad; si lo percibe, sentirá una inmensa compasión. De esa comprensión nace un tremendo amor, y, a partir de ahí, cuando vea cosas hermosas, sabrá lo que es la belleza.

El propósito de la educación,
capítulo 10

3. La meditación

Para mí la meditación es algo que nada tiene que ver con lo que sus libros y sus gurús le han enseñado; la meditación es el proceso de comprender la propia mente.

Incluso durante la meditación parece que no soy capaz de percibir lo que es la verdad. ¿Puede decirnos, por favor, qué es la verdad?

Por el momento dejemos la cuestión de qué es la verdad y consideremos primero qué es la meditación. Para mí la meditación es algo que nada tiene que ver con lo que sus libros y sus gurús le han enseñado; la meditación es el proceso de comprender la propia mente. Si no comprende su propio pensar, es decir, si no se conoce a sí mismo, cualquier cosa que piense tiene muy poco significado; sin los cimientos del conocimiento propio, el pensar conduce a la desdicha. Cualquier pensamiento tiene un significado, y si la mente no es capaz de ver ese significado, no sólo de uno o dos pensamientos, sino de cada pensamiento en el instante en que surge, entonces el simple hecho de concentrarse en una idea, en una imagen o en una serie de palabras concretas, a lo cual generalmente se llama «meditación», es una forma de autohipnosis.

El propósito de la educación,
capítulo 22

Meditación es darse cuenta sin elección de todo lo que hay alrededor y dentro de uno.

Hablo de algo totalmente diferente: hablo de liberar la mente de todas sus reacciones mediante una atención profunda, y generar así un estado de paz libre del control y sin ningún acto premeditado de la voluntad. Tan sólo una mente así, una mente realmente apasionada y muy sensible, puede encontrar paz; no así una mente paralizada por el miedo, el sufrimiento y la satisfacción, o insensibilizada por las innumerables exigencias sociales y psicológicas.

La verdadera meditación es la forma más alta de inteligencia; no consiste en sentarse en un rincón con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, mantenerse con la cabeza y los pies arriba, o lo que sea que hagan. Meditar es estar completamente atento cuando uno camina, cuando viaja en autobús, cuando está trabajando o cuando está en la cocina; darse plena cuenta de las palabras que emplea, de los gestos que hace, de la manera en que habla, en que come, y de la forma en que manipula a la gente. Meditación es darse cuenta sin elección de todo lo que hay alrededor y dentro de uno. Si están así de atentos a la propaganda política y religiosa que se difunde sin cesar, a la infinidad de influencias que hay a su alrededor, verán como rápidamente las comprenden y se liberan de cualquier influencia en el momento en que aparece. Sin embargo, muy pocos son los que llegan tan lejos, porque están tremendamente condicionados por sus tradiciones.

Esto es especialmente cierto si a uno le ha tocado vivir en India, donde la gente debe hacer forzosamente ciertas cosas; debe controlar por completo el cuerpo, y por tanto tener un control completo del pensamiento, y a través de ese control esperan alcanzar lo supremo; pero lo que consigan será

el resultado de su propia autohipnosis. En el mundo cristiano sucede lo mismo, aunque de diferente manera. Sin embargo, lo que estoy diciendo es algo que requiere la forma más elevada de inteligencia.

Saanen, 8.ª conferencia,
23 de julio de 1963

Esta ralentización del pensar y el examinar cada pensamiento es el proceso de la meditación.

Así pues, tanto si está sentado en silencio como hablando o jugando, ¿se da cuenta del significado de cada pensamiento, de cada reacción que surge? Haga la prueba y verá lo difícil que es darse cuenta en todo momento del pensamiento, porque los pensamientos se suceden unos tras otros, muy rápidamente. Pero si quiere de verdad examinar cada pensamiento, si realmente quiere comprender su contenido, descubrirá que los pensamientos se ralentizan y puede observarlos. Esta ralentización del pensar y el examinar cada pensamiento es el proceso de la meditación, y si lo investiga verá que, al darse cuenta de cada pensamiento, su mente, que ahora es una enorme acumulación de pensamientos inquietos que luchan unos contra otros, se vuelve muy silenciosa, permanece en completo silencio. En ese momento no hay ninguna demanda, ninguna presión, ningún miedo, y en esa quietud, aquello que es verdad se manifiesta. No hay un «yo» que experimente esa verdad, sino que cuando la mente está en silencio la verdad viene a ella [...]

El propósito de la educación,
capítulo 22

Cuando la mente está en completo silencio, sin ninguna ilusión, sin ninguna clase de autohipnosis, surge algo que no es producto de la mente.

Por tanto, lo primero es darse cuenta, observar sin elección todos los pensamientos y sentimientos, todo lo que uno hace. Como resultado, surge un estado de atención que no tiene fronteras, en el que la mente puede concentrarse, y en ese estado de atención, la mente está en silencio. Cuando la mente está en completo silencio, sin ninguna ilusión, sin ninguna clase de autohipnosis, surge algo que no es producto de la mente.

Como saben, ahora lo difícil es tratar de expresar con palabras algo que es inexpresable, ese algo que todos buscamos. Todos queremos encontrar algo más allá de este mundo de agonía, tiranía, violencia y subyugación; de este mundo tan indiferente, tan insensible y cruel. Con nuestras ambiciones, nuestros nacionalismos, nuestra diplomacia, nuestras mentiras, constantemente exacerbamos los horrores de la guerra y, cansados de todo eso, queremos paz. Queremos encontrar en alguna parte cierto estado de tranquilidad, de dicha; por eso nos inventamos un Dios, un salvador o un nuevo mundo que nos dará esa paz que anhelamos, siempre que hagamos o creamos en ciertas cosas. Sin embargo, por mucho que una mente condicionada quiera la paz, sólo genera su propia destrucción; eso es lo que realmente está sucediendo en el mundo. Todos los políticos, ya sean de derechas o de izquierdas, utilizan la palabra «paz», pero eso no tiene ningún valor. Estoy hablando de algo que está mucho más allá de todo eso.

De modo que meditación significa vaciar la mente de todas las cosas que ella misma ha acumulado. Si lo hacen —po-

siblemente no lo harán; no importa, tan sólo escuchen— descubrirán que en la mente hay un espacio extraordinario, y ese espacio es libertad. Por tanto, deben tener libertad desde el mismo comienzo, y no sólo esperar con la esperanza de conseguirla al final. Deben buscar el significado de la libertad en sus trabajos, en sus relaciones, en cada cosa que hagan. Si lo hacen descubrirán que la meditación es creación.

Saanen, 8.ª conferencia,
23 de julio de 1963

Cuando la mente se da plena cuenta de su condicionamiento, lo único que existe es la mente, y no un «yo» separado de la mente.

Miren, cuando la mente se da plena cuenta de su condicionamiento, lo único que existe es la mente, y no un «yo» separado de la mente. Pero cuando la mente se da cuenta parcialmente de su condicionamiento, ella misma se divide y, o bien desprecia el condicionamiento, o dice que es algo bueno. Mientras haya condena, juicio o comparación, la comprensión del condicionamiento será incompleta; por tanto, el condicionamiento seguirá. Por el contrario, si la mente se da cuenta de su condicionamiento sin condenarlo ni juzgarlo, si sólo observa, entonces la percepción es total. Si perciben de esa manera verán como la mente se libera a sí misma del condicionamiento.

Benarés, 1.ª conferencia,
9 de enero de 1955

Comprender la experiencia, la ambición o la envidia son los verdaderos cimientos de la meditación.

Por favor, escuche lo que se está diciendo. Mire en qué se ha convertido su vida; observe la desdicha, el sufrimiento, la lucha interminable desde que nacemos hasta que morimos, la aflicción, el dolor, la ansiedad, el miedo, la culpabilidad, las innumerables dolencias que uno tiene, el aburrimiento, las responsabilidades, las obligaciones sin amor, sin ningún afecto; aparte de eso, pocas cosas más. Ésa es su vida y no la cambiarán porque yo les hable. Sin embargo, la cambiarán sin saberlo si escuchan algo que es un hecho, que es verdad, que no es propaganda, que no está intentando forzarles para que hagan determinadas cosas o piensen de determinada manera. Si se dan cuenta de los hechos reales de su vida, del dolor, de la desdicha, de lo superficial que es todo, desde el darse cuenta de ese hecho surge una mutación sin esfuerzo. Eso es lo único que importa: simplemente ver los hechos, y con esa claridad verán que lo importante son los hechos, no lo que debemos hacer con los hechos. No deben hacer nada con el hecho, porque su vida es muy limitada, está condicionada; su familia y la sociedad son demasiado inhumanas, no se lo permitirán; desgraciadamente sólo unos pocos son capaces de abrirse paso. Ahora bien, si únicamente escuchan, si simplemente observan el hecho, la realidad, lo triste, lo aburrido, lo superficial que es todo, ese observar el hecho es suficiente y tendrá un efecto si no se resisten, si no dicen: «No puedo hacer nada; lo mejor será evadirme». De modo que observen cada día de su vida; lo primero es estar atento, y a partir de ese darse cuenta surge una acción sin esfuerzo, y en consecuencia, esa acción está libre de envidia y egoísmo.

De modo que una vez haya comprendido la experien-

cia..., cuando haya comprendido la ambición y la envidia, las cuales constituyen la naturaleza de nuestra frívola y mezquina vida económica y social, ésos serán los cimientos para seguir investigando. Sin esos cimientos, haga lo que haga, no llegará muy lejos; sin esos cimientos, sin comprender, tanto en el nivel consciente como en el nivel inconsciente, todo el proceso de la experiencia, de la influencia corrupta de la ambición y la superficialidad de la envidia, no puede avanzar. Esos cimientos son la base de la meditación; ésa es la belleza de la meditación. La meditación es algo extraordinario.

Los cimientos de la meditación son los cimientos de la rectitud; no la rectitud social o económica, sino la rectitud de la comprensión de uno mismo. Cuando la mente ha establecido esos cimientos, ¿qué sucede con el pensar? ¿Cuál es entonces el lugar del pensamiento? Hemos utilizado el pensamiento para conseguir, para realizarnos, para llegar a ser algo; hemos utilizado el pensamiento para tener más experiencias, para elegir o rechazar experiencias.

Así pues, cuando uno ha comprendido la experiencia, la ambición y la envidia, ¿cuál es el lugar del pensar? ¿Es necesario entonces pensar? ¿O hay una acción diferente que no es un resultado del pensamiento como respuesta de la memoria? Descubrir el significado del pensamiento, el lugar que ocupan pensamiento y acción, tanto en lo colectivo como en lo individual, es el inicio de una investigación con esos cimientos establecidos. Sin esos cimientos uno no puede investigar la naturaleza, el cese del pensamiento o lo que le sucede al pensamiento. Simplemente controlar al pensamiento sigue siendo una contradicción, porque el control implica represión, restricción, disciplina, y una mente que se disciplina basándose en un modelo, sea social, religioso o de otra clase, nunca puede ser libre, siempre estará bajo la disciplina de ese

modelo; por tanto, será incapaz de ser libre, será incapaz de establecer los verdaderos cimientos y de investigar el significado del pensamiento.

Como decía, vemos lo que genera el control y sus limitaciones. En el control hay disciplina, restricción, represión y, por consiguiente, continuo conflicto. Si lo ha comprendido, si lo ha investigado muy profundamente, entonces de ahí surge un darse cuenta, y ese darse cuenta puede concentrarse sin ninguna limitación. Pero una mente que se autodisciplina para controlarse a sí misma nunca puede darse cuenta, mientras que el darse cuenta puede concentrarse sin imponerse a sí mismo ninguna restricción. Así pues, verá que cuando comprenda ese darse cuenta, cuando comprenda la experiencia, el significado de la ambición y la naturaleza de la envidia, habrá establecido los cimientos en usted mismo no mediante el esfuerzo, sino porque habrá comprendido observando el hecho simplemente, y esa comprensión del hecho le dará energía. El hecho nunca genera ningún problema; es uno quien crea un problema del hecho. El hecho nunca crea problema si uno es capaz de mirarlo científica y objetivamente. En ese momento puede empezar a investigar, a ver cuál es el lugar del pensamiento.

¿Existe la actividad del pensar si uno no busca experiencias? La mente está impulsada por la ambición, el éxito, y quiere alcanzar a Dios, lo cual es también ambición. Pero si uno deja de ambicionar cosas mundanas o internas —lo cual significa que deja de querer conseguir, deja de buscar más y más experiencias, más y más sensaciones, más y más emociones, más y más visiones—, entonces el pensamiento no interviene, y en consecuencia, verá que su cerebro entra en un extraordinario silencio. Siempre hemos utilizado el cerebro para conseguir esos fines, pero cuando se investigan esos fines, cuan-

do se examinan racionalmente, con lógica, con cordura, y se comprenden, el cerebro queda al margen de todo eso, y de forma natural entra en un extraordinario silencio; no porque quiera llegar a ningún lugar, ni porque haya dejado de comprender el terrible descontento, el fracaso y la desesperación, sino porque lo ha comprendido todo, y por esa razón el cerebro se vuelve altamente sensible, muy atento, muy silencioso. Ésa es de nuevo la base de la meditación.

Ahora bien, un cerebro que está en silencio puede observar sin distorsión, y debido a que ha comprendido el pensamiento y el sentimiento no busca experiencias, es capaz de observar sin tergiversar; debido a que no está interesado en ninguna experiencia, puede observar el hecho, el detalle, como lo observaría en un microscopio. Pero sólo es posible observar de esa manera si uno ha puesto los cimientos y ha investigado en sí mismo muy profundamente. Ningún libro, ningún gurú, ningún maestro ni salvador pueden hacer que uno avance; únicamente pueden decir: «haga esto» o «no haga aquello», «no sea ambicioso» o «debe ser ambicioso». Cuando uno ha puesto los cimientos por sí mismo, empieza a darse cuenta de que el cerebro está en completo silencio y que a la vez es altamente sensible. En ese momento el cerebro puede observar lo que realmente está sucediendo, porque no está interesado en ninguna experiencia, no le interesa traducir en palabras lo que ve para comunicárselo a otro; sólo está observando. Si uno llega tan lejos, verá que existe un movimiento que está fuera del tiempo.

Una mente, un cerebro que está en completo silencio, sin ninguna reacción, lo cual es extremadamente difícil de hacer, únicamente es un instrumento de observación, y por eso tiene una vitalidad y una sensibilidad extraordinarias. Todo esto, de lo que hemos hablado desde el principio hasta aho-

ra, es meditación. Si uno ha caminado así de lejos en la meditación, descubrirá por sí mismo que existe un movimiento, una acción atemporal, un estado inconmensurable, y eso a lo que llama Dios habrá perdido todo significado. Ese estado es creación, y no escribir un poema, pintar un cuadro o esculpir una imagen en mármol; eso no es creación, son simples expresiones.

Hay creación más allá del tiempo, y hasta que no la conozcamos —conocerla no en el sentido de «conocimiento»—, hasta que no experimentemos una inmensa atención de ese estado, nuestras acciones cotidianas tendrán muy poco valor. Puede que uno llegue a ser rico, a disfrutar de enorme prosperidad, a tener una familia magnífica, a poseer todas las cosas que le ofrece el mundo, o anhele poseerlas; pero si no ha comprendido esa «cosa», la vida será vacía y superficial.

La mutación tan sólo es posible cuando, a través del darse cuenta y sin ningún esfuerzo, uno ha puesto fin a todas las cosas de las que hemos hablado: la ambición, la experiencia y el conflicto. De ahí surge algo imposible de transmitir en palabras, imposible de experimentar ni de buscar, porque cualquier búsqueda ha cesado. Todo eso es meditación y tiene una belleza indescriptible, tiene ese gran sentido de la maravillosa realidad que no puede comprender la mente mezquina, la mente mediocre que repite el Gita o los Upanishads, que depende de un gurú o de un mantra, de esa repetición de una palabra. Todo eso debe terminar; el cerebro debe estar completamente vacío de lo conocido, y sólo entonces, quizá, lo incognoscible pueda manifestarse.

Madrás, 6.ª conferencia,
10 de diciembre de 1961

Únicamente cuando la mente se comprende totalmente a sí misma tan profundamente que muere a todo lo conocido y no queda en ella ninguna barrera, sólo entonces la verdad se manifiesta.

De manera que la transformación del individuo sólo puede suceder cuando se comprenden por completo los movimientos de la mente, lo cual es meditación. Comprenderse uno mismo es un proceso en el cual no hay condena ni justificación; significa simplemente ver lo que uno es observando sin juicio, sin interferencia, sin control y sin distorsión. Percibir lo que uno es sin ninguna valoración lleva a la mente hacia una extraordinaria profundidad, y sólo en esa profundidad puede haber transformación. Como es lógico, esa acción que surge de una comprensión profunda nada tiene que ver con la acción de adaptarse.

Así pues, espero que haya escuchado estas charlas, no con el fin de conseguir más información, de sentirse motivado, entretenido intelectualmente o emocionalmente conmovido, sino que durante el proceso haya aprendido de sí mismo y, por tanto, se haya liberado. Porque desde el comienzo de estas charlas hasta ahora hemos estando hablando de la realidad, del estado cotidiano de la mente, y si lo rechaza alegando que sólo le interesa Dios o lo que sucede después de la muerte, entonces se encontrará que su «Dios» y su «después de la muerte» son tan sólo un conjunto de ideas especulativas que no tienen validez alguna. Para descubrir lo que es Dios, en el caso de que exista, uno debe abordar la cuestión con todo su ser, con vitalidad, y no con una mente deteriorada, cargada de experiencias propias, fragmentada y limitada por la disciplina, o consumida por sus deseos. Una mente realmente apasionada —pasión significa intensidad y plenitud—, únicamente esa mente puede recibir aquello que es incon-

mensurable y que no es posible encontrar a menos que uno excave muy profundamente en sí mismo. Repetir que lo eterno existe es un discurso pueril, y buscar lo eterno tampoco tiene valor, porque lo eterno es incognoscible, es inconcebible para la mente. La mente debe comprenderse a sí misma, tiene que cuestionar la validez de lo que sabe, romper las fronteras de su propio reconocimiento, y ése es el proceso del conocimiento propio. Lo que ahora se necesita es una revolución interna, una forma totalmente nueva de abordar la vida, y no nuevos sistemas, nuevas escuelas o nuevas filosofías. A partir de esa transformación verá que la mente como tiempo cesa [...] Después de todo, el tiempo es como el mar: nunca está en calma, nunca está quieto; está siempre en constante movimiento, en constante agitación; y nuestras mentes basadas en el tiempo están atrapadas en ese movimiento.

Cuando uno se comprende a sí mismo completamente, tanto el consciente como el inconsciente, sólo entonces hay quietud, una inactividad que es creación; esa quietud es acción, acción verdadera. Nunca lo hemos tocado ni sabemos lo que es, porque malgastamos nuestra energía, nuestro tiempo, nuestro sufrimiento y nuestro afán en cosas superficiales.

De modo que el hombre serio es aquel que a través del conocimiento propio derriba todos los muros del tiempo y entra en un estado mental de inactividad. De ahí surge una bendición sin que uno la haya invitado, una realidad y una bondad que llega sin haberla pedido. Si la desean no la conseguirán, si la buscan no la encontrarán; la verdad se manifiesta únicamente cuando la mente se comprende a sí misma por completo, en toda su extensión; cuando no queda en ella ninguna barrera, cuando muere a todo lo conocido.

Bombay, 10.ª conferencia,
28 de diciembre de 1958

VIII

Krishnamurti y la correcta educación

Fragmentos extraídos de charlas con estudiantes, padres y profesores en la escuela de Rajghat, India, en 1952

Nunca nos hemos planteado eliminar el condicionamiento de la mente adulta y no condicionar la del niño. Sin duda, la educación ha de ser a la vez curativa y preventiva.

Lamentablemente, en la actualidad, la educación tiene como objetivo hacer que uno se adapte, que se acople y se ajuste a esa sociedad codiciosa; ése es el único interés de los padres, los profesores y los libros. Mientras uno se amolde, mientras sea ambicioso, codicioso, corrupto y destruya a otros en su búsqueda de poder y posición, es considerado como un ciudadano respetable. Nos educan para encajar en la sociedad, pero eso no es educación, tan sólo es un proceso que nos condiciona para ajustarnos a un determinado modelo. El verdadero propósito de la educación no es formar a un administrativo, juez o primer ministro, sino ayudar a comprender toda la estructura de esta sociedad corrupta y permitir crecer en libertad, de manera que sea posible salirse de la sociedad actual y crear una diferente, un nuevo mundo. Deben existir quienes se rebelen, no de forma parcial, sino personas que estén en total rebelión contra lo viejo, porque sólo esas personas pueden crear un nuevo mundo, un mundo que no esté basado en la codicia, en el poder y en el prestigio.

Probablemente, los adultos estarán pensando que no existe la menor posibilidad de hacerlo, que la naturaleza humana es lo que es, y que lo que estoy diciendo es un disparate. Sin embargo, nunca nos hemos planteado eliminar el condicionamiento de la mente adulta y no condicionar la del niño. Sin duda, la educación ha de ser a la vez curativa y preventiva. Ustedes, los estudiantes mayores, ya están moldeados, condicionados; son ambiciosos, quieren tener éxito como su padre, como el gobernador o como quien sea. De manera que el verdadero propósito de la educación es ayudarles no sólo a liberarse del condicionamiento por sí mismos, sino también a que comprendan el proceso completo de la vida cotidiana, para poder desarrollarse en libertad y establecer un nuevo mundo, un mundo totalmente diferente del actual. Por desgracia, a sus padres, a sus profesores y al público en general no les interesa todo esto; por eso, la educación debe ser un proceso que educa tanto al profesor como al estudiante.

El propósito de la educación,
capítulo 3

El verdadero propósito de la educación es dar al ser humano completa libertad para que pueda desarrollarse, y crear una sociedad diferente, un nuevo mundo.

Sin duda, la educación no tiene ningún sentido a menos que ayude al ser humano a comprender la enorme amplitud de la vida con todas sus sutilezas, su extraordinaria belleza, su aflicción y su júbilo. Puede que uno consiga varias licenciaturas, que eso le permita poner delante de su nombre un

montón de títulos, que consiga un excelente trabajo. Y ¿después qué? ¿Qué sentido tiene todo eso si como resultado su mente se embota, se agota, se vuelve necia? Por tanto, ¿no cree que mientras es joven debería intentar descubrir qué es la vida? Y ¿no es el verdadero propósito de la educación cultivar en uno la inteligencia para que pueda encontrar respuesta a todos estos problemas? ¿Sabe lo que es la inteligencia? La inteligencia es, sin lugar a dudas, la capacidad de pensar con libertad, sin miedo, sin fórmulas, de tal manera que empiece a descubrir por sí mismo lo que es real, lo que es verdad; pero nunca será inteligente si tiene miedo. Cualquier forma de ambición, espiritual o mundana, genera ansiedad y temor; por tanto, la ambición no ayuda a que la mente sea clara, simple, directa y, en consecuencia, inteligente.

Es muy importante que mientras uno es joven viva en un ambiente libre de miedo. La mayoría de nosotros, a medida que nos hacemos mayores nos volvemos temerosos, tenemos miedo a vivir, a perder nuestro empleo; miedo a la tradición, a lo que puedan decir los vecinos, la esposa o el esposo; miedo a la muerte. Casi todos tenemos un miedo u otro, y cuando hay miedo no hay inteligencia. Ahora bien, ¿es posible, mientras somos jóvenes, vivir en un ambiente donde, en lugar de miedo, exista una atmósfera de libertad, pero no libertad para hacer lo que uno quiera, sino para comprender el proceso completo de la vida? La vida, en realidad, es muy hermosa; no es esa fealdad que hemos hecho de ella, y sólo empezará a apreciar su riqueza, su profundidad, su extraordinario esplendor, cuando esté en rebelión contra todo, contra la religión organizada, contra la tradición, contra la corrupta sociedad actual, y, de esa manera, pueda como ser humano descubrir por sí mismo lo que es la verdad. No se trata de imitar, sino de descubrir: eso es la educación. Es muy fácil

amoldarse a lo que dice la sociedad, a lo que le dicen sus padres o sus profesores; ésa es una forma más segura y fácil de vivir; pero eso no es vivir, porque siempre está presente el miedo, la decadencia y la muerte. Vivir es descubrir la verdad por uno mismo, y eso sólo es posible cuando hay libertad, cuando se ha desencadenado una revolución permanente dentro de uno.

Ahora bien, si lo hace, no espere que nadie le anime, que nadie le diga que debe cuestionar, que descubra por sí mismo lo que es Dios, porque si se convierte en un rebelde será un peligro para todo lo falso. Sus padres y la sociedad quieren que viva seguro, y usted también quiere vivir seguro. Vivir seguro, generalmente, significa vivir imitando y, en consecuencia, vivir con miedo. Por consiguiente, el propósito de la educación es ayudarles a vivir en libertad y sin temor, ¿no es así? Y para crear una atmósfera completamente libre de temor se necesita pensar mucho, tanto por parte del estudiante como del profesor, del educador.

¿Se da cuenta de lo que eso significa, de lo extraordinario que sería crear un ambiente libre de miedo? Debemos crearlo, porque es obvio que el mundo está atrapado en constantes guerras, dirigido por políticos que siempre buscan poder, por un mundo de abogados, de soldados y policías, de hombres y mujeres ambiciosos que desean posición y luchan entre sí. También tenemos los llamados «santos», los gurús religiosos, con sus seguidores, que igualmente ambicionan poder y posición, sea ahora o en su próxima vida. Es un mundo de locos, un mundo en completa confusión, donde el comunista lucha contra el capitalista, el socialista se opone a ambos, y todos están contra alguien, forcejeando para llegar a un lugar seguro, a una posición de poder y comodidad. El mundo está despedazado por creencias antagónicas, por las distincio-

nes de castas y clases, por las nacionalidades separativas, por todas las formas de estupidez y crueldad. Curiosamente, estamos siendo educados para encajar en ese mundo; se nos anima a formar parte de la estructura de esa sociedad desastrosa; eso es lo que quieren los padres, y uno también quiere eso.

Ahora bien, ¿es el propósito de la educación únicamente ayudar a uno para que se adapte al modelo de este orden social corrupto o es darle libertad, libertad completa para desarrollarse y crear una sociedad diferente, un nuevo mundo? Necesitamos tener esta libertad, no en el futuro, sino ahora; de lo contrario, todos seremos destruidos. Debemos crear de inmediato un entorno de libertad para vivir y descubrir por nosotros mismos lo que es la verdad, y de esa manera ser inteligentes para poder afrontar el mundo, comprenderlo en lugar de amoldarnos, para que, internamente, en lo más profundo, psicológicamente, estemos en perpetua rebelión. Sin duda, sólo aquellos que vivan en constante rebelión descubrirán lo que es la verdad, no aquellos que se amoldan y siguen la tradición. Sólo es posible encontrar la verdad, Dios, el amor, cuando uno indaga, observa y aprende constantemente; pero si hay miedo es imposible indagar, observar, aprender y darse cuenta con profundidad. Por eso, el propósito de la educación es erradicar, tanto interna como externamente, ese miedo que destruye el pensamiento humano, la relación humana y el amor.

El propósito de la educación,
capitulo 1

La función de un profesor es ayudar a cada uno a descubrir lo que es, y no puede ayudar si les compara a unos con otros.

La comparación es la base de lo que llamamos educación y de toda nuestra cultura. Por eso el profesor insiste continuamente en que uno debe ser tan bueno como este o aquel otro estudiante; de manera que uno tiene que esforzarse para ser tan listo como ellos. Pero ¿qué sucede entonces? Uno empieza a preocuparse más y más, enferma físicamente y se agota mentalmente. Sin embargo, si el profesor no le compara con nadie y le dice: «Mira, amigo, cada cual debe ser uno mismo; vamos a descubrir qué te interesa, qué aptitudes tienes; pero no imites a nadie, no trates de parecerte a Rama, a Sita o a Ghandi; cada uno es lo que es. Comienza a partir de ahí». Si el profesor dice eso, entonces cada estudiante es importante en sí mismo, no los demás. Lo que importa es el individuo; pero si el profesor compara a un estudiante con otro que es más listo, lo está humillando, le hace sentirse inferior, torpe. La función del profesor es ayudar a cada uno a descubrir lo que es, y no puede ayudar si les compara a unos con otros. La comparación es destructiva; por tanto, no se compare con nadie. Cada uno es tan valioso como cualquier otro; cada uno debe comprenderse a sí mismo y, a partir de ahí, empezar a descubrir cómo puede ser más capaz, más libre, más comunicativo de lo que es.

El arte de vivir,
segunda parte, capítulo 1

A. Descubrir su verdadera vocación

Si uno ama de verdad lo que hace, sea lo que sea, no será ambicioso, porque en el amor no hay ambición.

¿Sabe lo que significa «vocación»: algo que a uno le apasiona hacer, algo que forma parte de uno? Después de todo, éste es el propósito de la educación, ayudarle a crecer siendo independiente, de tal manera que esté libre de ambición y pueda encontrar su verdadera vocación. La persona ambiciosa nunca encontrará su verdadera vocación; de haberla encontrado, no sería ambiciosa.

No es fácil ayudar a un estudiante a que descubra su verdadera vocación, porque eso significa que el profesor debe estar muy atento a cada estudiante para saber qué aptitudes tiene; debe ayudarle a que no tenga miedo, a que cuestione, a que investigue. Puede que uno tenga potencial para ser escritor, poeta o pintor. Si uno ama de verdad lo que hace, sea lo que sea, no será ambicioso, porque en el amor no hay ambición.

Por tanto, ¿no es muy importante que, mientras uno es joven, se le ayude a despertar la inteligencia y, en consecuencia, a descubrir su verdadera vocación? Eso significa que a lo largo de toda la vida uno amará lo que hace, no será ambicioso ni competitivo, no luchará contra otro para conseguir posición, prestigio; y quizá entonces será capaz de crear un nuevo mundo, un mundo en el cual no existan todas esas atrocidades de las generaciones pasadas, con sus guerras, su violencia, sus dioses separativos, sus insignificantes rituales, sus gobiernos soberanos y su violencia. Por eso es tan grande la responsabilidad de los profesores y de los estudiantes.

El arte de vivir,
primera parte, capítulo 7

La felicidad no se puede buscar.

La felicidad [...] no se puede buscar; la felicidad llega cuando uno hace algo que ama de verdad, y no porque consiga fortuna o se convierta en una persona importante.

El arte de vivir,
segunda parte, capítulo 1

La riqueza interna implica permanecer solo...

Ser rico interiormente es mucho más difícil que ser rico y famoso en el mundo externo; se necesita mucho más cuidado, mucha más atención. Si tiene un poco de talento y sabe cómo explotarlo, se hará famoso; pero la riqueza interna no se consigue de esa manera. Para ser internamente rico, la mente debe comprender y descartar todas las cosas que no son importantes, como el deseo de ser famoso. La riqueza interna implica permanecer solo, y quien quiere ser famoso tiene miedo a estar solo, porque depende del halago y de la buena opinión de la gente.

El propósito de la educación,
capítulo 6

Creo que la verdadera escuela debe aportar felicidad al mundo a través de sus estudiantes porque el mundo está en un estado caótico y necesita esa felicidad.

Considero la ambición una maldición. La ambición es una forma de egoísmo, de aislamiento, y por tanto genera una mente mediocre. Vivir en un mundo basado en la ambición sin ser ambicioso significa amar algo de verdad, por sí mismo, sin buscar una recompensa o un resultado, lo cual es muy difícil, porque todos nuestros amigos y familiares, todo el mundo, se esfuerza por triunfar, por realizase personalmente, por ser alguien. Sin embargo, comprender eso y liberarse completamente de esa actitud para hacer realmente «eso» que uno ama, sin importar lo modesto o poco reconocido que sea, «eso» despierta la grandeza del espíritu que nunca busca aprobación ni recompensa, que hace las cosas por sí mismas y, por tanto, tiene fuerza y capacidad para no quedarse atrapado en la influencia de la mediocridad.

Es muy importante que uno comprenda este asunto mientras es joven, porque las revistas, los periódicos, la televisión y la radio constantemente enfatizan el culto al éxito, fomentando así la ambición y la competitividad, que producen esa mediocridad de la mente. Mientras uno sea ambicioso, se amoldará a un determinado patrón social, ya sea en América, en Rusia o en India, y, por tanto, vivirá en un nivel muy superficial.

Cuando terminen la escuela irán a la universidad y, más tarde, cuando tengan que afrontar los retos del mundo, según creo, lo más importante será no sucumbir, no agachar la cabeza ante las diversas adversidades, sino afrontarlas y comprenderlas tal como son, ver su verdadero significado y valor, hacerlo con un espíritu bondadoso y con gran fuerza interna, de manera que deje de generar más discordia en el mundo.

Creo que la verdadera escuela debe aportar felicidad al mundo a través de sus estudiantes, porque el mundo está en un estado caótico y necesita esa felicidad. Sin embargo, esa

bendición sólo puede llegar cuando cada uno, como individuo, deje de buscar el poder, cuando deje de satisfacer sus ambiciones personales y comprenda con claridad los muchos problemas que debe afrontar. Todo eso exige mucha inteligencia, a saber: una mente que realmente deje de pensar en base a un modelo establecido, una mente libre en sí misma y, por tanto, capaz de ver lo verdadero y dejar lo falso a un lado.

El arte de vivir,
segunda parte, capítulo 4

B. El miedo y la disciplina

Debería evitarse la disciplina a toda costa [...]

La mayoría de los adultos considera necesaria cierta clase de disciplina. ¿Sabe lo que es la «disciplina»? Es un proceso mediante el cual se obliga a uno a hacer algo que no quiere hacer. Si hay disciplina hay miedo, de modo que la disciplina no es el camino del amor. Por esa razón, debería evitarse la disciplina a toda costa, entendiendo por disciplina la coacción, la resistencia, la imposición, obligar a uno a hacer algo que en realidad no entiende, o persuadirle a que lo haga ofreciendo una recompensa. Si no entiende algo, no lo haga, no se sienta obligado a hacerlo; pida una explicación; no se limite a ser obstinado; trate de descubrir la verdad del asunto, de manera que no haya ningún miedo de por medio y su mente pueda ser muy ágil y flexible.

El arte de vivir,
primera parte, capítulo 12

La bondad sólo surge cuando uno es inteligente, cuando hay amor, cuando no tiene miedo.

¿Puedo saber por qué no deberíamos ceñirnos a los planes de nuestros padres, si lo que ellos quieren es que seamos buenos?

¿Por qué debería ceñirse a los planes de sus padres, por más valiosos y nobles que sean? [...] Si se ajusta a esos planes, ¿qué le sucede entonces? Se convierte en lo que llamamos «una buena chica o un buen chico», y después ¿qué? ¿Sabe lo que significa ser bueno? La bondad no consiste en hacer simplemente lo que quiere la sociedad o lo que dicen sus padres; la bondad es algo muy distinto. La bondad sólo surge cuando uno es inteligente, cuando hay amor y cuando uno no tiene miedo. No es posible ser bueno si tiene miedo. Puede llegar a ser muy respetable haciendo lo que la sociedad le pide; en ese caso la sociedad le condecorará, dirá que es buena persona; pero limitarse a ser respetable no es ser bueno.

El arte de vivir,
segunda parte, capítulo 2

El miedo paraliza el pensar [...]

[...] lo más importante en la educación es asegurarse de que nos eduquen para que estemos libres de miedo, porque el miedo embota la mente, el miedo paraliza el pensar, el miedo alimenta las tinieblas. Mientras tengamos miedo no será posible crear un nuevo mundo.

El arte de vivir,
segunda parte, capítulo 1

Por tanto, es muy importante ayudar al niño a que vea las implicaciones del miedo y a liberarse de él desde la más tierna edad. En el momento en que uno tiene miedo, termina la libertad.

¿Qué podemos hacer para que nuestras mentes sean libres si vivimos en una sociedad totalmente tradicional?

En primer lugar, debe sentir la necesidad, la urgencia de ser libre, que es como el anhelo de un pájaro por volar o el de las aguas del río por fluir. ¿Tiene esa urgencia de ser libre? Si la tiene, ¿qué sucede? Sus padres y la sociedad intentan obligarle a que se amolde. ¿Puede oponerse a ellos? Descubrirá que es muy difícil hacerlo porque tiene miedo; tiene miedo de no conseguir un empleo, de no encontrar el esposo o la esposa adecuada; tiene miedo de morirse de hambre o de que la gente hable de usted. A pesar de que quiere ser libre, está atemorizado, por eso no se opondrá. El miedo a lo que pueda decir la gente o a lo que sus padres puedan hacer le bloquea, y en consecuencia, uno permite que le obliguen a adaptarse dentro de cierto modelo.

Ahora bien, ¿es capaz de decir: «Quiero saber y no me importa morirme de hambre; suceda lo que suceda, voy a luchar contra las barreras de esta sociedad corrupta, porque quiero ser libre para descubrir»? ¿Es capaz de decir eso? Aun teniendo miedo, ¿puede oponerse a todas esas barreras e imposiciones?

Por tanto, es muy importante ayudar al niño desde la más tierna edad a que vea las implicaciones del miedo y a liberarse de él. Cuando el miedo le atrapa, en ese momento deja de haber libertad.

El arte de vivir,
primera parte, capítulo 5

C. La educación y la libertad

El propósito de la educación es ayudarle desde la infancia a no imitar a nadie, ayudarle a ser uno mismo todo el tiempo.

No sé si alguna vez se han parado a observar el maravilloso resplandor que ilumina el oeste cuando el sol se pone, con la tímida luna creciente justo encima de los árboles. A esa hora el río está en completa calma y todo se refleja en su superficie: el puente, el tren que cruza sobre él, la luna tan delicada y, al rato, cuando oscurece, las estrellas. Todo es realmente tan hermoso. Para mirar, para observar, para prestar atención completa a algo hermoso, la mente debe estar libre de pensamientos, de problemas, de especulaciones, de preocupaciones, ¿verdad? Tan sólo cuando la mente está en completa calma uno puede observar de verdad, porque entonces la mente es sensible a esa belleza extraordinaria, y quizá ésa es la clave para resolver el problema de la libertad.

Ahora bien, ¿qué significa ser libre? ¿Consiste la libertad en hacer lo que a uno le conviene, ir adonde uno quiere, pensar lo que uno quiere? Eso es exactamente lo que hacen. El simple hecho de tener independencia, ¿es eso libertad? Muchas personas en el mundo son independientes, pero muy pocas son libres. Libertad significa enorme inteligencia. Ser libre es ser inteligente. Sin embargo, la inteligencia no llega con sólo desear ser libre; surge únicamente cuando uno empieza a comprender todo su entorno: las influencias sociales, religiosas, familiares y tradicionales que constantemente nos bloquean. Para comprender estas múltiples influencias: la influencia de nuestros padres, del gobierno, de la sociedad, de la cultura a la que pertenecemos, de las creencias, de los dioses,

de las supersticiones y de la tradición a la que uno se amolda sin reflexionar, para comprenderlas, para liberarse de todas estas influencias, se requiere una percepción directa y profunda; pero normalmente uno claudica porque internamente tiene miedo. Tiene miedo de no conseguir una buena posición en la vida, de lo que pueda decir el sacerdote, de no seguir la tradición, de no hacer lo correcto. Pero, en realidad, la libertad es un estado de la mente en el cual no existe ningún miedo, ninguna coacción, ningún ansia de sentirse seguro.

Ya sea en el mundo de los políticos, del poder, de la posición y de la autoridad, como en el llamado «mundo espiritual», donde uno aspira a ser virtuoso, noble y santo, en el momento en que deseamos ser alguien dejamos de ser libres. Sin embargo, en el hombre o en la mujer que se da cuenta de lo absurdo de todas estas cosas, su corazón se mantiene inocente y, en consecuencia, deja de moverse por deseo de ser alguien. Si comprende la sencillez de esto también verá su extraordinaria belleza y magnitud.

No importa si sigue el ejemplo de un gurú, de un santo, de un maestro, de un familiar, o se aferra a una tradición particular: en todo eso está implícita la exigencia de llegar a «ser algo», y tan sólo cuando uno realmente comprende este hecho tiene libertad.

De manera que el propósito de la educación es ayudarle desde la infancia a no imitar a nadie, ayudarle a que sea uno mismo todo el tiempo. Ésa es una de las cosas más difíciles de hacer, ser siempre lo que uno es y comprenderlo, tanto si uno es feo o atractivo, envidioso o celoso. No es fácil ser uno mismo, porque pensamos que es despreciable ser lo que somos y si pudiéramos cambiarlo por algo noble sería maravilloso; pero eso nunca sucede. No obstante, si miramos lo que realmente somos y lo comprendemos, esa misma comprensión

es, entonces, transformación. De modo que la libertad no consiste en intentar llegar a ser algo diferente de lo que somos, ni en hacer todo lo que queremos hacer; ni tampoco se trata de seguir la autoridad de la tradición, de los padres o del gurú: la libertad significa comprender lo que uno es de instante en instante.

Como saben, no nos educan de esa manera, sino que la actual educación nos incita a que seamos esto o aquello; pero eso no es comprenderse uno mismo. El «uno mismo» es algo muy complejo, no es simplemente la entidad que va a la escuela, que riñe, que juega, que tiene miedo; también es algo más oculto, no tan palpable; está constituido no sólo por todos los pensamientos que uno tiene, sino también por todas aquellas cosas introducidas en nuestra mente por otras personas, por los libros, los periódicos, los líderes, y únicamente es posible comprender todo esto cuando uno no desea ser alguien, cuando no imita, cuando no sigue; es decir, cuando se rebela contra toda esa tradición de intentar llegar a ser algo. Ésa es la única revolución verdadera que conduce a una libertad extraordinaria, y fomentar esa libertad es el verdadero propósito de la educación...

La esperanza de un nuevo mundo está en aquellos que empiezan a darse cuenta de lo falso y se rebelan contra ello, no sólo verbalmente, sino de hecho; por eso deben buscar una clase de educación correcta, porque sólo creciendo en libertad se puede crear un mundo nuevo que no esté basado en la tradición ni moldeado según la visión particular de algún filósofo o idealista. No puede haber libertad mientras uno esté tratando de llegar a ser alguien o de imitar algún ejemplo noble.

El propósito de la educación,
capítulo 2

IX

Krishnamurti: sobre la guerra y la paz

Para generar paz en el mundo, para poner fin a todas las guerras, debe producirse una revolución en el individuo, en usted y en mí.

¿Cómo podemos resolver el caos político actual y la crisis mundial? ¿Hay algo que el individuo pueda hacer para impedir la inminente guerra?

La guerra no es más que la proyección espectacular y sangrienta de nuestra vida cotidiana. La guerra es la simple expresión externa de nuestro estado interior, una extensión de nuestra actividad diaria. Aunque sea más aparatosa, más sanguinaria y más destructiva, no deja de ser el resultado colectivo de nuestras actividades individuales. De modo que usted y yo somos los responsables de la guerra, y ¿qué podemos hacer para impedirla? Es obvio que nosotros solos no podemos impedir la guerra que claramente nos amenaza, porque ya la tenemos encima, ya se ha desencadenado, aunque por ahora sólo en el terreno psicológico; como ya está en movimiento, no se puede detener; hay demasiadas complicaciones; la suerte ya está echada. Pero nosotros, usted y yo, que vemos que la casa está en llamas, podemos comprender las causas de este

incendio, podemos alejarnos y construir una nueva casa con diferentes materiales, materiales incombustibles que no generen nuevas guerras; eso es todo lo que podemos hacer. De manera que si vemos las causas que generan las guerras y tenemos interés en terminar con ellas, entonces podemos empezar por transformarnos a nosotros mismos, la causa real de la guerra.

Hace un par de años, durante la segunda guerra mundial, vino a verme una señora americana. Me dijo que había perdido a su hijo en Italia y que quería salvar a su otro hijo de dieciséis años; así que durante un rato estuvimos hablando de ese tema. Le sugerí que para salvar a su otro hijo debía dejar de ser americana, dejar de ser codiciosa, dejar de acumular riquezas, de buscar poder, de dominar, y pasar a ser moralmente sencilla, no sólo en su forma de vestir o en su aspecto externo, sino sencilla en sus pensamientos y sentimientos, en su relación con los demás. Entonces, ella me contestó: «Eso es excesivo; me pide demasiado. No puedo hacer eso porque las circunstancias tienen mucho peso para que las cambie». Por tanto, ella era responsable de la destrucción de su hijo.

Podemos controlar las circunstancias, porque las hemos creado. La sociedad es una consecuencia de la relación, de la relación de unos con otros, y si cambiamos la manera de relacionarnos, la sociedad cambia. La simple dependencia de la legislación o de la imposición para transformar la sociedad externa no sirve; mientras sigamos siendo internamente corruptos, mientras sigamos buscando poder, posición y dominio, seguiremos destruyendo lo externo, aunque la forma de construirlo haya sido muy cuidadosa y científica, porque lo interno siempre predomina sobre lo externo.

¿Cuáles son las causas de las guerras religiosas, políticas o económicas? Es obvio que son las creencias, no importa que

sean nacionalistas, ideológicas o dogmáticas. Si en lugar de creencias tuviéramos generosidad, amor y consideración entre nosotros, no habría guerras; pero nos estimulan a base de creencias, de ideas y dogmas, por eso surge el descontento. La crisis actual es de una magnitud tremenda, y nosotros, como seres humanos, o bien seguimos por el camino de constantes guerras y conflictos, que es el resultado de nuestras acciones diarias, o al ver las causas de la guerra abandonamos ese camino [...]

Para que haya paz en el mundo, para que terminen todas las guerras, tiene que haber una revolución en el individuo, en cada uno de nosotros. Cualquier revolución económica no tiene sentido sin una revolución individual, porque el hambre es la consecuencia de un desajuste económico generado por nuestro propio estado psicológico, que se caracteriza por la codicia, la envidia, la mala voluntad y la posesividad. Para poner fin al sufrimiento, al hambre, a las guerras, tiene que darse una revolución psicológica, y muy pocos están dispuestos a ello; preferimos hablar de paz, proponer planes legislativos, crear nuevas alianzas, establecer las Naciones Unidas, etc.; pero no logramos la paz porque no queremos renunciar a nuestra posición, nuestra autoridad, nuestro dinero, nuestras posesiones, nuestras vidas sin sentido. El simple hecho de confiar en otro es por completo inútil; nadie puede darnos la paz, ningún dirigente, ningún gobierno, ningún ejército, ninguna patria puede darnos la paz. Lo que de verdad traerá paz es la transformación interna, la cual dirigirá nuestra acción externa. Sin embargo, transformación interna no significa aislamiento, no implica dejar de lado la acción externa; todo lo contrario: sólo puede haber una acción correcta cuando hay un recto pensar, y sin conocimiento propio no puede haber recto pensar; sin conocimiento propio, la paz es imposible.

Si queremos terminar con las guerras externas, uno debe empezar por poner fin a su guerra interna, la guerra en uno mismo. Algunos asienten con la cabeza y dicen: «Estoy de acuerdo», pero saldrán de aquí y seguirán haciendo exactamente lo mismo que han venido haciendo durante los últimos diez o veinte años. Ese asentimiento es sólo verbal y no tiene ninguna validez, porque el sufrimiento y las guerras del mundo no terminarán asintiendo esporádicamente. Sólo es posible poner fin a las guerras cuando uno se dé cuenta del peligro, cuando uno se haga responsable y no deje esa responsabilidad en manos de otros. Si uno se da cuenta del sufrimiento, si uno se da cuenta de la urgencia de una acción inmediata y no la pospone, entonces uno se transforma realmente. La paz sólo puede llegar cuando uno está en paz consigo mismo, cuando está en paz con sus semejantes.

La libertad primera y última,
capítulo 10

La paz no es una creación de la mente y sólo se puede comprender cuando hay plenitud en el corazón.

Hemos estado examinando los diversos factores que producen ese deterioro en nuestras vidas, en nuestras actividades, en nuestros pensamientos, y hemos visto que el conflicto es uno de los principales factores de deterioro; pero la paz, tal como la entendemos, ¿no es también un factor destructivo? ¿Puede la mente traer paz? Si creamos la paz por medio de la mente, ¿no conduce eso también a la corrupción y al deterioro? Si no estamos muy alerta y atentos, esa palabra, «paz»,

se convierte en una estrecha ventana a través de la cual miramos y tratamos de comprender el mundo. A través de una ventana estrecha sólo podemos ver parte del cielo, y no toda su inmensidad, toda su grandeza. No hay ninguna posibilidad de paz verdadera por el simple deseo de quererla, lo cual es, sin duda, un proceso de la mente.

Posiblemente eso no resulte fácil de entender, por eso intentaré exponerlo tan sencilla y claramente como pueda. Si llegamos a comprender lo que significa ser pacíficos, tal vez comprendamos el verdadero significado del amor.

Creemos que la paz es algo que se logra por medio de la mente, de la razón; pero ¿es así? ¿Puede la paz, surgir del intento de aquietar, de controlar y de dominar el pensamiento? Todos queremos paz, y, para la mayoría, la paz significa que nos dejen tranquilos, que no nos moleste nadie ni interfieran en nuestros asuntos. En consecuencia, construimos un muro de ideas alrededor de nuestra mente.

Es muy importante que lo comprendan, porque a medida que vayan haciéndose mayores deberán afrontar los problemas de la guerra y de la paz. ¿Es la paz algo que la mente puede perseguir, atrapar y controlar? Lo que la mayoría de nosotros llamamos paz es un proceso de estancamiento, un lento deterioro. Pensamos que encontraremos paz si nos aferramos a una serie de ideas, si construimos en nuestro interior un muro de seguridad, de protección, un muro de hábitos y creencias; pensamos que la paz es el resultado de desarrollar un principio, de cultivar una tendencia, una fantasía o cierto deseo concreto. Queremos vivir sin que nos molesten, de modo que buscamos algún rincón en el universo o dentro de nuestro ser donde nos refugiamos, y vivimos en la oscuridad de nuestra propia prisión. Eso es exactamente lo que la mayoría busca en la relación con su esposo, con su es-

posa, con sus padres, con sus amigos. Inconscientemente, queremos paz a cualquier precio; por eso la perseguimos.

Así pues, ¿puede la mente encontrar la paz? ¿No es la mente la fuente misma de perturbación? De hecho, la mente sólo puede recolectar, acumular, negar, afirmar, recordar y perseguir; sin embargo, la paz es absolutamente necesaria, porque sin paz no podemos vivir creativamente. Entonces, ¿lograremos paz mediante esfuerzos, renuncias y sacrificios de la mente? ¿Entienden lo que estoy diciendo?

Seguramente de jóvenes nos sentimos descontentos, pero a medida que nos hacemos mayores, a menos que seamos muy observadores y muy inteligentes, canalizamos ese descontento hacia alguna resignación pacífica ante la vida. La mente busca sin cesar aislarse en un hábito, en una creencia o en un deseo, en algo donde pueda vivir y estar en paz con el mundo; pero la mente no puede encontrar esa paz porque sólo piensa en términos de tiempo, de pasado, presente y futuro: lo que ha sido, lo que es y lo que será. La mente condena, juzga, sopesa y compara constantemente, persiguiendo sus propias vanidades, sus propios hábitos, sus creencias. Esa mente jamás puede estar en paz; puede engañarse a sí misma pensando que está en cierto estado al que llama paz, pero eso no es la paz. La mente puede autohipnotizarse repitiendo palabras y frases, siguiendo a otro, acumulando conocimientos; pero eso no es paz, porque la mente en sí misma es el origen de la perturbación, su misma naturaleza es la esencia del tiempo; por eso, esa mente que utilizamos para pensar, calcular, inventar y comparar es incapaz de encontrar paz.

La paz no es el resultado de la razón; no obstante, si lo observan, comprobarán que las religiones organizadas se basan en la búsqueda de paz por medio de la mente. La verdadera paz es tan creativa y pura como destructiva es la guerra,

y para encontrar esa paz uno debe comprender la belleza. Por eso, mientras sean jóvenes, es importante que estén rodeados de belleza: la belleza de edificios bien proporcionados, la belleza que surge de la limpieza, la belleza de una conversación pausada con personas mayores. Conocerán lo que es el amor cuando comprendan lo que es la belleza, porque comprender la belleza significa paz en el corazón.

La paz pertenece al corazón, no a la mente, y para conocer esa paz hay que comprender lo que es la belleza. La forma de hablar, las palabras que empleamos, los gestos que hacemos: todas estas cosas tienen mucha importancia, porque a través de eso uno descubre el refinamiento del propio corazón. La belleza no puede definirse, no puede ponerse en palabras; sólo es posible comprenderla cuando la mente está en silencio.

Por consiguiente, mientras son jóvenes y sensibles, al igual que aquellos que son responsables de ustedes, deben crear un ambiente de belleza; la manera de vestir, de caminar, de sentarse o de comer: todas estas cosas y el entorno son muy importantes. A medida que crezcan, se encontrarán con las cosas feas de la vida: con edificios feos, con personas feas llenas de malicia, envidia, ambición y crueldad; y si la percepción de la belleza no está bien asentada y fijada en su corazón, serán fácilmente arrastrados por la enorme corriente del mundo y quedarán atrapados en esa interminable lucha por encontrar la paz a través de la mente. La mente proyecta una idea de lo que es la paz y se afana en conseguirla; de ese modo, queda atrapada en una red de palabras, fantasías e ilusiones.

La paz sólo es posible cuando hay amor. La paz que se obtiene como consecuencia de la seguridad económica o de otro tipo, o bien a través de dogmas, rituales y repeticiones de ciertas palabras, carece de creatividad y de la urgencia de produ-

cir una revolución radical en el mundo; esa paz sólo conduce a la satisfacción y a la resignación. Pero si uno tiene la comprensión del amor y de la belleza, entonces surgirá esa paz que no es una simple proyección mental; ésa es una paz creativa que elimina la confusión y pone orden interno. Por tanto, esa paz no es el resultado de ningún esfuerzo por conseguirla; llega cuando uno está en constante atención, cuando es sensible tanto a lo feo como a lo hermoso, a lo bueno como a lo malo, a todas las fluctuaciones de la vida; no es la paz mezquina creada por la mente, sino una paz de inmensa grandeza, un espacio infinito, y tan sólo puede comprenderse desde la plenitud del corazón.

El arte de vivir,
capítulo 17

X

Resumen

Ahora bien, ¿qué debe hacer una persona que ve claramente lo que está sucediendo en el mundo y quiere averiguar si Dios, la verdad, es una realidad o es una simple invención de algún sacerdote ingenioso? Después de todo, usted y yo somos el resultado de lo colectivo, ¿verdad? Pero debe de haber seres humanos individuales que estén dispuestos a desprenderse por completo de la estructura colectiva de la sociedad, que estén libres de condicionamiento, no en ciertas parcelas o niveles, sino totalmente; porque sólo estos individuos podrán descubrir lo que es la verdad o lo que es Dios. No así el hombre que sigue la tradición, que repite el *japa* (la palabra «Om»), que hace sonar la campana, que cita el Gita o que cada día acude al templo; esas cosas las hacen aquellas personas que no son religiosas. Pero quien realmente quiere descubrir este extraordinario movimiento de la vida debe no sólo comprender el proceso de su propio condicionamiento, sino también ser capaz de ir más allá, porque únicamente cuando la mente está libre de todo condicionamiento puede descubrir lo que es la verdad, y no cuando simplemente repite unas palabras o cita los libros sagrados; ésa no es una mente libre.

De manera que es extremadamente difícil que la mente

sea libre en este mundo. Los políticos y las llamadas «personas religiosas» hablan de libertad: es uno de sus eslóganes; pero se ocupan de que uno no sea libre, porque, como es obvio, si uno es libre se convierte en peligro para la sociedad, para la religión organizada, para toda la corrupción que nos rodea. Tan sólo una mente libre puede descubrir lo que es la verdad, puede ser creativa. Es básico poner énfasis en esto en la cultura actual y no centrarse en seguir un determinado modelo, una doctrina o una tradición. Sin embargo, la mente sólo puede ser creativa cuando está libre de condicionamiento. Pero esa libertad no es fácil de conseguir; uno tiene que trabajar muy duro. Curiosamente, uno trabaja con tenacidad para abrirse paso en el día a día; dedica años a todo ese asunto de ganarse la vida, aguantando insultos, fastidio, humillación y adulaciones. Pero es mucho más duro trabajar para liberar la mente; requiere gran percepción, mucha comprensión y un profundo darse cuenta, en el cual la mente entre en contacto con todos sus impedimentos, sus bloqueos, sus movimientos de autoengaño, sus fantasías, sus ilusiones y sus mitos. Una vez que la mente es libre, puede empezar a investigar, puede empezar a indagar; pero carece de valor si la mente empieza a investigar sin ser libre, ¿entienden? Si la mente quiere encontrar la verdad, encontrar a Dios, encontrar esa extraordinaria belleza, la profundidad de la vida y la plenitud del amor, primero debe ser libre; no tiene sentido que una mente moldeada, condicionada, prisionera de las restricciones de la tradición, diga: «Estoy buscando la verdad, estoy buscando a Dios». Esa mente es como un asno atado a un poste: no puede moverse más allá de la longitud de la cuerda.

Por tanto, si queremos descubrir ese extraordinario estado más allá de los caprichos de la mente, experimentarlo de verdad, vivirlo y comprender su pleno significado, es eviden-

te que debe haber libertad, y libertad significa trabajar mucho más arduo de lo que la mayoría están dispuestos a hacer; preferimos ser guiados antes que descubrir por nosotros mismos, pero nadie puede guiarnos hacia la verdad. Por favor, comprendan este hecho tan simple: ningún swami, ningún sistema de yoga, ninguna organización religiosa, ninguna doctrina o creencia, nada puede guiarnos para descubrir la verdad; sólo una mente libre puede hacerlo, eso es obvio. No es posible descubrir la verdad de algo por el simple hecho de que alguien se lo diga, porque en ese caso el descubrimiento no será de uno. Si alguien le dice lo que es la felicidad, ¿es eso felicidad?

Para descubrir lo que es la vida, para conocer todo su contenido y no sólo las capas superficiales que llamamos vida, para darse cuenta de su dicha, de sus extraordinarias profundidades, de su inmensidad y belleza, lo cual incluye la miseria, la desdicha, los conflictos, la degradación; para comprender el significado de todo eso, es indudable que la mente debe ser libre. Si comprende eso con claridad, entonces su relación conmigo y mi relación con usted no se basarán en la autoridad. Yo no puedo guiarle hacia la verdad; nadie puede hacerlo. Tiene que descubrirla en cada momento del día, mientras viva; encontrarla mientras camina por la calle o viaja en el metro, mientras discute con su esposa o su esposo, mientras está solo sentado tranquilamente o contemplando las estrellas. Cuando descubra lo que es la verdadera meditación sabrá lo que es la verdad; pero una mente que está preparada, supuestamente educada, condicionada para creer o no creer, que se autodenomina hindú, cristiana, comunista o budista, esa mente nunca descubrirá lo que es la verdad aunque busque durante mil años. Así, lo importante es que la mente sea libre. Ahora bien, ¿puede la mente ser libre?

¿Entienden el problema, señores? Únicamente una mente libre puede descubrir lo que es la verdad; descubrirlo, no aceptar lo que dicen los demás. La descripción no es el hecho. Cualquiera puede describir algo con palabras incluso más hermosas, expresarlo con un lenguaje más espiritual y poético; pero la palabra no es el hecho. Si uno tiene hambre, hablar de comida no le sirve de alimento. Sin embargo, la mayoría nos contentamos con la descripción de la verdad, y en lugar del hecho aceptamos esa descripción, ese símbolo. Para descubrir si existe o no existe la verdad, debemos ser capaces de ver lo verdadero como verdadero, lo falso como falso, y no esperar a que alguien nos lo diga como si fuéramos un puñado de niños inmaduros.

Así pues, para descubrir lo que es la verdad, la mente debe ser libre, y ser libre es una tarea muy difícil, más difícil que todas las prácticas de yoga. Esas prácticas sólo condicionan la mente, y únicamente una mente libre es una mente creativa. Una mente condicionada puede ser muy ingeniosa, puede concebir nuevas ideas, nuevas expresiones, nuevas máquinas; puede construir presas, hasta una nueva sociedad, etc., pero eso no es creatividad. La creatividad es mucho más que la simple capacidad de adquirir una técnica. Como no tenemos esa cosa extraordinaria llamada «creatividad», la mayoría somos muy superficiales, muy vanos, muy insuficientes. La mente sólo puede ser creativa si es libre.

Por tanto, el problema es cómo liberar la mente. ¿Es posible liberar la mente; no ciertas capas o parcelas, no un poco aquí y allá, sino la mente en su totalidad, de principio a fin, tanto en el nivel consciente como en el inconsciente? ¿O la mente estará siempre condicionada, será siempre limitada? Debe averiguarlo por sí mismo y no esperar a que yo le diga si la mente puede ser libre. Entonces, ¿se limita la mente a

pensar en libertad, como lo hace un preso, y, por tanto, está condenada a no ser nunca libre y a permanecer siempre retenida dentro de los límites de su condicionamiento?

¿Entienden la cuestión? ¿Puede la mente ser completamente libre o está condicionada por su misma naturaleza? Si la naturaleza de la mente es estar condicionada, en ese caso no tiene ninguna posibilidad de descubrir lo que es la verdad, aunque siga repitiendo que hay o no hay un Dios, que esto es bueno y aquello es malo; todo esto estará dentro del patrón de una determinada cultura. Para averiguar la verdad sobre esa cuestión, uno debe investigar por sí mismo si la mente puede ser realmente libre. Yo digo que puede serlo, que la mente puede ser realmente libre; pero no se trata de que lo acepte o lo rechace. Puede que sea verdad o que sólo sea una opinión, una ilusión o una fantasía mía. Usted no puede basar su vida en el descubrimiento, la fantasía, la ilusión de otro, o en una simple idea; usted tiene que averiguarlo.

Madrás, 1.ª conferencia,
12 de diciembre de 1956

Bibliografía

Comentarios sobre el vivir, tomos I, II, III
El arte de vivir
El propósito de la educación
La libertad primera y última
Obras completas de J. Krishnamurti, tomos del I al 17

Nota. Para más información sobre libros en español pueden consultar la página web de la Fundación Krishnamurti Latinoamericana (www.fkla.org).



Jiddu Krishnamurti (1895-1986) fue un maestro espiritual único y revolucionario que viajó y dio conferencias por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años de edad.

No ofrecía una «filosofía», sino la posibilidad de que el ser humano quedara libre de todos los sistemas, de las cadenas de las ideologías y de las opiniones populares, de las religiones organizadas, de la tiranía de la mente y de la del cuerpo.

El Individuo, la Sociedad y la Paz

Nuestro modelo actual de sociedad está atravesando una crisis sin precedentes, y este libro de estudio de J. Krishnamurti sobre la relación entre el individuo y la sociedad afronta la raíz misma del conflicto.

«Necesitamos una mente nueva para crear un mundo nuevo… Somos ustedes y yo los que tenemos que producir una mutación en nuestras mentes y en nuestros corazones.»

Así de rotundo se muestra Krishnamurti cuando aborda la responsabilidad del individuo en la necesaria y urgente transformación de la sociedad; sociedad que, según él, sólo puede cambiar si se produce una mutación en el mismo individuo, no sólo en los políticos o demás dirigentes, sino en cada uno de nosotros.

También nos señala: «Mientras el individuo (usted y yo) no asuma la responsabilidad de transformar completamente la sociedad, esa sociedad seguirá siendo lo que es.»

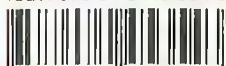
Espiritualidad
Filosofía
Maestros espirituales



Gaia Ediciones www.alfaomega.es

COLECCIÓN: KRISHNAMURTI

ISBN 978-84-8445-354-3



J. KRISHNAMURTI El Individuo, la Sociedad y la Paz

